

VÁZQUEZ, FRANCISCO (1475-ca. 1525)

*CRÓNICA DE LOPE DE AGUIRRE:
(Jornada de Omagua y El Dorado)*

ÍNDICE:

JORNADA DE OMAGUA Y DORADO
MUERTE DEL GOBERNADOR PEDRO DE ORSÚA
MUERTE DE DON FERNANDO DE GUZMÁN
DISCURSOS DEL RÍO MARAÑÓN
LLEGADA DEL TIRANO A LA ISLA MARGARITA
MUERTE DEL GOBERNADOR DON JUAN DE VILLANDRANDO
CARTA DEL TIRANO
LLEGADA DEL TIRANO A BORBURATA
CARTA DEL TIRANO
EL DISBARATE Y MUERTE DE AGUIRRE

JORNADA DE OMAGUA Y DORADO

Fué el gobernador Pedro de Orsúa, de nación navarro; era caballero, y Señor de la Casa de Orsúa; hombre de gran habilidad y experiencia en los descubrimientos y entradas de indios. Descubrió y pobló en el Nuevo Reino de Granada la ciudad de Pamplona; anduvo en la conquista de los Muços y los pobló; y anduvo por Capitán en la jornada de Tairona y en otras partes del dicho Nuevo Reino. Y en el Nombre de Dios y Panamá, le encargó el marqués de Cañete la guerra contra los negros cimarrones, que hacían gran daño en aquella tierra; la cual hizo con tan buena maña y solicitud, que destruyó, prendió y mató muchos de los dichos negros, y a los demás dejó tan escarmentados y medrosos, que por muchos días no osaron hacer más daño; y acabada esta guerra, pasó al Pirú en fin del año de mil y quinientos y cincuenta y ocho años; habiendo entendido el dicho marqués de Cañete su valor y habilidad, le encargó la jornada del Dorado, con otras muchas provincias y tierras comarcanas, de que se tenía gran noticia en los reinos del Pirú, así por las grandes cosas que dijo haber visto el capitán Orellana y los que con él vinieron desde el Pirú por este río del Marañón abajo, donde decían que estaban las dichas provincias, como por lo que dijeron ciertos indios brasiles, que desde su tierra subieron por este Río arriba, descubriendo y conquistando, hasta que llegaron al Pirú, al tiempo que estaba en él el presidente Gasca.

Dieron por relación estos indios brasiles que salieron de sus tierras, que son en la costa del Brasil, más de diez ó doce mil dellos, en muchas canoas, con sus mujeres y hijos, y con ellos dos españoles portugueses, y el uno decían que se llamaba Matheo, a buscar mejor tierra que la suya; y según lo que yo más creo, a hartar sus malditos vientres de carne humana, la cual todos ellos comen, y se pierden por ella. Tardaron en subir al Pirú por este dicho Río más de diez años; y de los doce mil indios, solamente llegaron hasta trecientos, con algunas mujeres, y vinieron a dar a un pueblo que se dice Chachapoyas y así, se quedaron entre los españoles. Murieron en el dicho Río en guerras y guazavaras que con los naturales dél tuvieron estos indios. Decían tan grandes cosas del Río y de las provincias a él comarcanas, y especialmente de la provincia de Omagua, así de la gran muchedumbre de naturales, como de innumerables riquezas (que), pusieron deseo a muchas personas de las ver y descubrir. Pues destas Provincias y Río, el marqués de Cañete, visorey del Pirú, hizo Gobernador a Pedro de Orsúa, en nombre de Su Majestad, con muy bastantes poderes y provisiones, y cumplidísimos límites, y con grande ayuda de costa de la caja de Su Majestad.

Principio del año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, publicó el gobernador Pedro de Orsúa sus provisiones por todo el Pirú y otras partes, y luego se partió el mismo Pedro de Orsúa de la ciudad de Lima con hasta veinte y cinco hombres, los más oficiales de hacer navíos, y con doce negros carpinteros y aserradores; y llevando asimismo muchas herramientas necesarias, clavazón y brea, y otras que competen para hacer navíos; y con este aparejo fue a la provincia de los Motilones, que es en las montañas del Pirú, a un río grande que por allí pasa, donde habían salido los indios brasiles que habemos dicho; y buscando el asiento más cómodo, fundó un astillero en la barranca deste río, veinte leguas abajo, en un pueblo de españoles que estaba poblado en la dicha provincia, llamado Santa Cruz de Capocovar, que había un año que le había poblado un capitán, Pedro Ramiro; y dejando a un Capitán por su Teniente en el armada, que era el dicho Pedro Ramiro, y a un Maese, Juan Corso, por Maese mayor, les mandó que hiciesen ciertas barcas y navíos, y él se tornó a la ciudad de Lima a hacer gente y buscar lo que le faltaba para el aviamiento de su jornada.

Esta provincia de los Motilones se llama así porque sólo estos indios se han hallado tresquilados en todo el Pirú. Esta tierra es muy fértil, en especial de maíz y algodón, y los indios andan vestidos de costales. Este río que por ella pasa es muy caudal y poderoso, sin comparación mayor que los ríos de España; nasce en el Pirú en la provincia de Guanuco; es caudal casi desde sus nascimientos, pero es innavegable por más de trecientas leguas, porque pasa por tierra áspera y de grandes sierras y peñascos, de que se causan grandes saltos y velocísimas corrientes en esta provincia de los Motilones. Subieron por este río los indios brasiles, y desde aquí se fueron por tierra al pueblo de Chachapoyas, por donde tuvieron noticia íbanse a favorecer entre los españoles, viéndose ya los indios pocos.

Partido el gobernador Pedro de Orsúa de su astillero para la ciudad de Lima, para acabar de adrezar su jornada, por la poca posibilidad que tenía, en especial de dineros, y por lo mucho que le faltaba, se detuvo por allí casi año y medio, y estuvo en un punto de deshacerse la jornada, porque a esta sazón vino nueva de España que su Majestad había

nuevamente proveído por visorey del Pirú a D. Diego de Acebedo, con la cual nueva el marqués de Cañete no le hacía ni osaba hacer tantas mercedes y favores como al principio; y los Oidores y vecinos del Pirú decían que no convenía que se hiciese junta de gente en tal tiempo; y estando en estos términos, vino otra nueva que D. Diego de Acebedo se había muerto en Sevilla, viniendo al Pirú, y con esto el Marqués le tornó de nuevo a favorecer más que de antes, aunque no fue sin alguna sospecha de la gente del Pirú, porque se dijo públicamente que el marqués de Cañete, teniendo recelo de la cuenta que le venían a tomar, y que también enojado y afrentado porque Su Majestad le removía el cargo, quería, en achaque de la jornada, juntar gente para se alzar con el Pirú contra Su Majestad, y tener a Pedro de Orsúa, que era hechura suya, por su Capitán y valedor, para que, acabada de juntar la gente, revolviese sobre el Pirú; lo cual fue mentira e invención de hombres malos y deseosos de motines.

Todo este tiempo anduvo Pedro de Orsúa por el Pirú sin volver a su astillero, buscando gente y dineros para se acabar de aviar; y entre algunas personas le prestaron unos a mil y otros a dos mil pesos, y otros más y menos, con que empezó a despachar, aunque trabajosamente, con algunas deudas y falta de cosas necesarias que le daban pena; y echando cada día gente por delante, y despachando negocios, a cabo de año y medio, o poco menos, vino a un pueblo que llaman Moyo Bamba, y había allí un clérigo, llamado Portillo, que era cura y vicario; el cual pueblo de Moyo Bamba está cerca de su astillero. Este Clérigo estaba rico, y tratando y conversando con Pedro de Orsúa, según se entendió, le dijo que se hiciese de suerte que él fuese cura y vicario de la dicha jornada, y que él le prestaría dos mil pesos, y el Gobernador le prometió lo que pedía; y teniendo por cierto los dos mil pesos, envió a comprar algunas cosas, y al tiempo de pagarlas, el Clérigo se arrepintió de lo que había dicho primero a Pedro de Orsúa y no quiso dar los dineros; y visto por el Gobernador, movido de extrema necesidad, buscó manera cómo se los sacase, y entre él y ciertos soldados suyos concertaron lo que diré. Estaba un D. Juan de Vargas, soldado del dicho Gobernador, a quien después hizo su Teniente general, herido de una o dos cuchilladas y retraído en la iglesia de dicho pueblo, el cual, con D. Fernando de Guzman y con Juan Alonso de la Bandera, y un Pero Alonso Casco, y otro Pedro de Miranda, mulato, por concierto hecho con el Gobernador, el Pedro de Miranda, una noche muy oscura, a media noche, desnudo, en camisa, fue en casa del dicho Clérigo, y llamando a la puerta a muy gran priesa con grandes golpes, fingiendo alteración, le dijo que el D. Juan de Vargas se estaba muriendo, que le rogaba por amor de Dios que le fuese a confesar; y el Clérigo le creyó y salió de su casa medio desnudo a mucha priesa, y llegando a la iglesia, que está fuera de la conversación de las casas del pueblo, los soldados arriba dichos, con arcabuces y las mechas encendidas, le tomaron en medio dentro de la iglesia y con temor que le matasen, le hicieron firmar un libramiento de dos mil pesos, que ellos traían hecho, para un mercader en cuyo poder el Clérigo tenía los dineros, y ansí desnudo como estaba, sin le dejar volver a su casa ni hablar con nadie, lo hicieron subir en un caballo, y aquella noche, contra su voluntad, lo llevaron a los Motilones y allí le hicieron dar lo demás todo que le quedaba, que serían otros tres mil pesos. Había, según fama, hurtado este Clérigo estos dineros a sí propio y a su comer y vestir, tratando mal y laceradamente su persona por los ahorrar; y así, permitió Dios se perdiesen los dineros, y el Clérigo murió en la jornada laceradamente, y todos los que hicieron la fuerza murieron a cuchillo, sin que ninguno saliese vivo de la jornada. Esto

hecho, el Gobernador y sus amigos echaron fama que el Clérigo había querido parecer forzado, sin serlo, porque no le tuviese a mal su Perlado haber dejado el cargo sin su licencia, y el pueblo sin sacerdote.

Partió el Gobernador de Moyo Bamba para el pueblo de Santa Cruz, que es en los Motilones, y llegado allá, mientras se aderezaba la partida, porque había mucha gente y en el dicho pueblo no se podían sustentar todos, determinó de enviar cuarenta o cincuenta hombres a comer, y a que se entretuviesen en unos pueblos de indios de los dichos Motilones, que llaman los Tabalocos, y con esta gente dos caudillos, el uno llamado Diego de Frías, criado del visorey del Pirú, y muy su privado, a quien enviaba por tesorero de la jornada, y otro se decía Francisco Díaz de Arles, de la tierra, y muy grande amigo del Gobernador; y mandó al capitán Pedro Ramiro, su Teniente y Corregidor del dicho pueblo de Santa Cruz, que, como hombre práctico en la tierra y a quien los indios tenían temor y respeto, fuese con ellos, y dándoles la orden de lo que habían de hacer, los dejase en los dichos pueblos; y desto se corrieron mucho los dichos caudillos, de ser mandados por el Pedro Ramiro; y por envidias de que Pedro de Orsúa, su Teniente, y así viendo esto, los dos dichos caudillos se volvieron solos, dejando al Pedro Ramiro con la gente en el camino; y encontraron dos soldados amigos suyos, el uno llamado Grixota, y el otro Fulano Martín, a los cuales dijeron que se volvían, entendiendo que el Teniente iba alzado con la gente y que quería meterse la tierra adentro a poblar una provincia de que tenía noticia, y que harían servicio al Rey y al Gobernador en procurar prenderle; y que si ellos ayudaban, que volverían a procurar de prender al dicho Pedro Ramiro; los cuales dos soldados, inducidos por los dichos caudillos y dando crédito a lo que decían, se profirieron y prometieron de les ayudar; y dando vuelta todo cuatro para donde estaba dicho Capitán con la gente, hallaron el aparejo conforme a su dañada voluntad, que el Pedro Ramiro estaba solo a la barranca de un río grande, y toda la gente de la otra parte, que habían pasado el río dos a dos y tres a tres, en una canoa pequeña, y el Pedro Ramiro se había quedado a la postre con solo un mozo, y estaba esperando que la canoa volviese para pasar a la otra banda con la gente; y a este tiempo llegaron los dichos todos cuatro un rato, y se sentaron todos en buena conversación, asegurándolo con palabras a la orilla del río, y desde a poco rato se abrazaron con él todos cuatro, y, sin dejarle menear, le tomaron las armas; y el Diego de Frías mandó a un negro suyo, que venía con ellos, que le diese garrote, y así le ahogaron y le cortaron la cabeza; y venida la canoa se pasaron a la otra banda y se pusieron en arma con la gente, haciéndoles entender que el gobernador Pedro de Orsúa se lo había mandado que matasen a Pedro Ramiro, porque se quería alzar con la gente; y el Gobernador fue luego avisado deste suceso por el mozo que digimos que estaba con el dicho Pedro Ramiro, y también los dichos soldados enviaron un amigo suyo por mensajero al Gobernador para que supiese lo que pasaba, y enviáronle a decir que tenían preso a Pedro Ramiro porque iba alzado con la gente; pero el Gobernador, como ya sabía la verdad por el dicho mozo, sacó también al mensajero lo que había, y sabiendo dél que los dichos estaban puestos en armas, con gran brevedad se partió solo para donde estaban, y aguardándolos, con mañas los prendió a todos cuatro, y de allí los llevó al pueblo de Santa Cruz, adonde, guardándoles todos sus términos, los sentenció a muerte, forzando harto su voluntad por guardar justicia, y sin les admitir apelación les hizo cortar las cabezas a todos cuatro.

Fue éste un negocio con que el Gobernador se acabó de acreditar con el Visorey y los Oidores y vecinos de todo el Pirú, y, sabiendo este suceso en todo el Pirú, los que tenían sospecha todos que el Gobernador se quería alzar, como se ha tratado la perdieron y se aseguraron con esto. Hobo pronósticos de algunos que dijeron que la dicha jornada no acabaría con bien, pues empezaba con sangre.

Después deste suceso vinieron a los Motilones a se juntar con el gobernador Pedro de Orsúa, cuarenta hombres, a los cuales un Gobernador, Juan de Salinas, que pretendía hacer esta misma jornada, había dejado en cierta provincia, y que allí le aguardasen, que iba por más gente y socorro; y sabido por ellos que el gobernador Pedro de Orsúa hacia esta jornada, y no Juan de Salinas, le vinieron a buscar de muy lejos por este río de los Motilones arriba, hasta que toparon su astillero, y con ellos y con los vecinos del pueblo de Santa Cruz que se despobló, todos se fueron a esta jornada. Juntó el gobernador Pedro de Orsúa trecientos hombres bien aderezados de todo lo necesario, con otros tantos caballos y algunos negros, y otro mucho servicio, y cien arcabuces y cuarenta ballestas, y mucha munición de pólvora y plomo, salitre y azufre.

En este tiempo vino a los Motilones una Doña Inés, moza y muy hermosa, la cual era amiga del Gobernador, para se ir con él a la jornada, bien contra la opinión de los amigos del Gobernador, que se lo estorbaban, y la trujo contra la voluntad de todos, de lo cual pesó a la mayor parte del campo; lo uno, por el mal ejemplo; lo otro, porque de semejantes cosas siempre en las guerras donde van tantas diferencias de gentes, hay escándalos y alborotos, y sobre todo descuido en el buen gobierno del campo, que, cierto, fue causa principal de la muerte del Gobernador y nuestra total destrucción.

En el entretanto que el gobernador Pedro de Orsúa, anduvo por el Pirú buscando gente y aderezando lo que le faltaba para el aviamiento de su jornada, la gente de la mar y oficiales que habemos dicho que dejó en el astillero hicieron once navíos grandes y pequeños, y entre ellos había un género de barcas muy anchas y planudas, que llaman chatas, que en cada una destas cabían a treinta y a cuarenta caballos, y en las proas y popas mucho hato y gente. Todos estos navíos, por lo mucho que digo que el Gobernador se detuvo, y por la ruin maña que se dieron los oficiales y los que allí quedaron, o que la tierra es muy lluviosa, se pudrieron de suerte que al echarlos al río se quebraron los más dellos, que solamente quedaron dos bergantines y tres chatas, y estos tan mal acondicionados, que al tiempo que los comenzaban a cargar, se abrían y quebraban todos dentro del agua, de manera que no las osaron echar casi carga, y en una sola chata, la más recia, se pudieron llevar hasta veinte y siete caballos, y todos los demás, que fueron muchos, se quedaron en una montaña perdidos.

Llegado el Gobernador a su astillero, porque allí no había comida, y lo que se podía traer del pueblo de Santa Cruz y provincia de los Motilones era poco, porque con la mucha gente estaba muy disipado, determinó, tres meses antes de su partida, de enviar un Capitán suyo, llamado D. Juan de Vargas, con cien hombres en un bergantín, y ciertas canoas y balsas a un río llamado Cocama, que se junta con este otro de los Motilones, el cual había descubierto el Gobernador Juan de Salinas, y sabía que había en él mucha gente y comida, y le mandó que, subiendo por el río hasta la poblazon, trayendo la más

comida y canoas que pudiese, le aguardase a la boca deste río, porque había noticia de gran despoblado, y para que estos cien hombres que se adelantaban pudiesen llevar comida, que no la tenían, envió delante del dicho D. Juan los treinta dellos en balsas, y una canoa grande con un caudillo amigo y paniaguado suyo, llamado García de Arce, a una provincia llamada los Caperuzos, porque los indios de aquella tierra traen en las cabezas una manera de bonetes, que estará veinte leguas del dicho astillero, a que en esta provincia, buscase la comida, y con la que hallase acudiese al dicho don Juan; el cual dicho García de Arce, no hallando comida en aquella provincia, o como otros quieren decir, por no ir con el dicho Capitán y hacer cabeza de su juego, sin esperar en la dicha provincia ni en la boca del río de Cocama, se echó el río abajo con los dichos treinta hombres, y pasaron más de trescientas leguas de despoblado hasta llegar a una isla poblada, que de su nombre llamamos la Isla de García, de la cual y de su suceso diremos adelante.

Partió el dicho D. Juan de Vargas con el restante de la gente, que fueron setenta hombres, principio de Julio de mil y quinientos sesenta años; y no hallando a García de Arce en los Caperuzos, pasó hasta llegar al dicho río de Cocama; y dejando alguna de la gente que llevaba en la boca del río en guarda del bergantín, y con ellos por su caudillo a un Gonzalo Duarte, tomando la gente más recia en algunas canoas que llevaba, subieron por el río arriba veinte y dos jornadas, y al cabo de las cuales toparon la poblazon y hallaron mucha comida, en especial de maíz; y tomando muchas canoas que halló y algunos indios para servicio, cargando todas las canoas de maíz, se volvió a la boca del río donde había dejado muy fatigados de hambre a los que se habían quedado en el bergantín, y halló, de los que se habían quedado, muertos tres hombres españoles y muchas piezas, y con su venida se remediaron todos; y allí esperó al Gobernador, el cual quedó con el restante de la gente en los Motilones, y recogióndola a los Motilones y de allí al astillero, y detúvose más de lo que pensó por causa de las barcas que se quebraron, y hubiéronse de hacer gran cantidad de balsas y una canoa grande; y, con tres chatas que habían quedado y un bergantín, nos echamos en el río abajo, harto descontentos por dejar los caballos y mucha ropa y ganados, y otras cosas que por la falta de barcos no se pudieron llevar, y con harto riesgo de nuestras vidas, porque el río es poderosísimo y los navíos que llevábamos eran quebrados y podridos, y también al tiempo de la partida hobo algunos motines, dejando aparte que se quisieron volver al Pirú; y entendiéndolo el Gobernador, prendió algunos, y con otro disimulo y sin que nadie se le huyese, se embarcó a los veinte y seis de Septiembre del año de mil y quinientos y sesenta.

Embarcado el dicho Gobernador con su gente el mismo día, se echó el río abajo y comenzó a navegar, y pasando un raudal grande en unos remansos que estaban un cuarto de legua de su astillero, pasó aquel día para embarcar los caballos, y otro día por la mañana se partió; y pasando otros caudales y remolinos este día, dejó atrás todas las sierras y cordilleras del Pirú, y se empezó a meter en la tierra llana, que dura casi hasta la mar del Norte. Otro día, por la mañana, dio el bergantín que llevábamos en un bajo y del golpe se le saltó un pedazo de la quilla, y el Gobernador lo vido quedar en seco y no se detuvo a lo socorrer, antes caminó con el restante de la armada hasta que llegó a los Caperuzos, donde había enviado delante con cierta gente y canoas a un Lorenzo de Çalduendo, para que allí buscase alguna comida, porque iba la armada con gran

necesidad; y repartiendo la que allí hubo, que tenía el dicho Lorenzo de Çalduendo, que fue bien poca, esperó al bergantín, que los que en él venían se dieron buena maña, que tapando el agujero con mantas, en dos días, con harto trabajo, se juntaron con su Gobernador. Allí se detuvo el armada otros dos días adobando el bergantín, y adobado, le enviaron delante, a la ligera, con gente, por caudillo un Pedro Alonso Galeas, a la boca de Cocama, a avisar a D. Juan de Vargas de nuestra venida, porque con la mucha tardanza que habíamos hecho, el dicho D. Juan y los que estaban con él no hiciesen alguna cosa, paresciéndoles que ya nosotros no iríamos, como en efecto lo pensaron, y aún había muchos dellos que se querían ir y no aguardar; y sobre esto hubo algunos medio amotinados.

Partidos de esa provincia de los Caperuzos, fuimos sin ningún contraste desembarcando y durmiendo en tierra hasta llegar a la punta de un río que se junta con este otro de los Motilones, que entra sobre mano izquierda, que llamamos el río de Bracamoros, porque pasa en Pirú por una provincia de este nombre. Es, al parecer, mayor que dos veces el que traíamos. Júntase ciento y veinte leguas del astillero. Nace este río del Pirú, en la misma provincia de Guanuco, y viene cerca del nacimiento deste otro río de los Motilones. Pasa este río por Guanuco el viejo, y de allí se va haciendo cada vez mayor por entre Caxamarca y Chachapoyas, y de ahí a los Bracamoros. Júntase aquí, que serán más de trescientas leguas de su nacimiento, y en las juntas deste río se detuvo el Gobernador dos días, y envió por él arriba en canoas gente a buscar poblazon, y no se halló; y partidos de allí de las juntas destes ríos, sin acaecerles cosa que de contar sea, llegamos sobre las juntas del otro que viene a la mano derecha, que se llama de Cocama, que es el nombre desta provincia, que está el río arriba del río por donde subió D. Juan de Vargas y llegó a Cocama, y estarán las juntas destes ríos ochenta leguas de los Bracamoros; y en la boca deste río de Cocama hallamos a don Juan de Vargas, que habemos dicho que vino delante con los setenta hombres a buscar comida, donde habían estado dos meses esperando al Gobernador; y en este tiempo se comió la gente que allí estaba la mayor parte de la comida que habían traído de arriba de la provincia de Cocama, y urdieron algunos vecinos ciertos motivos contra el D. Juan: unos decían que lo querían matar; otros que no, sino dejarle allí, y salirse y irse al Pirú: que fuese lo uno o lo otro, con la venida del Gobernador cesó todo, y la gente unos con otros se alegraron y regocijaron, aunque no sin algun pesar de no saber de García de Arce, que dijimos que se había ido el río abajo con los treinta hombres. Aquí se repartió la comida que allí había; a unos cupo mucho, a otros poco, como por la mayor parte suele acaecer en semejantes repartimientos.

Este río de Cocama es muy caudal y poderoso; es poco menor que el que llamamos de Bracamoros, y mayor que el de los Motilones. Es muy fértil de pescados de diferentes géneros, y tortugas, y en las playas hay muchos huevos de las tortugas, y en las mismas playas se toman gran cantidad de pájaros del tamaño de palominos, que son muy gordos y sabrosos. Nasce este río de los reinos del Pirú: cuales son sus nacimientos hay diversas opiniones; porque unos dicen que será Apurima y Auanca, y con los ríos de Vilcos y Xauxas, y otros muchos que con estos se juntan; y mi opinión y de otros es que será un río grande que nasce a las espaldas de Chinchacocha, y en la misma provincia de Guanuco, que pasa por los asientos y pueblos que llaman Paucartambo y Guacambamba,

juntándose con los ríos que salen de Tamara y con otros muchos que salen de los montes de aquellas comarcas, y con los que vido y pasó el gobernador Gómez Arias en lo que dicen de Rugarupa, porque estos ríos que digo, bastarán a hacer este río de Cocama y aún otro más poderoso, y si fuera a Porima y a Vancay, con los demás arriba dichos, que forzosamente se han de juntar todos en este río de Cocama, no hay otro ninguno que entre de los Motilones que se pueda pensar que sea de los ríos de Rugarupa juntos, por sí fuera muy más poderoso, sin comparación, de lo que es, y aún mayor que todos juntos esotros, a parescer mío.

Juntos estos tres ríos tan poderosos con otros muchos pequeños y arroyos y esteros que no cuento, hacen de aquí para abajo uno tan grande, que no puedo creer haber otro en el mundo semejante. Extiéndese y hácense muchos brazos. Hay en él de verano grandes playas en que se hallan de verano muchos huevos de tortugas y ycateas, y lagartos y pájaros de los arriba dichos, que al tiempo que son nuevos se toman a manos. En la junta deste río de Cocama se detuvo el Gobernador ocho días con toda el armada. Aquí se reformó algo la gente, que venía fatigada de hambre con la poca comida que allí se les repartió. Quedáronse aquí muchas balsas de las que traíamos de arriba, porque no caminaban tanto como los barcos, y los que las traían tomaron allí muchas canoas de las que allí tenía D. Juan de Vargas, de las que había traído de Cocama.

Partió el armada de la boca de este río, y al salir della se quebró y anegó el bergantín con que había venido delante don Juan de Vargas, y apenas dio lugar a la gente que venía dentro para tomar tierra, y a gran fuerza de los remos la tomaron, y volvieron muchas canoas que iban delante, y en ellas se embarcaron la gente y el hato del bergantín, y él quedó allí anegado y hecho pedazos. Desde aquí caminó el armada cinco o seis días por el río abajo, siempre por los brazos de la mano derecha, parando todos los días a hora de vísperas, o poco más tarde, y la gente saltaba en tierra a pescar y mariscar, y guisar de comer y dormir, los que querían. A cabo deste tiempo, un día, a medio día, dimos de repente sobre unos indios que estaban pescando en una playa despoblada, con sus canoas, y tenían tomadas más de cien tortugas y allegados muchos huevos dellas, y desque nos vieron, huyeron por el río con sus canoas, y dejáronnos la presa. Aquí paró el armada y repartieron las tortugas y huevos entre todos. Partidos desta playa, hallamos otro río grande, al tamaño, al parecer, del de los Motilones, y no mayor; viene de la mano izquierda. Creyóse que era este río el de la Canela, por do vino el capitán Orellana, que nasce del Pirú de las espaldas de Quito de los Guijos.

Desde a dos o tres días que partimos de la junta de este río, dimos en una isla poblada de indios, que fue la primera poblazón que en todo el río topamos desde los Caperuzos, que había más de trecientas leguas, todas despobladas. Aquí hallamos a García de Arce, que habemos dicho que se echó el río abajo con los treinta hombres antes que D. Juan de Vargas; los cuales pasaron gran necesidad por el despoblado, tanto, que pensaron perescer de hambre, y su principal mantenimiento fue lagartos del agua, que el dicho García de Arce mataba con el arcabuz, que era maravilloso arcabucero. Perdieron dos hombres en el camino, que salieron a buscar comida juntos, y nunca mas los vieron. Creyóse que se perdieron con la aspereza de la montaña, y no supieron atinar a volver donde habían salido; finalmente, nunca se supo qué se hicieron. Hallamos al dicho García

de Arce con sus compañeros, hechos fuertes con un palenque que habían hecho delante de la puerta de los bohíos, por temor de los indios que cada día les venían a dar guerra, que si no fuera por el dicho García de Arce, que con el arcabuz hacía gran daño en ellos, los hubieran muerto. Averiguóse por cierto que en una guazavara que los indios les dieron, que los tenían en gran estrecho, el García de Arce echó en su arcabuz dos pelotas, asido de una a otra un hilo de alambre, y de aquel tiro, de seis indios que venían en una canoa, mató los cinco de solo aquel tiro, y hizo otros muchos y maravillosos tiros, con que libró a sí y a sus compañeros. Estaban con tanto temor de los indios, que viniendo un día de paz ellos, pensando que era cautela y que los venían a matar, para atemorizar a los demás, mataron dentro de un bohío más de cuarenta dellos a estocadas y puñaladas, por consejo y mandado del dicho García de Arce, según se dijo.

A esta isla llamamos la Isla de García, porque en ella hallamos a García de Arce. Estará más de cien leguas de la boca de Cocama, cerca del río que nosotros pensamos que sería el de la Canela: había en ella dos pueblos, cada uno de treinta casas o más. Los indios desta isla son bien agestados y dispuestos; andan vestidos de camisetas de pincel labradas; las casas son cuadradas y grandes; sus armas son una manera de varas con puntas de palmas, del tamaño de dardos de Vizcaya, tiradas con una manera de avient, de palo, que las hay en la mayor parte de las Indias, y las llaman tiraderas de estólica. Al cacique desta isla le llaman los indios en su lengua el Pappa. Aquí empezamos a hallar mosquitos zancudos, aunque pocos. La comida destes indios es algún maíz y mucha yuca dulce y batatas: tienen macato, que es yuca rallada, en hoyos debajo de la tierra a podrir, y dello hacen pan y cierto brebaje. Todos sus tratos y caminos son por el río en canoas. En esta isla se detuvo el armada ocho días; aquí se desembarcaron los caballos que desde el astillero no habían salido en tierra, y habíanse muerto dos o tres dellos. Desde aquí envió el Gobernador a descubrir y tomar algunas guías y lenguas, y no se halló ni tomó nada: en esta isla se nos quedó anegada una de las tres chatas que traíamos, que estaba ya podrida y casi quebrada. Aquí hizo el Gobernador su Teniente general a don Juan de Vargas, y a Don Hernando de Guzmán su Alférez general.

Partió el Gobernador desta Isla de García por el brazo de mano derecha, arrimado a la tierra firme; halló otras muchas islas y pueblos sin gente que, con temor del dicho García de Arce y del armada, se habían huido, donde solamente hallábamos las sementeras de yuca y batata, que todo lo demás estaba alzado. Halláronse por aquí algunas gallinas y gallos de Castilla, blancos, y algunas guacamayas y papagayos blancos. Dimos con un pueblo, el primero que topamos en la tierra firme sobre la mano derecha, donde comenzamos a ver algunos indios en canoas por el río, que recatadamente y de lejos nos venían a mirar. En este pueblo nos vino un cacique de paz con ciertos indios: trujo algunos pescados y tortugas; el Gobernador le dio en recompensa dello alguna chaquiras y cuchillos, por le contentar y traer de paz. Fué luego, y tras dél vinieron luego otros indios, y traían asimismo pescado y tortugas. A todos los que venían daba el Gobernador cuchillos, por los contentar. Mandó el Gobernador que a ningún indio de los que viniesen nadie les tomase ningún rescate, ni contratasen con ellos nada de lo que traían, sino que a todos los que viniesen los encaminasen a él, que él partiría lo que trujesen con los que lo hubiesen mas menester, y así se hizo.

Llámase este pueblo Carari, donde pusimos nombre a toda la Provincia; desde este pueblo para abajo nos comenzaron a salir muchas canoas con comida y pescado y tortugas y otras cosas, y andaban entre nosotros, pero algunos no osábamos rescatar con ellos, porque el Gobernador lo había así mandado, no sé a qué efecto; y otros, abscondidamente, rescataban, y aun se lo tomaban sin rescate. Todos los pueblos que topábamos estaban sin gente, y los indios andaban huyendo por temor del armada y del daño que García de Arce había hecho en su isla. En esta isla prendió el Gobernador a un Alonso de Montoya, y le echó en una collera, porque dijeron, y fue cierto, que él y otros que se querían huir en canoas y volverse por el río arriba al Pirú, que había al pié de quinientas leguas que subir: así lo llevó preso algunos días, y fuera más acertado matarle, como lo merecía, por este y otros motines que éste, como hombre que le tenía odio, por esta causa fue después el principal urdidor de su muerte del Gobernador; sino que Pedro de Orsúa tuvo la condición más que buena, que no sólo no castigó a los que lo merecían, pero no se halla que a ninguno de sus soldados dijese palabra fea ni de afrenta.

En esta provincia de Carari determinó el Gobernador de descubrir si en la tierra adentro habría algunos caminos o poblazón; y haciendo alto en un pueblo, envió a un Pero Alfonso Galeas con cierta gente a descubrir, el cual fue por un estero, y allí tomó un camino por una montaña; y andando por él adelante, topó ciertos indios cargados con caçabi y otras cosas, los cuales, como vieron a los españoles, huyeron todos, que no pudieron tomar más que una india, que les dijo por señas que su pueblo estaría de allí cinco días de camino; y porque ellos no tuvieron ganas, se volvieron sin descubrir más, trayendo consigo la india, que era diferente en traje y lengua de los desta provincia. Fue parecer de algunos que se debían volver con aquella india a ver aquella tierra que ella decía; pero el Gobernador no quiso detenerse, porque llevábamos los navíos mal acondicionados, y aún quebrados, y la principal noticia era Omagua, adonde pensaba parar, porque no le faltasen los navíos antes de llegar allá. Cada día nos venía mucha gente de indios en canoas, que, como a los primeros que habían venido dióseles, había(n) hecho mucho daño, unos a otros se convocaban y venían a vernos y a rescatar con nosotros, aunque si no era abscondidamente no osábamos rescatar con ellos, porque el Gobernador lo había mandado, no sé a qué efecto, y se enojaba y reñía con los que rescataban, aunque también disimulaba harto. Pasamos asimismo por otra provincia que llamamos Maricuri, del nombre de otro pueblo. Es toda una gente y un traje y ropa y lengua, y unas mismas armas y casas y ropas que visten. Son todos estos indios amigos y confederados, y así parece ser toda una provincia y no dos, porque toda la poblazón va trabada, sin que haya división, y que Carari y Manicuri sean nombres de pueblos y no de provincias. Dura esta población desde la Isla de García hasta el cabo de lo que llamamos Manicuri, más de ciento y cincuenta leguas. Los pueblos todos en la barranca del río, sin que haya de uno a otro mucho. Los indios de esta provincia traen algunas joyas de oro fino, aunque pequeñas, como son orejeras, caricuríes en las orejas y en las narices. La gente destas provincias no es mucha, según buena conjetura, porque en las poblaciones que nosotros vimos, basta que haya siete u ocho mil indios habitantes, y a lo muy largo, diez mil, que es esto lo que parece, según overa de la barranca, porque mal lo podíamos ver si no hacíamos más de allegar una noche y luego salir por la mañana, sin ver ni entender lo que había la tierra adentro. Hay en esta provincia muchas frutas de la tierra, y

sabrosas, y muchos mosquitos de unos y de otros. Aquí se nos anegó el bergantín que nos había quedado, y nos quedaron solas dos chatas.

Pasada esta provincia que habemos dicho, dimos, sin saberlo, en un despoblado que nos duró nueve días, adonde pasamos gran necesidad, por no venir proveídos de comida; y la pasáramos mayor, sino que Dios nos proveía de mucho pescado que se toma en el río con anzuelos, que alcanzaba de ello la mayor parte del campo. Hobo en esto gran descuido el Gobernador y en los que mandaban el campo, por no examinar cada día las lenguas y guías; así, a durar más el despoblado, no sé qué fuera de nosotros, porque duró la pesquería poco, y entramos en el despoblado muy desapercibidos de comida y bien descuidados, porque como siempre habíamos traído pueblos y veníamos durmiendo cada noche en ellos, no se tenía cuenta con que podíamos tener tan gran despoblado; y así hubo muchos que no tenían qué comer, si no era algunos bledos que hallaban por la playa del río, que eran bien pocos, a respecto de la mucha gente que padecía necesidad; y con todo esto, no pudieron dejar de morir alguna gente. En este despoblado hallamos otras dos bocas de ríos grandes, y no muy desviados el uno del otro. Conoscíase claro en que venían túrbios y crecidos; así parecía en ellos no tener muy lejos sus nascimientos. Venían estos dos ríos de la mano derecha; traían las barrancas altas y bermejas; y el Gobernador, por la necesidad que llevábamos de comida, no se descubrieron ni detuvo en ellas.

Pasados estos nueve días de despoblado, fue Dios servido que dimos en un pueblo de indios, tal cual convenía para remedio de la necesidad que llevábamos. A este pueblo llamaban los indios Machifaro. Es pueblo grande, el mayor que hasta allí habíamos visto: está sentado sobre una barranca del río. Los indios deste pueblo son de mediana disposición; andan desnudos del todo; sus armas son tiraderas de estófica; con los de arriba son enemigos y tienen guerra con ellos. Las casas son redondas y grandes y de vara en tierra, cubiertas de hojas de palmas hasta el suelo, con cada dos puertas. Llegamos a este pueblo de repente y sin que los indios supiesen de nosotros; pero cuando nos vieron, se pusieron de guerra, y echaron sus mujeres y hijos y los indios que no eran para pelear, en canoas por el río, para más asegurarlos, y en el pueblo nos esperaron de guerra hasta treientos o cuatrocientos indios. Llegó el Gobernador en la delantera con un arcabuz en la mano, y con él otros arcabuceros y rodeleros, aunque pocos, y los indios hicieron muestra que los querían acometer al subir de la barranca; pero el Gobernador tuvo gran sufrimiento, y mandó a los arcabuceros que ninguno tirase sin su mandado, y él iba delante de todos, llamando a los indios con un paño blanco, señalando que lo tomasen, y el cacique deste pueblo se llegó y tomó el paño y amigablemente se metió entre los españoles, y algunos otros indios con él. Todos los demás indios se desviaron a una parte, y hechos una manera de escuadrón, con las armas en las manos, se estuvieron un gran rato en la placeta hasta que llegó toda el armada. Pidióles el Gobernador que nos diesen una parte del pueblo con la comida para nosotros, y que en lo demás se estuviesen ellos con sus mujeres y hijos, que no les enojarían en nada. Aposentóse toda la gente del armada en el comedio del pueblo, adonde el Gobernador les señaló, mandándoles que no pasasen de allí ni fuesen a las casas de los indios a cosa ninguna. Había en este pueblo, según a todos pareció, más de seis mil tortugas grandes, que los indios tenían para comer, encerradas en unas lagunetas que tenían hechas de mano, y cercadas a la redonda con un

cercos de varas gruesas, porque no se pudiesen salir, y a la puerta de cada bohío había una y dos y tres lagunetas destas, llenas de las dichas tortugas. Hallóse gran cantidad de maíz recogido en los bohíos, y en el campo había infinitas sementeras de yuca brava y otras comidas; y no curando de la seguridad que el Gobernador había dado a los indios, comenzaron a alzar las comidas, así de las tortugas como de maíz, de aquella parte del pueblo que para ellos les habían dejado, y llevándolos en canoas a esconder; lo cual, visto por la gente del campo, empezaron a ir los soldados a sus estancias a traer la comida que hallaron, aunque contra la voluntad del Gobernador, y sobre ello echó presos algunos españoles y mestizos, por lo cual dejaron de recoger más comida, y los indios acabaron de llevar toda la que quedó; si se pusiera buena orden y regla había para muchos días. Mala gente, sin cuenta de que los podría faltar, la desperdició y gastó muy presto, porque con mucha manteca y huevos que de las tortugas sacaban, y con la carne dellas y el mucho maíz que había, comían ordinariamente buñuelos, pasteles, mucho género de comidas de potajes, y más era lo que se desperdiciaba que lo que comían. Hacían vino de maíz, con que bebían, y dieron cabo presto de todo. Al Gobernador le pesó después por la mala orden, porque a quien primero faltó fue a él, y después lo anduvo pidiendo a quien lo tenía.

En este pueblo nos detuvimos treinta y tres días; tuvimos en él la Pascua de Navidad. Envió el Gobernador desde aquí, a descubrir, a Pero Alonso, el cual fue con cierta gente en canoas por un estero de agua negra, no de muy gran boca, que entra en el río junto a este pueblo, de sobre la mano derecha, y halló dentro una laguna tan grande y temerosa que les puso espanto; metieronse por ella tanto adentro, que aínas se perdieron, que no acertaron a salir. No vieron el fin de ella ni hallaron nada. Acaesció en este pueblo que los indios de la provincia de arriba, que son enemigos y tienen guerra unos con otros, vinieron hasta ducientos dellos, bien apercebidos de guerra, en diez y siete canoas a hacer salto en ellos, y a roballos y cativallos, como entre ellos es costumbre; y una noche, sin ser sentidos, dieron sobre este pueblo donde nosotros estábamos, que es el primero desta provincia de Machifaro, y como nos reconocieron, no se atrevieron a saltar en tierra, por nuestro temor; y desde el río, ya casi amanescido, nos dieron alborada con sus bocinas y flautas y otros instrumentos de guerra, y en orden de guerra se comenzaron a retraer el río arriba hacia su tierra, sin que hobiesen hecho daño alguno; pero antes que se fuesen, el cacique deste pueblo de Machifaro vino a muy gran priesa a demandar socorro al Gobernador contra aquellos indios, diciendo que eran sus enemigos, y muy valientes, y que los venían a matar y destruir, y que le diesen algunos españoles que contra ellos les ayudasen; y el Gobernador, por contentarle, envió a D. Juan de Vargas, su Teniente, con cincuenta hombres, los más arcabuceros, en su ayuda, y atajándolos, que se volvían por un estero, los tomaron en medio, los cuales, viendo que no podían huir, se apercebieron de guerra; y como vieron a los españoles, dicen que hicieron señal de paz, y no los entendiendo o no queriendo entenderlos, comenzaron a disparar con muchos arcabuces, y los indios de Machifaro a tirarles varas, y ellos con miedo de los arcabuces, dejando las canoas, se huyeron al monte, sin que se pudiesen tomar más de hasta cuatro o cinco de ellos, y tomaron todas las canoas. Creyóse que morirían todos a manos de los de Machifaro, por estar sin canoas, y muy lejos de sus tierras y gran despoblado.

Aquí pareció a la mayor parte de la gente del campo que las guías que traíamos, que eran ciertos indios brasiles de los que por este río salieron a Pirú, según se había dicho, habían dado falsa relación y mentían en toda la noticia que nos habían dado: fuimos por el río casi setecientas leguas, sin que viésemos cosa de las que nos habían dicho; y asimismo iba con nosotros un español de los que habían bajado por el río con el capitán Orellana, el cual no conocía la tierra, y desatinaba; y así, la gente comenzó a desconfiar de la noticia, teniéndola por burla, y deseaban volver al Pirú, que decían que no había más que buscar; lo cual, entendido por el Gobernador, dicen que dijo que no pensase nadie tal, que los que entonces eran muchachos habían de envejecer buscando la tierra; y en esto, cierto, mostró siempre gran valor y constancia, si se supiera guardar de sus enemigos y creyera a sus amigos, que le avisaron que pusiese guarda en su persona, no porque nadie de los que esto le aconsejaron supiese cosa cierta de motín, mas de que conjeturaban lo que podría ser, por la gran desvergüenza que algunos traían en el campo. Y a esta sazón el Gobernador iba malquisto con la mayor parte del campo, que eran ruines y mal intencionados, porque no les dejaba robar y atar indios, y rancharlos y matarlos a diestro y siniestro; y decían que ya desde entonces temía la residencia; y también Doña Inés, su amiga, quisieron decir que le había hecho en alguna manera que mudase la condición, y que le había hechizado, porque de muy afable y conversable que solía ser con todos, se había vuelto algo grave y desabrido, y enemigo de toda conversación, y comía solo, cosa que nunca había hecho, y no convidaba a nadie: habíase hecho amigo de soledad y aun alojábase siempre solo y apartado lo más que podía de la conversación del campo, y junto a sí la dicha Doña Inés, sólo, y a fin, según parecía, de que nadie le estorbase sus amores; y embebecido en ellos, parecía que las cosas de guerra y descubrimiento las tenía olvidadas; cosa, cierto, muy contraria de lo que siempre había hecho y usado. Había en su campo algunos soldados que se habían querido amotinar por volverse al Pirú, y aunque lo habían probado a hacer, y habían sido hallados con el motín de se huir, a los cuales, en pena, como quien los hecha a galeras, los hacía que fuesen remando y bogando la balsa de Doña Inés; y aunque este castigo era harto liviano para lo que merecían ellos, se afrentaban dello mucho; y otros mal intencionados, por indignar a los dichos, murmuraban diciendo que mejor era ahorcarlos que no hacerles remar las canoas y balsas; por donde se comenzaron a hacer algunos borrones y descuidos en su campo, y el mayor fue el de su muerte, que en este pueblo que es dicho se la comenzaron a tratar, hallando los traidores aquel aparejo de verlo malquisto y descuidado. Juntóse con esto la dañada voluntad de algunos soldados de su campo, que eran y habían sido traidores, y se habían hallado en el Pirú en muchos motines contra el servicio de Su Majestad, algunos de los cuales habían venido a esta jornada a mas no poder, que andaban huyendo y escondidos por delitos y traiciones que habían cometido, y tuvieron por último remedio venirse a ella, por se desviar de las justicias que los buscaban, y otros que, deseosos de los dichos motines habían venido desta jornada, porque públicamente se dijo en el Pirú que el gobernador Pedro de Orsúa no juntaba gente para jornada, sino para revolver sobre el Pirú por concierto hecho con el Visorey, lo cual fue falsedad y mentira, como se ha visto y dicho; y estos tales, por desechar de sí la carga y trabajo de la jornada, y deseosos de volver a Pirú, andaban buscando y inventando cómo lo podrían hacer y porque todos estos que digo eran gente baja y de poca suerte, y los más oficiales de oficios bajos, no teniéndose ninguno dellos por suficiente para ser Capitán y cabeza a quien la gente obedeciese de buena gana, se concertaron con D. Fernando de Guzmán, que era Alférez

general del campo, que allende de ser caballero era tenido por virtuoso y bien quisto entre ellos, porque era vicioso y amigo de su opinión, y pusieronle por delante la prisión de un su criado, mestizo, que el Gobernador había mandado prender, como arriba se ha dicho, cosa cierta bien liviana, aunque ellos la estimaron mucho, diciendo que había sido grande afrenta que el Gobernador le había hecho, siendo él caballero y Alférez general del campo, y que no eran hombres los que no sentían esas cosas, y lo que más le movió fue la ambición y codicia de mandar, porque le prometieron que sería General y cabeza de todos, aunque primero intentaron juntar cincuenta o sesenta amigos de su opinión, y una noche, con las más armas que pudiesen haber, alzarse con los navíos y salirse a la mar, y de allí al Pirú; mas Lope de Aguirre y un Lorenzo Çalduendo fueron de parecer que mejor era matar al Gobernador y alzarse con todo, y así lo acordaron y determinaron; y que siendo el D. Fernando general y cabeza, podrían buscar la tierra y poblarla, y que esto sería antes hacer servicio al Rey por el gran descuido que el Gobernador llevaba en el descubrimiento, que no ir contra el servicio real; y esto todo lo hacían al fin que el D. Hernando, como hombre que era en obligación al Gobernador, no les mallase y diese parte del negocio al Gobernador; y así le aseguraban para entender dél lo que decía; pero no para que poblasen, sino huirse o matar al gobernador, porque, cierto, fue la mayor traición que en el mundo se ha hecho la que D. Fernando hizo al Gobernador, por la mucha y antigua amistad que con él tenía, que era tanta, que ni comía el uno sin el otro, y dormían muchas veces juntos, aunque tuviesen cada uno su cama, que era cosa no de creer la grande hermandad y amistad que Pedro de Orsúa mostraba al D. Fernando, así por obras como por palabras, que no podía creer que tal traición hobiese echo hombre con otro, que, como ellos, se hobiesen tratado con tanta amistad.

MUERTE DEL GOBERNADOR PEDRO DE ORSÚA

Agora trataremos de cómo se comenzó a urdir la muerte al Gobernador, que es de esta suerte. Partió el Gobernador deste pueblo de Machifaro, bien sin cuidado de lo que se ha dicho, pasada la Pascua de Navidad, y fue aquel día, a otro pueblo desta provincia, adonde determinó enviar a un Sancho Pizarro con cierta gente a descubrir un camino que allí hallamos, que parecía ir la tierra adentro y allí esperó al dicho Sancho Pizarro. Estaba este pueblo alzado sin gente por temor de nosotros, y en lo que aquí nos detuvimos acabaron los conjurados de concertar esta maldad, y la efectuaron en la noche de año nuevo, día de la Circuncisión del Señor, y primero del año de mil y quinientos y sesenta y uno, a dos o tres horas de la noche, juntándose con el dicho D. Fernando hasta doce destes traidores dejando prevenidos otros, sus amigos y secuaces, que en oyendo su voz y apellido acudiesen con sus armas; y fueron al aposento del Gobernador, adonde le hallaron hablando con su amigo, que se decía Pedrarias de Alместo, echados en sus camas cerca el uno del otro, porque se fiaba mucho dél y siempre había sido su allegado y privado, y entraron los dichos traidores; y como vido el Gobernador que venía gente, volvió el rostro hacia ellos, que estaba en una hamaca, y les dijo: «¿qué es esto, caballeros, a tal hora por acá!» Y respondiendo uno que se decía Juan Alonso de la Bandera, dixo: «agora lo veréis»; y le dio con una espada a dos manos por los pechos,

que lo pasó de una parte a otra, y luego segundó D. Fernando y los demás que con él iban; y como vido el Pedrarias, que con él estaba, que lo mataban, comenzó a dar voces: «¡qué traición es esta, caballeros!» y echó mano a su espada para defender al Gobernador, y anduvo un rato, hasta que le amenazaron que diese las armas y no le matarían, y el Pedrarias, viendo ser por demás, les dio las armas, y al Gobernador le dieron muchas estocadas y cuchilladas hasta que lo mataron; y llevando rendido con ellos al dicho Pedrarias de Alместo, se les huyó por el temor que tuvo que lo matarían por haber sido amigo de Pedro de Orsúa; y ansí ellos quedaron dando grandes voces diciendo: «viva el Rey, que nuestro es el tirano,» y esto duró un buen rato, todo a fin que la gente de todo el campo acudiese a la voz de «viva el Rey,» para que después de todos juntos supiesen y entendiesen su gran traición, la cual hasta allí la encubrían con la voz del Rey, y la gente fue toda junta, o casi toda: luego fueron parte de los del motín a matar a D. Fernando de Vargas, su Teniente del Gobernador, al cual toparon en el camino saliendo de su bohío, que venía al ruido, armado con un escampil y su vara en la mano, a saber qué cosa era aquella; y llegado que fue a ellos, diciéndole palabras feas le quitaron la vara y le mandaron desarmar, y estándolo desarmando un Juan de Vargas, canario, que era compañero de los tiranos, habiéndole quitado la una manga del escampil, y estándole quitando la otra, llegó por detrás un Martín Pérez, compañero destes en la traición, y le dió una estocada al dicho D. Juan de Vargas que le pasó todo el cuerpo, y con la sobra de la espada que pasó de la otra parte, hirió malamente a Juan de Vargas, canario, que estaba pegado con él desarmándole, de manera que de un golpe aínas los matara ambos; y luego tuvieron por apellido libertad; y como venía gente a ver lo que era, los traidores hacían poner la gente en escuadrón con grandes amenazas; y luego se publicó la muerte del Gobernador y su Teniente, sin que ninguno supiese quién ni cuántos habían sido en matar el dicho Gobernador, antes cada uno pensaba en sí y creía que la mayor parte del campo había sido en ello; y cuando se vino a entender, ya los traidores tenían muchos amigos y allegados de su bando, y deseosos como ellos de revueltas y motines y de volver al Pirú luego. Parte destes traidores fueron luego por las plazas, casas y aposentos del campo, y hacían venir por fuerza a toda la gente del escuadrón, donde juntaron todo el campo y desarmaron y quisieron matar a algunos amigos y parientes y paniaguados del Gobernador; y luego, con palabras de seguro, salió el dicho Pedrarias de Alместo y le trajeron a D. Fernando, y no consintió que lo matasen, antes mandó que le tuviesen respeto, porque habiendo sido amigo del Gobernador había hecho bien en ayudarle, y que otro tanto querían ellos que hiciesen sus amigos por ellos cuanto se ofreciese; pero que se anduviese sin armas hasta que fuese tiempo de volvérselas; y luego aquella noche llamaron General a D. Fernando, y a Lope de Aguirre Maese de campo, y no consintieron que la gente del escuadrón hablase quedo, sino a voces, y así lo mandaron, y quisieron matar algunos porque hablaban al oído: y luego sacaron cierto vino que el Gobernador traía para misas y para necesidades, y entre ellos y la gente del campo que estaba en el escuadrón se lo bebieron aquella noche. Ciertos negros, que eran del Gobernador, por mandado de Doña Inés, hicieron un hoyo grande y enterraron al Gobernador y su Teniente D. Juan de Vargas, juntos, y los traidores se estuvieron hasta la mañana en escuadrón.

Antes de la muerte del Gobernador acaecieron algunas cosas dignas de saber, y fue que, cinco días antes que lo matasen, un Comendador de Sant Juan, llamado Juan Núñez de

Guevara, muy amigo del Gobernador, hombre de bien, viejo, persona de crédito, que venía por soldado del campo, viniendo una noche, ya tarde, paseándose a la puerta de un bohío donde él posaba, por causa del calor grande que hacía (estaba este bohío el más cercano que ninguno otro de donde posaba el Gobernador, que era en el pueblo de las Tortugas), vio pasar por detrás del bohío del dicho Gobernador un bulto como de persona, que dijo en una voz no muy alta: «¡Pedro de Orsúa, Gobernador del Dorado y Omagua, Dios te perdone!» Y el dicho Comendador fue a gran priesa a conocer quién había dicho aquello, y dijo que delante de los ojos se le deshizo el bulto y no vio nadie. Y luego, otro día, comunicólo con algunos amigos suyos, y hechos sobre ello algunos juicios, concluyeron que el Gobernador a la sazón estaba malo y que podría morir de aquella enfermedad, y no se lo osaron decir, porque no tomase alguna imaginación desto. Oso escribir esto, porque tuve al dicho Comendador por hombre de bien, y que en esto diría la verdad.

Lo otro fue, que un negro llamado Juan, que era primero esclavo de Juan Alonso de la Bandera, uno de los que fueron a matar al Gobernador, y aún el más principal, como he dicho atrás, este su negro entendió el día que le mataron el trato que su amo y los demás con él traían para lo matar, y aquella tarde, casi noche, un poco antes que vinieran a efectuar su traición, fue a avisar al Gobernador de ello, y halló a Pedro de Orsúa que estaba con Doña Inés, y no le pudo hablar; y porque su amo no entendiese en lo que andaba, se volvió luego y dejó dado aviso a otro negro que era del Gobernador, llamado Hernando, para que se lo dijese, el cual se descuidó, o se le olvidó y no se lo dijo, o no quiso decírselo; y desde a pocos días, después de muerto el Gobernador, lo supieron los tiranos, y los mismos negros se lo descubrieron y quisieron matar al dicho negro, Juan primero, y porque trabajaba en la obra de los bergantines que hicieron no lo mataron, y diéronle más de quinientos azotes, amarrado a un palo en una plaza, delante de todo el campo, manifestando a todos la causa por que lo azotaban.

Acaeció mucho antes desto otra cosa, de la cual yo, como testigo de vista, hago afirmación, y fue que, antes que el Gobernador se echase el río abajo, estando en los Motilones, un caballero principal del Pirú, llamado Pedro de Añasco, y que había sido muchas veces capitán del Rey, y éste, como hombre de experiencia, conociendo los ánimos levantados de algunos soldados del campo de dicho gobernador Pedro de Orsúa, que era muy grande amigo suyo, le escribió una carta, la cual yo vi, diciéndole en ella que por diez hombres menos no había de dejar de hacer su jornada; que le rogaba ahincadamente que no metiese consigo a ciertos soldados de los que allá tenía, que los echase luego fuera, que le parecían bulliciosos y desasosegados, y que no convenía que los llevase. Y asimismo en este tiempo vinieron cartas del Virey, marqués de Cañete, con seis provisiones, firmadas de su nombre y refrendadas de su Secretario, para que en ellas pusiese el nombre del que quisiese echar fuera, y traían en blanco, para poder señalar el Gobernador el que él quisiese. Decían los mandamientos que, visto aquello, saliesen a verse con el Virey, por cuanto tenían cosas que tratar con ellos, y muy convenientes al servicio de Su Majestad, y esto era a fin de que aquellos a quienes el Gobernador señalase, no se escandalizasen o alborotasen, y porque no tomasen sospecha que eran tenidos por hombres de mal vivir. Y el Gobernador, como hombre que no tenía experiencia de los negocios y condiciones de la gente del Pirú, y sus muy dañadas

voluntades que siempre estos que le mataron habían tenido, siendo ya dado aviso de sus ruines mañas, no quiso el buen Gobernador hacerles mal, antes les hizo mostrar las provisiones que le eran enviadas, y los nombres en blanco dellas, puestos todos ellos para echarles cargo de que les quería bien y que lo tuviesen por amigo de todos; que, como testigo de vista y que fui yo a mostrárselas a todos y decirles la merced que el Gobernador les hacía, puedo tratar desto, aunque siempre fui de diferente opinión en esto de que quedasen, sino que los hiciese volver a Pirú, porque decía yo que quien hacía una traición haría trecientas; pero el Gobernador respondía que antes sería al revés, y que, por enmendar lo pasado, servirían bien en la guerra y procurarían de acreditarse; y al fin, a ruego de sus amigos, hobo de echar fuera a un Don Martín de Guzmán, no porque este caballero hubiese hecho nada contra el servicio de Su Majestad, mas por parecerle que tenía valor para tener amigos, y que estos le podrían pegar parte de sus mañas y hacerle torcer de lo fuese razón, como he mostrado del Don Fernando de Guzmán, que en tal paró; y el buen Gobernador murió confiado de su mucha bondad, y por no creer a sus amigos, porque luego respondía que él no hacía mal a ningún soldado, ni les decía palabras de afrenta como otros capitanes; y que si andaban descontentos y decían mal dél, no era por la ocasión que él les daba, sino por el trabajo que con la guerra traían; y esto respondía a los que en esto le trataban, diciéndole que se guardase, que andaban desvergonzados, porque, en efecto, hubo un su muy amigo, y que siempre mostró con obras serlo, que se decía Pedrarias, que mirase por sí, porque si no cortaba cuatro cabezas, no ternía su campo seguro, y su vida y las de sus amigos perdidas; y que cada día había más desvergüenzas en su campo; y a esto respondió, estando en cierta consulta con un clérigo y otros dos viejos, de quien él se fiaba, que él miraría aquello y daría la orden que mejor le pareciese; y mediante esta respuesta, se fueron todos a sus posadas, y él nunca puso remedio en ello, y estos traidores efectuaron su maldito deseo, porque si el buen Gobernador hiciera cualquiera cosa destas que habemos tratado, oso afirmar que hoy día no fuera muerto, o, a la menos, de la manera que murió; y la tierra, si alguna hay, fuera descubierta, y sus amigos y servidores de Su Majestad, que allí íbamos, no hubiéramos padescido tantos trabajos y riesgos de nuestras vidas, y se excusaran todos los daños subcedidos: mas el buen Gobernador, con su buen ánimo y sana condición, nunca pensó que pudiera subceder cosa de las dichas, porque de creer es que si lo imaginara pusiera remedio en ello, como cristiano y servidor de Su Majestad que siempre fue.

Al principio desta relación se dijo cómo el gobernador Pedro de Orsúa era caballero, y del reino de Navarra; agora trataremos aquí algo de su persona, condición y costumbre. Era Pedro de Orsúa mancebo de hasta treinta y cinco años, de mediana disposición, y algo delicado, de miembros bien proporcionados para el tamaño de su persona. Tenía la cara hermosa y alegre, la barba çaheña y bien puesta y poblada. Era gentil hombre y de buena práctica y conversación, y mostrábase muy afable y compañero con sus soldados. Presciábase de andar muy polido, y ansí lo era en todas sus cosas. Parecía que tenía gracia especial en sus palabras, porque a todos los más que comunicaba atraía a su querer y voluntad; trataba a sus soldados bien y con mucha crianza. Fue más misericordioso que riguroso. Era extremado en aventajarse de entender en la gineta y la brida, porque siempre lo mostró ser muy galán caballero, porque muchos que lo entendían le reconocían ventaja en esto. Sobretudo sirvió bien a su Majestad, bien y fielmente, sin que

en él se hallase cosa en contrario, ni aún en el pensamiento, según lo que en él se conoció. Mientras tuvo estas condiciones arriba dichas, fue siempre bien querido y amado de todos; pero como dicen que pocos de los mortales viven sin falta, entre estas virtudes tuvo algunos vicios y resabios, aunque se creyó que Doña Inés, su amiga, le hizo tomar los más dellos; aunque muchos que le habíamos más entendido su condición, no podíamos creer sino que su enfermedad era causa de haberse mudado, sino que, como sean tantos los que iban, y cada uno de diferente condición y opinión, unos decían tener la culpa Doña Inés, su amiga, y otros su enfermedad, porque, cierto, hasta que anduvo indispuesto no había hecho mudanza en su buena condición, y había harto tiempo tratado con la Doña Inés. Hágalo una cosa u otra, parecía en alguna manera codicioso, aunque cuando era menester, era largo en dar y más en prometer. Si tenía necesidad de alguno, hacíale grandes ofertas y promesas, y desde que le tenía donde no se podía desasir y hecho todo lo que pretendía, no cumplía todo lo que prometía, aunque este vicio es común a los capitanes por la mayor parte de Indias; y si vía alguna cosa o presea buena a algún soldado de los suyos, luego se lo cudiciaba y trataba ferias, y procuraba haberla en su poder. Fue en alguna manera ingrato a sus amigos, y a los que le habían servido o hecho por él. Usaba poco la caridad con los enfermos y necesitados; pocas veces los visitaba. Guardaba los enojos y rencores por mucho tiempo, y habíase hecho remiso y descuidado en la buena gobernación y disciplina de su campo y armada, y mal acondicionado y desabrido, tanto, que los que primero le conocíamos, decíamos unos con otros que no era posible que fuese Pedro de Orsúa, o que estuviese en su libre juicio. Finalmente, era muy enamorado y dado a mujeres, aunque honesto en no tratar en ellas ni loarse de lo que en semejantes negocios acaesce a muchos. Vivió solo tres meses y tres días desde que se embarcó en el astillero hasta que le mataron. Embarcose a los veinte y seis de septiembre de mil y quinientos y sesenta y un años. Los que aquella noche se hallaron en matar a Pedro de Orsúa, Gobernador, y a su teniente Don Juan de Vargas, según lo que yo vide por vista de ojos, porque me hallé con el Gobernador, y es muy cierto, porque demás desto, ellos después se loaban dello, son los siguientes:

Don Fernando de Guzmán, Juan Alonso de la Bandera, Lorenzo de Salduendo, Alonso de Montoya, Miguel Serrano de Cáceres, Pedro de Miranda, mulato, Pero Hernández, Martín Pérez, Diego de Torres, Cristóbal Fernández, Alonso de Villena, Juan de Vargas, canario, y el cruel tirano Lope de Aguirre cabeza y inventor de maldades.

Pasada aquella noche, otro día, por la mañana, entraron en consulta todos los matadores del Gobernador, con otros muchos que se habían ya convidado y hecho sus amigos y aliados, y hicieron más capitanes y oficiales de guerra que soldados había en el campo. Don Fernando de Guzmán, que era ya nombrado General, y Lope de Aguirre, maese de campo; Juan de la Bandera, capitán de la guarda; Lorenzo de Çalduendo y Cristóbal Fernández y Miguel Serrano, capitanes de infantería; Alonso de Montoya, capitán de a caballo, y Alonso de Villena, alférez general, y a Pedro de Miranda, mulato, alguacil mayor, y a Pedro Fernández, pagador mayor. Todos estos fueron los que aquella noche mataron a su buen Gobernador; y destos, dejaron sin cargos, por entonces, a Martín Pérez y a Juan de Vargas, canario. Fuera destos, hobo otros que, aunque no se hallaron en la muerte del Gobernador, se confederaron con los matadores y tomaron cargos y oficios en campo, que fueron Sebastián Gomez, piloto portugués, capitán de la mar, y el

comendador Juan de Guevara, y Pedro Alonso Galeas, capitán de infantería; Alonso Enriquez Orellana, capitán de munición; Miguel Bonado almirante de la mar. Hicieron a un Diego Valcazar Justicia mayor del campo, el cual, al tiempo que le dieron la vara, dijo que la tomaba en nombre del Rey Don Felipe, nuestro señor; aunque esto que dijo supo mal a los tiranos, y él mostró haberse arrepentido de haberlo dicho por el temor de que le hicieran pedazos; mas los tiranos por entonces disimularon con él, porque aún no estaba declarado entre ellos contra el real servicio, antes les parecía que buscarían la tierra y que harían servicio a Su Majestad y serían perdonados, como más largo trataré luego. Y desde a dos días, vino Sancho Piçarro, que es el que el gobernador Pedro de Orsúa había enviado a descubrir un camino, como se ha dicho, el cual, ni ninguno de los que con él fueron, supieron cosa de las pasadas hasta que volvieron al campo, que los dichos tiranos tuvieron puestas guardas pública y secretamente para que ninguno pudiese darles aviso de lo sucedido; y llegado el dicho Sancho Piçarro, lo hicieron los tiranos Sargento mayor, el cual había hallado en unas montañas unos dos pueblezuelos la tierra adentro.

En esta junta, la mayor parte de los oficiales y capitanes del campo, así de los matadores del Gobernador como de los demás aliados, fueron de acuerdo y parecer que se debía buscar la tierra y noticia que Pedro de Orsúa traía, y que la debían buscar y poblar, y que por este servicio Su Majestad perdonaría los matadores del buen Pedro de Orsúa, y que para eso debían hacer una información con los más principales del campo, de como Pedro de Orsúa iba remiso y descuidado en buscar la tierra, y que no la pretendía buscar ni poblar, y otras mentiras y maldades; y que conforme a esto, todos los del campo diesen su parecer, firmado de todos, y que esto se guardaría para su descargo cuando fuese tiempo; y el tirano Lope de Aguirre y otros de su opinión, callaron por entonces, y no dieron parecer en ello; y los que más esto procuraban eran D. Fernando de Guzmán, y Alonso de Montoya y Juan Alonso de la Bandera. Fecha y puesta dicha información como ellos la quisieron pintar, para la autorizar con las firmas y pareceres de todo el campo, firmó primero D. Fernando de Guzmán, general, y el segundo, Lope de Aguirre, maese de campo, el cual puso en su firma: Lope de Aguirre, traidor; y mostrándolo a los otros dijo: «¿qué locura y necedad era aquella de todos que, habiendo muerto un Gobernador del Rey, y que llevaba sus poderes y representaba su persona, pensaban por aquella vía quitarse de culpa? que todos habían sido traidores, y que, dado el caso que hallasen la tierra, y que fuese mejor que el Pirú, que el primer bachiller que allá viniese les cortaría las cabezas a todos: que no pensasen tal, sino que todos vendiesen sus vidas antes que se las quitasen: que buena tierra era el Pirú, y buena jornada; y que allá tenían muchos amigos que les ayudarían, y que esto era lo que a todos convenía.» A lo cual replicó un Villena, alférez general, uno de los que fueron en matar al Gobernador, diciendo que Lope de Aguirre decía bien y la verdad, y que no convenía otra cosa; y que quien al General, su señor, aquello le aconsejaba, no era su amigo ni servidor. A lo cual respondió Juan Alonso de la Bandera, y dijo: «que matar al general Pedro de Orsúa no había sido traición, sino servicio del Rey, porque no quería ni pretendía buscar la tierra, trayendo tanta y tan buena gente, y habiendo gastado Su Majestad tantos dineros de su caja; y que quien a él le dijese traidor, que mentía, y que él se lo haría bueno y se mataría con él.» Y los de la opinión de Lope de Aguirre quisieron responder a esto, pero su General y otros capitanes se pusieron de por medio y los apaciguaron. El Juan Alonso tornó a decir que hiciesen lo que quisiesen, que no pensasen que lo decía de miedo, que tan buen pescuezo

tenía como todos; y así cesó por entonces esta información, y los demás del campo se inclinaban al Pirú.

Desde a cinco o seis días que fue muerto el Gobernador, partieron los tiranos de aquel pueblo donde le mataron, y así se quedó la otra chata, y nos quedó solamente la que traíamos los caballos; y aquel día llegaron a otro pueblo despoblado de gente, y tenían solos los bohíos sin nada; y aquella noche, los que eran de opinión de volver al Pirú, barrenaron y quebraron la chata de los caballos, y se anegó; y así por esto como porque había buen aparejo de madera para hacer ciertos navíos, en que determinaron de ir al Pirú, pararon allí, donde se detuvieron casi tres meses en hacer dos bergantines. Andaban en la obra cuatro oficiales españoles carpinteros y aserradores, y todos los más españoles del campo ayudaban a la obra, cada día tantos. Había muchas azuelas y sierras, y otras muchas herramientas que el Gobernador traía para cuando fuesen necesarias para hacer navíos; y había alguna brea y clavazón, aunque poca. En este tiempo pasamos gran hambre, porque no hallamos en este asiento más de la yuca brava de las sementeras, y para se poder comer, se había de hacer cacaui, y para lo hacer, había muy poco servicio, que casi todo se nos había muerto, y las sementeras estaban lejos; íbase por la yuca en canoas, y atravesábase el río por allí, que tiene una legua de ancho, en que se trabajaba mucho: en pesquerías no se podía tomar ningún pescado, y nuestro principal mantenimiento fueron frutas del monte, que allí hallamos, como eran hobos y carmitos, y chatos y guanábanas, y otras frutas de diversos géneros. Comiéronse aquí los caballos y todos los perros del campo, y algunos comieron gallinazas.

Desde a pocos días que allegamos a este pueblo, todos los tiranos se concertaron ir al Pirú a le tiranizar, si pudiesen. Aquí mató el cruel tirano Lope de Aguirre a García de Arce, porque había sido amigo del gobernador Pedro de Orsúa, y quiso matar a Diego de Valcazar, que dijimos que habían hecho Justicia mayor los tiranos después de muerto el gobernador Pedro de Orsúa, y que dijo que tomaba la vara en nombre del rey D. Felipe, nuestro señor, al cual le habían ya quitado el cargo; y llevándolo a matar el maestre de campo Lope de Aguirre y otros, a media noche, desnudo en camisa, que le sacaron de la cama en que estaba acostado, él se huyó; y porque tuvo por cierto que le querían matar, echó a huir y se les soltó, e iba dando voces diciendo: «¡viva el Rey, caballeros!» para turbar y tener a los que iban tras él; y, por huir desta muerte, se despeñó de una barranca muy alta, y bien descalabrado y herido se escondió en un monte; y otro día D. Fernando le envió a buscar y le aseguró la vida sobre su palabra, y así volvió al campo y se escapó por entonces. Mataron aquí en este pueblo a Pedro de Miranda, mulato, alguacil mayor, y a Pedro Hernández, su pagador mayor, que había sido con ellos en la muerte del gobernador Pedro de Orsúa, porque dijeron en el campo que pretendía matar a su general D. Fernando y ciertos capitanes, no sé a qué efecto; y lo que desto se cree es que comenzaba ya a venir el castigo del cielo sobre los matadores de Pedro de Orsúa, que poco a poco se ejecutó en ellos, hasta que no quedó ninguno; porque lo que destos dos se dijo fue mentira. Y luego proveyeron otros dos en los dichos oficios de alguacil mayor a Juan López Cerrato, y el de pagador a Juan López de Ayala. En este pueblo hizo don Fernando su teniente general a Juan Alonso de la Bandera, el cual, con Lope de Aguirre, maestre de campo, se encontraban en los mandos, y lo que el uno mandaba quería el otro estorbar, y había competencias entre los dos, y aún entre los más de los soldados del

campo, sobre cuál de los cargos era más preeminente, de que se causó gran enemistad entre los dos, y bandos, y prevaleció y pudo más por entonces Juan Alonso de la Bandera; y así, su general D. Fernando quitó el cargo de Maestre de campo a Lope de Aguirre, y lo dio luego a Juan Alonso, junto con el de Teniente general que de antes tenía, y dieron la Capitanía de la guardia a Lorenzo de Çalduendo, y a Lope de Aguirre hicieron Capitán de a caballo. Muchos amigos de D. Fernando y oficiales de su campo eran de parescer que matasen a Lope de Aguirre, pues que le habían quitado el cargo, porque era mal hombre, bullicioso y tenía muchos amigos; pero D. Fernando no lo consintió, antes, por asegurar y contentar al dicho Lope de Aguirre, que andaba alborotado y se quejaba que le habían quitado el cargo, le prometió que no entraría en Pirú sin que primero le volviese el cargo de Maestre de campo, y que llegados, le prometía que casaría una hija mestiza que Lope de Aguirre tenía allí consigo con un su hermano que se llamaba D. Martín de Guzmán, que estaba en Pirú. A la moza puso luego Don, y le dio una ropa de seda muy rica, que era del Gobernador, y otras joyas, y la comenzó a tratar como cuñada.

Pasadas estas cosas que habemos dicho, cada día crecía más la enemistad entre Lope de Aguirre y Juan Alonso de la Bandera; y el Lope de Aguirre vivía muy temeroso y recatado, porque no le matase, y siempre armado secretamente él y todos sus amigos, y el Juan Alonso lo quiso matar algunas veces, según se dijo, y no osó, porque siempre le hallaba a recaudo y bien acompañado. Y en este tiempo creció mucho la soberbia de Juan Alonso de la Bandera, de manera que se dijo por cosa cierta que, no contento con ser Teniente general y Maestre de campo, y la segunda persona, quiso ser primera y matar a su general Don Fernando y serlo él, y hacer a un Cristóbal Hernández, muy su amigo, Maestre de campo. Que ello fuese así o no, ello se dijo, y Lope de Aguirre se lo dijeron y hicieron creer a D. Fernando; y el que más en esto insistió fue Lorenzo de Çalduendo, Capitán de la guardia, que estaba mal con el dicho Juan Alonso, y competían los dos en amores de la Doña Inés, que había sido amiga del Gobernador, y entre todos ellos se determinó que habían de matar a Juan Alonso y Cristóbal Hernández; y un día que el Juan Alonso estaba en casa de D. Fernando, su General, jugando a los naipes, y Cristóbal Hernández con él, el cual juego había ordenado D. Fernando a efecto que se descuidasen allí y los matasen, como lo hicieron: que en este tiempo, siendo avisado entre él y Lope de Aguirre, con ciertos amigos suyos armados, y con arcabuces, y el Don Fernando tenía también apercebidos otros que estaban allí dentro, y ellos y Lope de Aguirre y sus amigos los mataron a estocadas y lanzadas y arcabuzazos; y luego quedó Lope de Aguirre por maestre de campo, como lo era, y D. Fernando hizo Capitán de infantería, en lugar de Cristóbal Hernández, que antes lo era, un Gonzalo Guiral, muy su amigo y de su tierra. Con todas estas revueltas, siempre se entendía con gran priesa en la obra de los bergantines.

En este asiento mataron los indios a Sebastián Gómez, capitán de la mar, y a un Molina, y a otro Villareal, y a otro Pedro Díaz, y a un Mendoza, y a otro Antón Rodríguez, andando fuera de campo a buscar de comer y a pescar, porque los dichos tiranos dieron la causa que, estando los indios de aquella provincia de Machifaro así de paz, que venían a rescatar con nosotros, los tiranos, por servirse dellos, los engañaron y hicieron con maña y halagos meter en unos bohíos más de cincuenta dellos en achaque de los querer ver D. Fernando; y, estando dentro, los mataron todos y los cercaron y echaron en prisiones; los

cuales, desde a cuatro o cinco días, eran todos huidos que no quedó casi ninguno dellos, y con esto se alzaron y mataron los dichos seis soldados; y no sólo se siguió este daño, sino otros muchos, que no volvieron más a rescatar con nosotros, y padescíamos todos necesidad de comida, que ellos primero nos la traían a trueque de bien poco rescate, y de noche nos hurtaban las canoas, y no osábamos salir del campo sino muchos juntos a buscar comida, y primero salían cuatro o cinco solos. También se dijo, y tuvo por cierto, que Lope de Aguirre, pareciéndole que la gente se podía huir algunos en las canoas, que teníamos muchas y muy buenas, y que siendo así no podría haber efecto su dañada intención, él mismo, de noche, encubiertamente, desataba las canoas y las echaba el río abajo, y publicaba que los indios las hurtaban; y que lo hiciese él o los indios, en pocos días, de más de ciento y cincuenta canoas que teníamos, no nos quedaron veinte, las más ruines.

En este tiempo, por consejo del tirano Lope de Aguirre, quiso D. Fernando de Guzmán que todo el campo le tuviese por General, y para esto, teniendo prevenidos sus amigos y aliados, mandó juntar toda la gente del campo en una plaza, junto a su posada, y estando junta la gente, y el tirano Lope de Aguirre con sus amigos y los de D. Fernando armados, el don Fernando de Guzmán les hizo un razonamiento de la forma siguiente:

«Señores: muchos días ha que he deseado tratar con vuestras mercedes lo que agora quiero hacer, y es, que yo tengo este cargo de General, como vuestras mercedes saben, y no sé si contra la voluntad de algunos, para lo cual, y para que entre nosotros haya más conformidad, yo, desde agora, dejo el cargo y me desisto dél, y lo mismo harán estos señores oficiales para que vuestras mercedes libremente lo den a quien mejor les pareciere, que sea en provecho y conformidad de todos.» Y dicho esto, hincó en el suelo una partesana que tenía en la mano, en señal que se desistía del cargo, y lo mismo hicieron sus oficiales. Luego, los amigos del dicho D. Fernando, primero, y tras ellos la mayor parte del campo, dijeron que querían por su General a D. Fernando de Guzmán, y el D. Fernando lo aceptó y dio por ello las gracias, y les dijo que cada uno dijese su parecer, y sin ningún temor; que el que quisiese seguir la guerra del Pirú, en que él y sus compañeros estaban determinados, había de firmar y jurar de la seguir, y obedecer a su General y capitanes en lo que se les mandase; y que si fuesen tantos que pudiesen y quisiesen buscar la tierra y poblarla, que él los dejaría con un caudillo que ellos escogiesen, y que si fuesen pocos, que él los sacaría a la primera tierra de paz, donde se podrían quedar, que él los aseguraba a todos, bajo su fe y palabra, que no recibirían daño por lo que dijeren. Todos los del campo, y algunos, a más no poder, por temor que tenían que no los matasen, firmaron y juraron la guerra del Pirú, salvo algunos que, disimuladamente, se quedaron sin firmar, que estos fueron pocos criados y muchos inútiles y...

Otro día después se juntaron en casa de D. Fernando, su General, el Maestre de campo, y los Capitanes y Oficiales de la guerra, y habiendo dicho misa un clérigo que se llamaba Alonso de Enao, en presencia de todos, acabada la misa, el dicho clérigo les tomó a todos estos Oficiales juramento muy solemne sobre una ara consagrada y un libro de los Evangelios, en que pusieron sus manos, y juraron que unos a otros se ayudarían y favorecerían y serían unánimes y conformes en la guerra del Pirú que tenían entre

manos, y que entre ellos no habría revueltas y rencores, y que no irían unos contra otros, a pena que el que esto no hiciese y lo quebrantase, no pudiese ser absuelto sin ir a Roma; y esto se hizo por las revueltas pasadas que habían habido entre Juan Alonso de la Bandera y otros de su banda con Lope de Aguirre y sus amigos, pareciéndoles que con esto se evitarían semejantes motines. Y juró primero D. Fernando de Guzmán, su General, y luego Lope de Aguirre, su Maestre de campo, y tras ellos todos los demás capitanes, alféreces, sargentos, oficiales del campo, el cual dicho juramento, no sólo no se cumplió, pero como si hubieran jurado al contrario pareció que lo hicieron, porque siempre hubo entre ellos cuestiones, revueltas, rencores, discordia y enemistades, más que hasta allí había habido. En este mismo asiento, desde pocos días, el tirano Lope de Aguirre, maese de campo, hizo juntar un día toda la gente delante de la puerta de D. Fernando, su General, y, según dijeron algunos, sin comunicarlo con él, ni él ser sabidor dello; y según otros quisieron decir, que, inducido por un Gonzalo Duarte, que era su mayordomo, y por Lorenzo de Çalduendo, capitán de su guardia, dio a ello consentimiento; y junta la gente toda del campo, Lope de Aguirre les hizo el razonamiento siguiente:

«Señores: ya vuestras mercedes saben y vieron cómo el otro día, por general consentimiento, hicimos a D. Fernando de Guzmán, General y lo firmamos de nuestros nombres, y que algunos que no quisieron firmar ni ser deste parecer, les hemos hecho y sabemos el tratamiento que a nuestros hermanos, y partimos con ellos las capas; y si algunos de vuestras mercedes, de los que el otro día firmaron, se han arrepentido, díganlo sin temor ninguno, que lo mismo haremos con ellos.» Y todos los que allí estaban dijeron que querían lo comenzado seguir, que les era forzoso por muchas causas no decir otra cosa; y tras esto dijo: «que para que la guerra llevase mejor fundamento y más autoridad, convenía que hiciesen y tuviesen por su Príncipe a D. Fernando de Guzmán desde entonces, para le coronar por Rey en llegando al Pirú, y que para hacer esto era menester que se desnaturasen de los reinos de España, y negasen el vasallaje que debían al rey D. Felipe, y que él desde allí decía que no le conocía ni le había visto, ni quería ni le tenía por Rey, y que elegía y tenía por su Príncipe y Rey natural a D. Fernando de Guzmán, y como a tal le iba a besar la mano, y que todos le siguiesen y hiciesen lo mismo.» Y luego se fue hacia una casa, que estaba en ella D. Fernando, y todos tras él, y primero Lope de Aguirre, y luego todos los demás, le pidieron la mano, y le llamaron Excelencia, y él abrazaba a todos y no daba a nadie la mano. Mostró placer y holgóse con el nuevo nombre y dictado. Luego puso casa de Príncipe, con muchos oficiales y gentileshombres; comió desde entonces solo, y servíase con ceremonias. Cobró alguna gravedad con el nuevo nombre; dio nuevas conductas a sus capitanes, señalando salarios de a diez y de a veinte mil pesos en su caja y haciendas, y sus cartas comenzaban desta manera: «D. Fernando de Guzmán, por la gracia de Dios, Príncipe de Tierra Firme y Pirú, y Gobernador de Chile.» Y cuando decían esto, su Secretario el primero, y los más del campo, en nombrando Don Fernando de Guzmán, con todo acatamiento se quitaban la gorra, como si nombraran al rey D. Felipe, nuestro señor, y tocaban trompetas y atabales cada vez que se comenzaba a leer alguna conducta de las que daba. Antes de la partida deste pueblo hizo su Sargento mayor a un Martín Pérez, que dijimos que había sido con él y los demás en la muerte de Pedro de Orsúa, aquel que dio la estocada a D. Juan de Vargas, como se ha dicho, el cual era gran amigo y compañero de Lope de Aguirre,

maese de campo; y a Sancho Pizarro, que antes lo era, hizo capitán de a caballo. Hasta este pueblo de los Bergantines vinieron muy bien algunas balsas que habíamos sacado del astillero, aunque venían mal hechas, que no tenían más fación que unas barcas cuadradas y de palos verdes, y pudieron ir hasta la mar más seguras que los bergantines y barcos; y, cierto, siendo ellas bien hechas y de buena madera, gruesa y seca, las tengo por mejores navíos que otros para el río, y más sin riesgo, salvo que el tomar el puerto con ellas es algun trabajo; pero llevando ellas su fación, como digo, no sería tanto trabajo.

A cabo de tres meses que habían estado en este pueblo de los Bergantines, en el cual pasaron todas las cosas que habemos dicho, se acabaron dos navíos rasos, sin cubiertas ni obras muertas, grandes y hermosos, porque, según decían, en cada vaso podían armar navío de trecientos toneles, y partieron de allí con propósito de ir a tyranizar el Pirú; y el orden que ellos decían habían de tener, era procurar salir a la mar con gran brevedad y, por la necesidad que llevaban de bastimentos, tomar tierra en la isla Margarita, y en tres o cuatro días tomar la comida y agua necesaria, y partir para Nombre de Dios, y tomar puerto en un río que llaman del Saquees, muy cercano al Nombre de Dios, y de allí, de noche, ir por tierra al pueblo, y antes que los sintiesen, tomar el puerto y sierra de Capixa, que es el paso para Panamá, porque nadie pudiese dar aviso; y tomado este paso con alguna gente, los demás dar sobre el pueblo del Nombre de Dios, y tomalle y roballe y abrasalle, y matar todos los sospechosos; y luego, sin más detenencia, ir sobre Panamá, y hacer lo mismo, y tomar todos los navíos que hobiese en el puerto, porque no tuviesen aviso en el Pirú de su venida; y llevar toda el artillería que hobiese en el Nombre de Dios, y hacer allí una galera y otros navíos de armada; y decían ellos que allí se les había de juntar la gente de Veragua y otros muchos españoles de Nicaragua y otras partes, y más de mil negros, a quien ellos debían de dar armas y libertad; y con estos aderezos y gente de guerra, decían ellos que, en muy pocos días, habían de tener todo el Pirú por suyo; el cual habían ya comenzado a repartir entre ellos, no solamente los repartimientos, pero aún las mujeres de los vecinos, todas las que eran hermosas, cada uno escogía para sí la que más le agradaba. Y había algunos que llegaban delante de D. Fernando, su negro Príncipe, y le decían: «Señor, una merced vengo a suplicar a Vuestra Excelencia, y házeme de aceptar antes que diga lo que es.» Y Su Excelencia decía luego: «Diga vuestra merced, que a los tan buenos soldados como vuestra merced nada se les puede negar; y esté cierto que lo haré como lo pide.» Y así comenzaba el suplicante de la merced, y decía: «Ya sabe Vuestra Excelencia lo mucho que yo haré en su servicio, y a ello la razón me obliga. La merced que se me tiene otorgada, que yo estoy aficionado a vivir en tal pueblo de los del Pirú, y allí reside cierto vecino rico que, llegados que seamos allí, yo procuraré de hacer menos el tal vecino, y luego sea su repartimiento mío y la mujer que tiene.» A esto respondía Su Excelencia con poca vergüenza: «Hacerse ha desa manera, y téngalo vuestra merced por suyo desde agora.» Cosa, cierto, que parece imposible que haya en los hombres tantas desvergüenzas o maneras de lisonjas para tener ganada la voluntad a su Príncipe de hongos, pues esto no podía suceder sino de demasiado temor o bellaquería, que es más cierto, del que tal ponía en plática. Y en todo este tiempo que digo, no contaban suceso malo ni contrario que les pudiese acaescer, ni consideraban el gran poder de Dios, que aunque por algún tiempo permita los semejantes crueles tyranos para castigo de los pecados de los hombres, al fin los castiga y da el pago que sus crueldades y malas obras merecen; y menos se acordaban que, aunque Su Majestad el rey

D. Felipe, nuestro señor, esté con su persona lejos de estas partes de los indios, tiene en ellas muchos y leales servidores y ministros, y que por el nombre es y ha de ser acatado y reverenciado de los buenos y temido de los malos en todas y en las más lejanas partes del mundo.

Partidos deste pueblo de los Bergantines, fueron aquel día a otro pueblo desta misma provincia, y desde allí fue la armada por un brazo del río que va sobre mano izquierda, desviándonos de la tierra firme de mano derecha, que siempre habíamos costeadado; y esto hizo el perverso traidor por nos apartar de la noticia y poblazón de Omagua que, según teníamos relación, estaba en la tierra firme de mano derecha; y esto hizo el tirano Lope de Aguirre y otros de su opinión, paresciéndoles que, si acaso tomásemos tierra buena, que nos tomaría deseo de poblarla, y se estorbaría la mala pretensión y propósito. Y a cabo de tres días y una noche que caminamos por los brazos de mano izquierda, todos despoblados, dimos en un pueblo de pocas casas y muchos mosquitos. El pueblo es pequeño y tierra anegadiza, y las casas cuadradas y grandes, por la mayor parte, y cubiertas con paja de çabanas; hasta aquí no las vimos. La gente deste pueblo nos sintió y se huyeron todos. Hallamos en este pueblo algún maíz y cacabi y pescado asado en barbacoa, y se tomaba mucho con anzuelos. Los indios vinieron a rescatar con nosotros. Son desnudos, y tienen las mismas armas que los de arriba. Y porque la gente venía fatigada de hambre, y porque un Alonso de Montoya había ido por otro brazo a buscar comida con cierta gente en canoas, y porque era Semana Santa, determinaron los tiranos y su gente parar allí ocho días, por esperar al dicho capitán Montoya, y porque la gente se reformase de la hambre pasada. En este pueblo tuvimos la Pascua de Resurrección. Mató aquí el tirano Lope de Aguirre a Pero Alonso Casco, Alguacil mayor que había sido del gobernador Pedro de Orsúa, porque dijeron que, enojado el dicho Pero Alonso porque los tiranos no habían hecho caso dél, ni héchole su Capitán, como a otros, lo cual él deseaba, dijo, hablando con un Villatoro, asiéndose de las barbas, un verso latino que dice: *audaces fortuna juvat, timidosque repellit*; que quiere decir: «a los osados favorece la fortuna, y a los temerosos abate», y no faltó quien lo oyó y se lo dijo a Lope de Aguirre, e hízolo dar garrote al dicho Pero Alonso, y asimismo al Villatoro; y sabido por su príncipe D. Fernando, envió a mandar que no los matasen; y así escapó el Villatoro, porque entonces, cuando llegó el mandato de D. Fernando, ya el Pero Alonso estaba ahogado. En este pueblo quitaron el cargo de alférez general a Alonso de Villena, que habemos dicho que tenía este cargo desde que mataron al buen general Pedro de Orsúa, poniendo algunos objetos en la persona del dicho Villena, diciendo que había sido mozo de algunos en Pirú, y que aquel era muy preeminente cargo, y que se había de dar a un hombre muy principal, y D. Fernando hizo al dicho Villena su Maestresala, y por entonces no se dio el dicho cargo de Alférez a ninguno.

Pasada la Pascua de Resurrección, partimos deste pueblo y caminamos otro día, y a la tarde dimos en otro pueblo de indios, mayor que ninguno de los que hasta aquí habíamos topado, porque tenía más de dos leguas de largo; las casas en renglera una a una prolongadas por la barranca del río, y los indios se habían huido del pueblo, y nos habían dejado las casas con infinita comida de maíz. Estos indios andan desnudos del todo; tienen las mismas armas de los de arriba; sus casas son cuadradas y pequeñas, cubiertas de hojas de caña. En las espaldas deste pueblo, un tiro de ballesta de la barranca del río,

hay una laguna o estero grande, de que asimismo va prolongado el pueblo por las espaldas, de manera que este pueblo está como en una muy larga y angosta isla. Es casi toda la tierra anegadiza, sino solamente las casas y algunas sementeras pequeñas junto a ellas. Hay aquí muchos mosquitos zancudos, y mucha comida, y hay un género de vino que los indios beben, confeccionado con muchas cosas. Ponen los indios a madurar en tinajas grandes, algunas de veinte arrobas y más, una manera de mazamorra espesa, y en estas tinajas hierva a manera de vino de España, hasta que está hecho: entonces lo sacan y cuelan, echándolo alguna agua, y beben dello. Es tan fuerte, que emborracha si no lo templan con agua harta. Tenían los indios en este pueblo grandes bodegas dello, y los españoles y negros e indios del campo se lo bebieron en pocos días. Todo es sabroso, y la color de vino aloque. Después que nos aposentamos en este pueblo, nos vinieron los indios de paz, y se nos mostraron muy familiares, y rescataban con nosotros gran cantidad de pescado, tortugas y puercos de monte, y algunos manatres y otras cosas; y aún se alquilaban para moler maíz y otras obras, y andaban sin ningún miedo entre nosotros, y se metían en nuestros ranchos, y, por mejor decir, en sus casas, adonde estábamos aposentados. Eran sutilísimos ladrones, que de noche nos hurtaban debajo de la cabeza la ropa y armas, y otras muchas cosas. Estaban tan hechos al rescate, que aunque los soldados, por causa de los hurtos que hacían, los arcabuceaban y mataban y prendían algunos, no por eso dejaban de venir a rescatar los que dellos habían prendido los españoles, con manaves y comida. Había en este pueblo mucha madera de grandes vigas, que los indios tenían recogidas; era todo cedros para hacer sus canoas. Aquí determinaron los tiranos y su Príncipe de alzar y echar una cubierta a los bergantines, por el buen aparejo que de comida y madera hallaron, y porque pareció a la gente de la mar que así convenía; lo uno, porque ensanchaba alzando los bordos, y cabían más holgadamente la gente toda, y lastrarlos, porque iban más seguros para la navegación de la mar.

Alojóse aquí el campo muy dividido, y más por causa de estar las casas del pueblo, como habemos dicho, prolongadas de una en una por la barranca del río. Había de un cabo a otro de lo que ocupaba el campo más de un cuarto de legua el río abajo. En los postreros bohíos se aposentó su negro Príncipe con su casa y oficiales y gentiles-hombres, y cabe él los más capitanes, y en el medio el tirano Lope de Aguirre, maestro de campo, y junto a él los bergantines, para hacer dar prisa a la obra, y de allí para adelante toda la más gente. Empezóse la demás obra de los bergantines con mucho cuidado. Trabajaban en ella los oficiales y negros y españoles, repartidos, como arriba se ha dicho. Tardóse en hacer lo que a los dichos bergantines faltaba un mes. En este asiento, arrepentidos ya D. Fernando y los más de sus capitanes de haber muerto a su buen gobernador Pedro de Orsúa, y viendo el mal camino que llevaban, deseando ver si podrían remediar su perdición, entraron un día en consulta, sin llamar a ella a Lope de Aguirre ni a ninguno de sus amigos, y acordaron segunda vez de buscar la tierra y poblarla; y como para hacer esto el mayor estorbo que tenían era Lope de Aguirre, y algunos de sus amigos que deseaban la guerra del Pirú, acordaron que debían matarlos, y fue opinión de los más que fuese luego sin salir de allí, enviándolos a llamar a aquella consulta, antes que lo sintiese; pero un Alonso de Montoya fue de parecer que lo debían guardar para mejor coyuntura, porque Lope de Aguirre tenía consigo siempre muchos amigos, y que sería mejor, pues ya faltaba poco para acabar los bergantines, cuando fuesen navegando, y el Lope de

Aguirre, como solía, iba a visitar a D. Fernando a su bergantín, y que allí lo podían matar a su salvo, sin daño ni peligro dellos ni de otros; y esto le pareció bien a su Príncipe que aborrecía el peligro; y con esta determinación se salieron desta consulta, encomendando el secreto a todos los della; pero el tirano Lope de Aguirre se dió mas priesa a acabarlos a ellos, como se dirá.

MUERTE DE DON FERNANDO DE GUZMÁN

En este comedio, el tirano Lope de Aguirre, maese de campo, entendía en allegar amigos, y hizo una compañía de cuarenta hombres de sus amigos mayores, y los mas bien aderezados y armados del campo, y toda la demás gente se repartió asimismo igualmente entre los demás capitanes de su Príncipe, sin que unos tuviesen más soldados que otros. Con estos cuarenta soldados y amigos de su compañía, y con otros muchos que cada día se le allegaban de las demás compañías al tirano Lope de Aguirre, a quien él daba las mejores armas del campo dellos, las espadas, arcabuces; y a los que él no tenía por tan amigos les quitaba las armas, que fingía que eran descuidados, o que habían hecho delitos, y las daba a los dichos sus amigos; y estos eran los herederos universales y forzosos de todos los que en el campo morían y él mataba. Y con esto comenzó este tirano a ensorberbecerse de manera, que no quería que su Príncipe le fuese en cosa a la mano, que él lo quería hacer y ordenar todo a voluntad. Quiso aquí matar a un Gonzalo Duarte, mayordomo mayor de su Príncipe, por ciertos enojos, y porque había pedido a su Príncipe una provisión para que Lope de Aguirre, ámese de campo, ni otros oficiales, no tuviesen cuenta con él ninguna, ni el fuese sujeto a ellos para cosa ninguna, sino solamente a su Príncipe; y él se la dio; y el Lope de Aguirre, enojado dél de muchas cosas, y más de esta exención que procuró, le prendió para le matar, y su Príncipe se lo quitó; y el tirano, muy enojado y bravo, se tendió en el suelo, y decía a su Príncipe que le diese su preso, que le quería castigar y hacer justicia; y que no se levantaría de allí si no se lo daba. Y sacó de la vaina la espada, y dijo que con aquella le cortase la cabeza antes que estorballe aquello que convenía a su servicio; y él le dijo que se fuese, que él se informaría de aquello y haría justicia. Y luego los capitanes del campo se metieron de por medio y los hicieron amigos al dicho Lope de Aguirre y Gonzalo Duarte. Y en estas amistades se descubrió una cosa que hasta allí no se había sabido, y fue que el Gonzalo Duarte, deseando el amistad de Lope de Aguirre, para le traer a ella, le echaba cargo, y le dijo públicamente que bien sabía Lope de Aguirre que en los motines había tratado con él que matasen a Pedro de Orsúa y hiciesen General a D. Fernando de Guzmán, y que Lope de Aguirre había de ser su Maese de campo; y al Gonzalo Duarte le prometió hacer Capitán, y que aunque no se había efectuado, él lo había tenido tan secreto que nadie hasta allí lo había sabido. A lo cual Lope de Aguirre respondió que decía verdad, y así, se abrazaron y fueron amigos. Y si esto que aquí se descubrió fue verdad, como ellos lo platicaron, ciertamente fue gran maldad del Gonzalo Duarte no avisar dello a Pedro de Orsúa, que le tenía por muy amigo, y hacía mucho caso dél en su campo; pero él paró mal, como se contará adelante. En este comedio, poco antes que se acabasen del todo los bergantines, hubo ciertas pasiones entre Lope de Aguirre y el Capitán de la guardia de su

Príncipe, que era Lorenzo de Çalduendo, el cual se había amancebado con Doña Inés, que habemos dicho que fue amiga del gobernador Pedro de Orsúa, y tenía asimismo por comadre, y aún por más, a una Doña María de Sotomayor, mestiza; y por los lugares destas mujeres, y por ciertos colchones que querían llevar en los bergantines, el Maese de campo no quería, que decía que ocupaban mucho; por lo cual, enojado el Lorenzo de Çalduendo, dicen que dijo delante de las mujeres, arrojando una lanza que tenía en la mano: «¡Mercedes me ha de hacer a mí Lope de Aguirre! ¡vivamos sin él, pese a tal!» Juntóse con esto que la dicha Doña Inés dicen que había dicho un día antes, estando enterrando una mestiza que se le había muerto: «Dios te perdone, hija, que antes de muchos días ternás muchos compañeros;» Todo lo cual dijeron al tirano Lope de Aguirre; y por esto, y porque entre ellos hubo malos terceros, el Maese de campo determinó de matar a Lorenzo de Çalduendo; y juntando para ello sus amigos, tuvo dello noticia su Príncipe, y envió a llamar a Lorenzo de Çalduendo. Sabido dél lo que pasaba, envió a Gonzalo Guiral de Fuentes, su Capitán, para que hablase y apaciguase a Lope de Aguirre. El Gonzalo Guiral topó en el camino a Lope de Aguirre con todos sus amigos armados, que venían a matar a Çalduendo, y no le pudo apaciguar porque iba muy bravo y enojado. Halló al dicho Çalduendo con su Príncipe rogándole que lo defendiese de Lope de Aguirre y que apellidase su gente. El Maese de campo no les dio ese lugar, que, delante de su Príncipe, le mató a estocadas y lanzadas, sin le tener respeto, ni dársele nada dél, aunque le rogaba y mandaba que no lo hiciese. Y luego mandó a un sargento suyo, llamado Antón Llamoso, y a un Francisco de Carrión, mestizo, que fuesen a matar a Doña Inés; los cuales fueron y la mataron a estocadas y cuchilladas, que era gran lástima vella, y robáronle cuanto tenía. Muerto Lorenzo de Çalduendo, el tirano dijo a su Príncipe muchas desvergüenzas, en que le dijo que no se había de fiar de ningún sevillano; que mirase por sí, que le haría lo mismo; y que de ahí adelante, si lo llamase a consulta de guerra, que había de llevar consigo cincuenta amigos bien armados; y que a él le valdría más gustar de los guijarros de Pariacaca, que comer los buñuelos que le daba Gonzalo Duarte, su Mayordomo, y otras cosas. Pasado este enojo, el tirano Lope de Aguirre quiso y procuró aplacar a su Príncipe, y le dio algunas causas y disculpas porque había muerto a Lorenzo de Çalduendo delante dél, diciendo que, pues él había querido matara un tan buen y leal servidor de su Excelencia, que no le debía pesar, pues él estaba vivo para le guardar y servir más fielmente que ninguno. Pero su Príncipe, a más no poder, mostró quedar satisfecho, sin estarlo, antes, desde aquel día anduvo siempre espantado y demudado el rostro; y el Maese de campo siempre buscaba y allegaba más amigos, andaba siempre acompañado de más de sesenta hombres armados, y publicaba que lo hacía por guardar a su Príncipe; pero ambos vivían bien recatados y temían uno de otro. Díjose por cosa cierta que un Gonzalo Guiral de Fuentes, capitán de D. Fernando, y otro Alonso de Villena, su Maestresala, que habían estado en la consulta que arriba se ha dicho, en que su Príncipe y capitanes trataban de matar a Lope de Aguirre, viéndole muy pujante de amigos, secretamente le avisaron dello, por lo cual se apresuró en matar a su Príncipe, aunque antes desto ya él lo tenía determinado. En este tiempo envió a llamar su Príncipe a Lope de Aguirre, y él respondió que ya no era tiempo, y no quiso ir a su llamada.

Acabados del todo los bergantines, ya que se querían partir de aquel pueblo, determinó el Ámese de campo de matar a su Príncipe y a todos los capitanes de la consulta arriba

dicha, para lo cual juntó la más gente que pudo una noche, así de sus amigos como de otros, diciéndoles a todos que quería castigar ciertos capitanes que hacían motín contra su Príncipe. Y para que su Príncipe, que estaba, como se ha dicho, bien descuidado del intento de su Maese de campo, no pudiese ser avisado desta junta de gente, mandó echar un bando que, so pena de la vida, todos los que tuviesen canoas las trujesen aquella noche a su posada; y puso en unos pasos ciertas guardas para que ni por tierra ni por el río no supiese nada su negro Príncipe; y luego a prima noche, fue a matar al capitán Alonso de Montoya, y al almirante Miguel Bovedo, que estaban bien descuidados en sus posadas; y allí los mataron, casi sin que nadie lo sintiese, a estocadas y lanzadas. Mató primero a estos, porque estaban alojados a la parte de arriba del campo, de manera que entre ellos y su Príncipe estaba el tirano Lope de Aguirre alojado; y porque estos, entretanto que él iba a matar a su Príncipe y a los demás capitanes que posaban abajo, no le hiciesen algún estorbo; y en acabándolos de matar, quiso ir a matar a su Príncipe, como lo tenía determinado, y repartió sus amigos de manera que a cada diez o doce dellos dio cargo de que, nombradamente, matasen a uno de los que él quería; pero sus amigos se lo estorbaron diciendo que no era entonces tiempo, que hacía la noche muy oscura y que ellos unos a otros se matarían, sin se conocer. Estuvo el tirano toda aquella noche bien apercebido él y sus amigos, velando en los bergantines, y metidos dentro en ellos la munición, remos y hatos, para que si su Príncipe lo supiese y juntase gente, y el viese que no podía salir con su intención, irse con los bergantines y con sus amigos que tenía dentro, y dejar allí a los demás aislados, sin navíos ni canoas en que le pudiesen seguir. Tuvo toda aquella noche guardas en los caminos que no dejasen pasar a nadie que pudiese dar aviso; y púdolo muy bien hacer, porque el asiento del campo era, como se ha dicho, isla y bien angosta, y con las crecientes estaba casi anegada, y había pasos muy estrechos que con facilidad se podían guardar; y con todo esto, casi nadie de los que tenía consigo no sabía que quisiese matar a su Príncipe, sino a sólo los capitanes. Y otro día, en amaneciendo, dejando guarda en los bergantines, fue con todos sus amigos a casa de su Príncipe, que desto estaba bien descuidado; y toda la gente que en el camino topaba llevaba consigo, y decía a todos que iba a castigar ciertos amotinados, y que al Príncipe, su señor, todos le guardasen y acatasen con la reverencia posible. Solamente había comunicado con un Martín Pérez, sargento mayor, y con Juan de Aguirre, sus muy grandes amigos, que, a vueltas de los otros, le matasen también al D. Fernando. Y de camino, antes de llegar a la posada de su Príncipe, mató este cruel tirano, con sus propias manos, a un clérigo de misa, llamado Alonso de Enao, el cual halló echado en su cama, y le dio una estocada que le pasó todo el cuerpo y la cama, hasta hincar la espada en la barbacoa; y sin se detener más, fue a gran priesa a casa de su Príncipe, el cual estaba en la cama, y al ruido que traían, ya que llegaban a la puerta, se levantó en camisa, y viendo a su Maese de campo delante, dicen que le dijo: «¿Padre mío, qué es esto?» y el tirano le dijo que se estuviese quedo; y él y sus amigos mataron al capitán Miguel Serrano, y a Gonzalo Duarte, y a un Baltasar Toscano, y a las vueltas, los dichos Martín Pérez y Juan de Aguirre, mataron a su Príncipe Don Fernando a estocadas y arcabuzazos; y así fenesció la locura y vanidad de su Principado, y peresció allí la gravedad que había tomado, y todas sus cuentas le salieron vanas.

Fue este D. Fernando de Guzmán natural de Sevilla; según dicen, era hijo del veinticuatro Esquivel, y de Doña Fulana de Guzmán. Era hombre de buena estatura, bien hecho y

formado de miembros, y sería de edad de veinticinco o veintiséis años, o poco mas o menos. Era en alguna manera gentil hombre, de ánimo reposado, y aún descuidado. Era virtuoso y enemigo de crueldades; no consentía que sus capitanes matasen a nadie; estorbó muchas muertes y daños en su campo. Fuera desto, era vicioso y glotón; amigo de comer beber, especialmente frutas y buñuelos y pasteles y en buscar estas cosas se desvelaba; y cualquiera que le quisiese tener por amigo, con cualquiera destas cosas fácilmente lo podría alcanzar y traerle a su voluntad. Fue demasidamente ingrato a su gobernador Pedro de Orsúa, que siempre lo había honrado y tenido en mucha reputación, y héchole su Alférez general, que era el mejor cargo de su campo, y él lo mató por sola ambición. Duróle el mando en la tiranía con nombre de General, y después de Príncipe, casi cinco meses, que en ellos no tuvo tiempo de se hartar de buñuelos y otras cosas en que ponía su felicidad, que fue desde primero de Enero de mil y quinientos e sesenta y uno, que mataron al Gobernador, hasta veinte y dos de Mayo del dicho año, que el tirano y sus amigos le mataron a él.

Habiendo, pues, el tirano Lope de Aguirre muerto los que habemos dicho, que fueron por todos siete, con los dos de la noche antes, y entre ellos a un clérigo y a su Príncipe, juntó toda la gente en una plaza, y él, bien rodeado y guardado de más de ochenta de sus amigos, muy bien armados, y les dijo a todos que nadie se alborotase por lo que habían visto, que aquellas eran cosas que la guerra causaba, y que porque su Príncipe y los demás no se había sabido gobernar, habían muerto; y que no quería dello tratar más, sino que les rogaba que lo tuviesen por amigo y compañero, y que entendiesen que de allí en adelante iría la guerra derecha, y acabó llamándose General. Dio luego nuevos cargos y oficios: a Martín Pérez, que antes era Sargento mayor, hizo luego Maese de campo; y a Juan Gómez, calafate, Almirante de la mar; y a un Juan González, carpintero, Sargento mayor. Quitó la conducta a un Juan de Guevara, comendador de Rodas, que había sido capitán de su Príncipe y Diego de Trujillos, un su amigo, la tuvo y se la dio, que éste antes era su Alférez; y a Juan de Guevara prometió que, en llegando al Nombre de Dios, le daría veinte mil pesos para que desde allí se fuese a España. Hizo a un Diego Tirado capitán de a caballo, el cual, contra su voluntad, en alguna manera mostró no quererlo aceptar, aunque después se señalaba en dar contento a Aguirre cuando estaba en la isla Margarita. También hizo a otro, Nicolás de Coçaya, capitán de su guardia: quitó la vara de Alguacil mayor a Juan Álvarez Cerrato, y diola a un Carrión, mestizo, y casado en el Pirú con una india; y dejó con las conductas de capitanes a Pero Alonso Galeas y Alonso Pizarro, que de antes lo eran de su Príncipe: quitó la capitanía a Gonzalo Guiral. Mandó luego echar un bando por todo el campo que, so pena de la vida, nadie de allí adelante hablase secreto ni echase mano a espada ni a otras armas delante dél, ni en el escuadrón, y se estuvo en el bergantín dos días, que allí se detuvo con todos sus amigos y de su guardia, sin salir dél.

Desde a dos días que los tiranos mataron a su Príncipe, salieron de aquel pueblo o asiento, y caminamos por el río abajo ocho días y siete noches sin parar. Parecióse aquí, sobre la mano derecha, una cordillera no muy alta, de cabañas y sierras peladas. Había en esta cordillera grandes humos, y divisábanse algunas poblaciones a la orilla el río. Allí decían las guías que estaba Omagua y la buena tierra que siempre ellos nos habían dicho. Mandó que nadie hablase con las guías. Pasamos algo desviados por el otro

brazo del río, que se iba desviando el tirano. Aquí vimos grandes poblaciones, y luego dimos en islas de indios flecheros; y las primeras piraguas saltaron en un pueblo donde hallamos muchas iguanas atadas en las casas de los indios; y más abajo se nos juntó el barco que venía sobre mano derecha, que habíamos dejado arriba. Vimos asimismo por aquí, sobre mano izquierda, otra cordillera de cabañas y tierras peladas; aunque por allí no nos pareció que habría poblaciones como en la mano derecha. Estas dos cordilleras, una de una banda y otra de la otra, hacen por aquí recoger algo el río, aunque no tanto que no sea incomparable su anchura y grandeza. A cabo deste tiempo dimos en un pueblo grande de indios, que está sobre mano derecha en una barranca muy, alta del río. Son estos indios desnudos y flecheros; son caribes; llámense los Arnaquinas, son bien dispuestos: tienen yerba muy mala, y casas de adoratorio para sus ritos y sacrificios; y a la puerta de cada casa destes hay dos sacrificaderos, adonde nos pareció que deben de degollar los indios que sacrifican. En el uno está pintado en una tabla un sol y figura de hombre, a los hombres; y en el otro que tiene pintada la luna y una figura de mujer, a las mujeres. Están todos llenos de sangre humana, a nuestro parescer, y esto sacamos por conjeturas; que no tuvimos a quién lo preguntar, por falta de lengua. Hallamos en este pueblo pedazos de una guarnición de espada, y clavos y otras cosillas de hierro. A la llegada deste pueblo, envió el tirano más de treinta hombres delante, en canoas y piraguas, y los indios esperaron a la orilla del río con sus armas. Dijeron que esperaban de paz, porque no hicieron muestra de pelear; mas los de las canoas les tiraron muchos arcabuzazos, hirieron y mataron algunos, y ellos se huyeron sin pelear ni tirar flecha, y dejaron el pueblo con todo lo que en él tenían, que no sacaron cosa de sus casas. No se pudo tomar más de un indio y una india, y al indio hirieron con una de sus propias flechas, para saber si era la yerba ponzoñosa; y otro día, a aquella hora, murió, sin haberle dado más heridas de cuanto sacó sangre. Después que los indios hubieron puesto todas sus mujeres e hijos en cobro, venían cada día a la redonda del pueblo, pero no nos osaron acometer; y después se tomó otro indio, y le dio el tirano una o dos hachas o machetes y otras cosillas; y por señas, le envió a que hablase a sus compañeros que viniesen de paz y que no se les haría mal. Enviáronnos los indios dos mensajeros, el uno cojo de un pié, y el otro contrahecho de un lado, y traían sendos papagayos y un poco de pescado, y por señas nos dijeron que los indios vernían luego todos de paz; pero luego nos fuimos sin esperar más. Tienen estos indios tierra alta y llana, no ahogadiza, e cabañas entre una montaña muy rala de alcornoques. Este pueblo está en la tierra firme de mano derecha.

Hallose en este pueblo gran cantidad de maíz, colgada en manojos, y mucha yuca brava en las sementeras, y en las casas mucha cantidad de hamacas de red, y muchas redes de caza, y otros muchos cordeles y sogas, de que hicimos la jarcia. Hallamos muchos palos cortados para mástiles y entenas, y muchos cántaros y tinajas para el aguada cuando saliésemos a la mar, y todo en harta abundancia; y hicieronse en este pueblo las velas de los navíos, de mantas y sábanas de Ruan y otras cosas de lienzo, que se recogieron entre los españoles e indios del campo. En este pueblo reconocimos la marea que sube hasta él, y aun se creyó que mucho más arriba antes deste pueblo, que serán más de docientas leguas antes de llegar al mar. Cuando llegamos a este pueblo, se nos huyeron las guías que traíamos desde el Pirú, que eran ciertos indios brasiles, de los que se ha dicho que subieron por este río; por donde nos pareció que los dichos indios deste pueblo sean de los dichos brasiles, que debe de estar cerca de ellos, porque de otra manera no se osaran

huir las dichas guías entre indios que comen carne humana. Detuvimos en este pueblo quince días haciendo la jarcia y enmastilando los navíos. En este tiempo mató el tirano a un Monteverde, flamenco, porque le pareció que andaba tibio en la guerra, y amaneció un día muerto, y puesto un rótulo en el pecho que decía: por amotinadorcillo. Y después algunos quisieron decir que Monteverde era luterano. Mató, al tiempo de la partida deste pueblo, a un Juan de Cabañas, y mató asimismo a un capitán, Diego Trujillo, y a Juan González, sargento mayor, a los cuales había dado los cargos cuando mató a su Príncipe. La causa, según dijeron, de su muerte, fue porque llegaban amigos, y el tirano se temió dellos, aunque echó mano que le querían matar. Muertos los dichos, hizo su Capitán, en lugar del Diego Trujillo, a un Cristóbal García, calafate, y Sargento mayor a un Juan Tello. Todo el tiempo que se detuvieron en este pueblo estuvieron los tiranos sin salir de los bergantines, con su guardia y amigos; en el uno su Maestre de campo, y en el otro el tirano Lope de Aguirre, y no dejaban dormir ni estar dentro a ninguno de los sospechosos. Al salir de aquí, desarmó toda la gente que le pareció sospechosa, quitándoles las espadas y arcabuces; y todos sus amigos y los de su guardia iban armados; y las armas que aquí tomó, las llevaba liadas con muchas sogas en un alcazarete que había en la popa del navío, donde no consentían llegar a ninguno que no fuese de la guardia, o muy grande amigo de los dichos tiranos. Aquí, por consentimiento del tirano y voluntad, y con su licencia, hirió a traición un fulano Madrigal a un fulano López Cerrato, alguacil mayor que había sido de D. Fernando, porque mucho antes desto, dicen que el Juan López había afrentado al dicho Madrigal; y dióle con un lanzón cuatro o cinco heridas por detrás, al bajar que bajaba del bergantín donde estaba el tirano, y delante dél; y el tirano hizo cierto ademán de prender al dicho Madrigal, porque pareciese que no lo había mandado, y luego le soltó; y estando el Juan López Cerrato casi sano de las heridas, los que le curaban, por mandado del tirano, le echaron cosas con que se pasmó y murió.

Partidos deste pueblo que nosotros llamamos de la Xarcia, fuimos por el río abajo cinco o seis días, y yendo navegando, mandó este tirano a un su Sargento, llamado Antón Llamoso, que matase al comendador Juan de Guevara. La causa fue, porque dijo que era también en el motín con Diego Trujillo y Juan González, al cual Comendador el dicho Llamoso le dio con una daga tres o cuatro puñaladas, estando descuidado al bordo del navío, y lo tomó por la horcajadura y lo echó al río, y murió ahogado, pidiendo a voces confesión; y el tirano lo miraba con mucho placer, y en juntándose con el bergantín, lo contó a la gente dél. Llegamos a unas casas fuertes que por allí tienen los indios, hechas de barbacoa, altas y cercadas de tablas de palma; y en lo alto tienen troneras para flechar; y desde allí nos hirieron los indios cuatro o cinco españoles, de veinte que se habían adelantado con un caudillo, y los hicieron retirar, y cuando llegó el armada a esta casa, ya los indios se habían huido. No hallamos comida alguna ni en las casas, ni sementeras: a lo que nos pareció, estos indios se sustentan con sólo pescado, o que con ello rescatan la demás comida. Entre otro, hallamos aquí sal cocida, que fue la primera que vimos en todo el reino desde los Caperuzos hasta aquí, que serán mil y trescientas leguas, que ni los indios la conocen ni comen. En esta casa nos detuvimos tres días, arreglando algunas cosas que faltaban a los bergantines. Esta casa está metida en un estero arriba pequeño, desviado de la madre del río como hasta tres tiros de arcabuz, y es isla. Al salir que queríamos de aquí, parecieron en el río muchas piraguas e indios, que según algunos,

serían más de ciento, con muchos indios de guerra. Pensamos que nos venían a acometer, y apercebímonos de guerra, y ellos se desviaron de nosotros, y salimos a ellos; pero como estábamos en aquel estero tan arriba, cuando llegamos a la madre del río se habían desaparecido, y nunca más los vimos, ni supimos donde tenían sus poblaciones.

Partidos de aquí, anduvimos perdidos entre muchas islas y brazos del río, que no sabíamos hacia donde corría, porque las corrientes, con las mareas, eran tan grandes y tan continuas arriba como abajo, y los pilotos y gente de la mar que allí había estaban desatinados y no entendían el río ni conocían las mareas. Salieron ciertos dellos en dos piraguas que llevábamos, a reconocer unas puntas, y a cabo de muchas dudas y pareceres, que unos decían que habían de ir a un cabo y otros a otro, fue Dios servido que acertamos a caminar. Dimos en un pueblo de indios, pequeño, que estaba poblado en una isla de çabana, en la barranca del río. Los indios deste pueblo nos salieron de paz y rescataron con nosotros. Son estos indios desnudos, y traen en los pies unas suelas de cuero de venado, atadas con cuerdas, a manera de las otras del Pirú. Traen estos indios los cabellos cortados a líneas redondas, a manera de corona de frailes, salvo que este espacio de corona está lleno de cabellos. En este pueblo dejó el cruel tirano casi cien piezas ladinas y cristianas, de las que habían quedado de servicio que se trajeron del Pirú, diciendo que no cabían en los bergantines, y que era peligro ir por la mar tanta gente, y que para tantos faltaría el agua y comida. Fue esta una gran crueldad, y puso gran lástima, principalmente porque creemos que aquellos indios son caribes, y luego los matarían para comer, y si no, la tierra, que es mala y enferma, los acabaría presto a todos. Aquí mató el tirano dos soldados; el uno llamado Pedro Gutiérrez y el otro Diego Palomo, porque estando el uno hablando con el otro, dijeron: «Las piezas nos dejan aquí; hágase lo que se ha de hacer;» y de que habían dicho estas palabras, dio el tirano, para satisfacción de toda la gente, un negro, portero, el cual dijo delante de todos que se lo había oído, y a ellos les mandó dar garrote; y el Diego Palomo rogaba al tirano, por amor de Dios, que no lo matase y lo dejase vivo con las piezas de Pirú que allí quedaban, que se haría ermitaño y las recogería y doctrinaría; pero el perverso tirano, que no curaba de cristiandad, no lo quiso hacer, y lo mató. Partidos deste pueblo, a veces perdiéndonos y a veces acertando, llegamos a la mar sin hallar más poblado ni indios, aunque desde aquí, en la cordillera que he dicho de la mano izquierda, vimos grandes humos y çabanas; y antes de llegar a la mar, pasamos grandes trabajos de peligros y tormentas y macareos; y pasamos por muchos bajos y bancos que el río hace a la boca de la mar; tanto, que algunas veces pasaban los bergantines topando por sola media braza de agua, sino que fue Dios servido que fuese la tierra toda legaños muy blandos; y así pasaban arrastrando por aquel lodo, que fue maravilla no hacerse pedazos. Quedáronsenos por aquí tres mozos, uno español y dos mestizos, que iban en una piragua que llevábamos, y la tormenta del río los arrebató y los volvió hacia arriba, sin que fuesen parte para tomar tierra, hasta que los perdimos de vista, y nunca más los pudimos ver. Iban también con ellos otros indios cristianos, y en algunas islas se nos quedaron algunas yanaconas que salían a mariscar, porque la creciente de la mar subía con tanta ferocidad que no les daba espacio para tornarse a meter en los bergantines, y creímos que los ahogaba. Desde la boca de este río a la isla Margarita estuvimos diez y siete días, de manera que, desde que nos echamos al río en el astillero con nuestro gobernador Pedro de Orsúa, hasta llegar a la Margarita, tardamos desde veinte y seis de Setiembre de mil y quinientos y sesenta y uno, que son diez meses;

de los cuales caminamos por el río y la mar los tres meses y veinte días, que son ciento y diez jornadas, poco más o menos, noventa y tres o cuatro por el río, y las diez y siete por la mar. Todo el más tiempo, que son seis meses, nos detuvimos en hacer los bergantines y en buscar comida y descansar. Pasamos gran necesidad de hambre y sed por la mar, tanto, que creo, si nos durara la navegación cuatro o cinco días más, muriéramos la mitad de la gente, aunque no fueran de los amigos del tirano, que estos venían siempre mejor proveídos, y quitaban de los otros para dar a ellos, y con todo eso se nos murieron tres o cuatro soldados de hambre.

DISCURSOS DEL RÍO MARAÑÓN

Tiene este río, según común opinión de los que se prescian entenderlo, más de mil e seiscientas leguas desde sus nascimientos a la mar, digo desde donde nos echamos nosotros; y es tan grande y poderoso, que no se puede comparar con ninguno de los que hasta agora hay descubiertos. Anega en algunas partes, al tiempo de sus crescimientos, más de cien leguas fuera de su madre, y en él tanta cantidad de mosquitos, especial de los zancudos, de día y de noche, que yo no sé como los naturales pueden vivir. Hasta que llegamos al pueblo de las Tortugas tuvimos pocos aguaceros, y creo yo que este tiempo debe de ser el verano, si lo hay, que es desde Septiembre a Navidad. De allí para abajo nos llovió mucho, y vienen muchos aguaceros con muchos truenos, y ordinariamente con tanto viento, que causan en el río gran tormenta de olas, mayores que en la mar, que anegan las canoas y piraguas, si no se acogen con tiempo al abrigo de la tierra; y aún en los bergantines nos vimos algunas veces con tanto peligro, especialmente una noche, que nos pensamos anegar. Cuando llueve en los nascimientos de los ríos que en éste se juntan, vienen grandes avenidas que anegan y cubren toda la tierra a la redonda; y en el mes de Septiembre que nosotros comenzamos a abajar, ya las crecientes comenzaban a venir desde arriba; y en Julio, que salimos a la mar, aún no había acabado de vaciar; por manera que duran todo el año, que como la distancia desde la mar a los nascimientos del río es tan grande, antes que las unas crecientes acaben de vaciar en la mar, tornan a venir otra vez de arriba; y tras ser el río muy cálido en demasía, es enfermo su temple; y en lo más del río muy lindas vasijas obradas con gran pulicía, y pintadas y labradas de mil faiciones, y vidriado como lo de España. No vimos en todo el río oro ni plata, si no fue en lo que llamamos Carari y Macari, que algunos indios traían orejas y caricuris de oro; y en fin, los indios conocen el oro y plata, y lo tienen en mucho más que los otros metales, en que nos pareció que los indios deben tener noticia dello. Tienen buena ropa de camisetas muy labradas. Digo, estos indios desta provincia de Carari, en todo este río desde los Caperuzos hasta cerca de la boca de la mar, no hallamos, ni los indios la tienen, sal, ni la comen, ni conocen, ni se les da nada por ella. Acabadas de pasar las crecientes que vienen de arriba, hace el río muy grandes plazas, en las cuales se hallan tanta cantidad de huevos de tortugas y ycoteas, que no se puede numerar la multitud de tantos que con todos ellos se pueden sustentar mil hombres, si vienen en tiempo. Hay asimismo muchas tortugas y pájaros que se toman en las plazas a sus tiempos. Hay muy diversos y muchos pescados y muy sabrosos. Tiene la boca este río, según los pilotos que lo anduvieron con

nosotros, casi ochenta leguas y todos de agua dulce. La boca es, al parecer, una sola. Tiene más de mil islas cerca de la boca de la mar, y las más destas islas son anegadizas, y con la mucha agua de las crecientes de arriba y las mareas anega y cubre las dichas islas y gran parte de la tierra a la redonda; y acabadas las dichas islas, antes que entren en la mar, se junta todo por un brazo sólo y entra en la mar. Conóscese la marea más de doscientas leguas arriba de la mar, y desde que acaba de menguar junto a la mar, descubre tanta tierra e islas, que parece imposible que las haya de tornar a cubrir todo aquello que descubrió. Cuando comienza a crescer, viene la marea con tanta velocidad y ruido, que se oye más de cuatro leguas, y con una ceja de agua levantada hacia arriba, más alta que una gran casa, que pone temor de muerte. Llámale a esto la gente de la mar macareo, y es muy peligrosa cosa, Otras muchas cosas y grandezas se pudieran contar que por la brevedad las dejo.

LLEGADA DEL TIRANO A LA ISLA MARGARITA

Llegó el tirano Lope de Aguirre con sus malditos secuaces a la isla de la Margarita, lunes, en la tarde, a veinte de Junio de mil y quinientos e sesenta y un años, y los pilotos que traían no sabían el puerto principal, y tomaron los bergantines en diferentes puertos; y el en que venía el tirano Lope de Aguirre, tomó un puerto que llaman Paragua, el cual era cuatro leguas del pueblo; y el otro bergantín en que venía su Maese de campo, Martín Pérez, en otro puerto, a la banda del Norte, dos leguas del otro, y otras cuatro leguas del pueblo; y luego que tomó el puerto este tirano, antes de saltar en tierra, mandó prender a un Gonzalo Guiral de Fuentes, que había sido Capitán de su príncipe Don Fernando, y a otro Diego de Valcázar que habemos dicho que fue Justicia mayor del campo de los dichos tiranos, que antes le habían querido matar y se había escapado; y a entrambos les mandó dar garrote sin confesión; y al Gonzalo Guiral, como no se ahogase tan presto, lo acabaron de matar con muchas puñaladas, porque daba voces pidiendo confesión, y porque no lo entendiesen ciertos vecinos de la isla que allí habían venido a reconocer qué gente era y los echaron en la mar. Luego, aquella tarde, envió el tirano un soldado, llamado Rodríguez, muy su amigo, que tal sería, se cree, para aquello, a su Maese de campo, por tierra, con unos indios que le guiaban, y le envió a mandar que matase a Sancho Pizarro, que era su Capitán, de quien el tirano tenía sospecha que no le seguiría; y así lo mató el Maese de campo; y dejando alguna gente en el bergantín en guarda dél, con las demás gente, que luego el Maese de campo viniese aquella noche a se juntar con el Lope de Aguirre con toda brevedad, por tierra; y así lo hizo, y lo avisó a su General, dónde y cómo había tomado puerto, y qué era lo que quería que hiciese: y el dicho soldado Rodríguez que envió el tirano, hizo bien y fielmente su embajada, y pudiera, si quisiera, dar aviso en la Margarita, pues fue con indios de la propia tierra más de dos leguas; pero él no lo hizo, como gran traidor, y por ser fiel al tirano. Y luego, su Maese de campo envió a un Diego Lucero a que dijese al tirano qué quería que hiciese, y también este pudo dar aviso a los de la isla y vecinos della, y no lo hizo, antes hizo tan bien su embajada, como gran traidor y leal a su señor, el tirano, mostrando gran voluntad de ser gran amigo de los dichos tiranos. Y asimismo el Maese de campo, en llegando en

tierra, echó fuera del bergantín un Roberto de Cocaya barbero, y a un Francisco Hernández, piloto, sin consentir que nadie saliese con ellos; y los dichos fueron a buscar comida a unas estancias, más de media legua de allí, con unos negros. Fueron a hora de vísperas y volvieron a media noche con el dicho Rodríguez, que lo toparon por el camino; y cualquiera destos cuatro que he dicho pudiera avisar al pueblo y vecinos de la isla, si quisieran, y el tirano se desbaratara luego y no hiciera el mal que hizo. También el tirano Aguirre, luego como llegó, echó en tierra diez o doce de sus amigos, y con ellos venía un Juan Gomez, calafate, su Almirante, los cuales fueron por las estancias y toparon vecinos de la isla, y no les dijeron lo que había. Y llegado el mensajero que enviaba el Lope de Aguirre al bergantín de su Maese de campo, luego puso por obra lo que su General mandaba, y a media noche hizo saltar toda la gente en tierra, y caminó con ella, con las guías que había traído consigo el Rodríguez, y luego, en desviándose del bergantín, mató a Sancho Pizarro y lo dejó muerto en el campo.

En este comedio, el Gobernador y vecinos de la isla, habiendo visto los bergantines, andaban alborotados por no saber que gente era, y enviaron una piragua por la mar, y gente por tierra a reconocerlos; y cuando llegaron, hallaron al tirano Lope de Aguirre desembarcando la gente enferma y algunos de sus amigos, y con él, según dicen, un Diego Tirado, su Capitán de caballo, y la demás gente dejó en el bergantín debajo de cubierta escondida, y hablaron el tirano y sus amigos con dos o tres vecinos de la isla que allí vinieron, a los cuales dijeron y hicieron creer que eran gentes que venían perdidos del Marañón, y que habían bajado del Pirú en demanda de cierta noticia, y pidiéronles carne para comer, con muchos ruegos y crianza; y los dichos vecinos mataron una o dos vacas y se las dieron; y uno dellos, llamado Gaspar Rodríguez, que le pareció al tirano más principal y de mejor plática y conversación, le dio, por asegurarle y engañarle, un capote de grana con franjas y pasamanos de oro, y una copa de plata sobredorada, y a él y a los demás dijo que no quería más de tomar la comida por sus dineros. Luego, aquella noche, se supo aquesta nueva en el pueblo, por cartas escriptas de los dichos vecinos, y aún decían más, que era gente muy rica del Pirú, y que venían enfermo y muertos de hambre, y que daban mucha plata y oro y joyas que traían, a trueque de comida, y que habían dado el capote y la copa al Gaspar Rodríguez. Y sabido lo susodicho en el pueblo de la Margarita, Don Juan de Villandrando, gobernador de la isla, movido, según dijeron, de codicia, deseoso de ver algunas joyas de las que dijeron que repartían los dichos tiranos, y con él un Manuel Rodríguez, alcalde ordinario, y otro Andrés de Salamanca, con el mismo deseo, partieron esa misma noche y a media noche, para Guachi donde estaba el tirano Lope de Aguirre; y otro día muy de mañana, que fue martes de la Magdalena, llegaron allá con otros que en el camino se les habían juntado, que irían también con la misma codicia, y el tirano los salió a recibir al camino, con su capitán Diego Tirado y otros sus muy amigos, de quien él se fiaba; y el dicho tirano se les humilló tanto, hasta hincar la rodilla y abajarse a besar los pies al dicho D. Juan, gobernador; y los que con él venían hicieron lo mismo; y a manera de los querer hacer servicio, les tomaron los caballos los que iban con el dicho tirano, y los ataron lejos de donde ellos estaban; y el gobernador Don Juan tuvo grandes cumplimientos con el dicho tirano, ofreciéndose a su servicio y persona, y casa para que posase; y el tirano le respondió agradeciéndoselo mucho, con gran crianza y comedimiento. Y después que hubieron hablado un gran rato, Lope de Aguirre se desvió con sus amigos, y fue a hablar a sus soldados que estaban en el

bergantín, y después volvió al dicho Gobernador, y haciéndole otro acatamiento como el primero, le dijo: «Señor, los soldados del Pirú, siempre se hanpreciado y precian más de buenas armas que no de ropas y vestidos, aunque los tienen en harta abundancia. Suplican a vuestra merced les mande dar licencia para que lleven sus armas y arcabuces.» Y el D. Juan como era mozo, e iba con codicia de joyas, le respondió que fuese como ellos mandasen, aunque ya entonces, según decían, poco le aprovechaba otra cosa, porque ya estaba caído en el lazo; y el tirano, vuelto a sus soldados, les dijo: «Ea, marañones, limpiad vuestros arcabuces, que los traéis muy húmedos y maltratados de la mar, que ya tenéis licencia para ir con vuestras armas.» Y luego, a aquella hora, dispararon gran salva de arcabucería, y parecieron muchas cotas y lanzones y agujas, y el tirano se fue a habla con sus soldados; y el dicho D. Juan y los que con él estaban se apartaron un poco, hablando entre ellos que les parecía mal tantas armas y arcabuces, y trataban en la manera que ternían para se las quitar. Y llegó otra vez el tirano a ellos, con ciertos de sus amigos, armados, y les dijo, no con tanto acatamiento como primero: «Señores, nosotros vamos al Pirú, y somos informados que allí hay muchas guerras, y que aquí no nos han de hacer vuestras mercedes buen tratamiento, ni nos han de dejar pasar allá; por tanto, conviene que vuestras mercedes dejen las armas y sean presos, y esto no más de para que con brevedad se nos dé aviamiento.» Y el dicho Gobernador rehusó, y se retiró un poco, diciendo: «¿Qué es esto? ¿qué es esto?» Pero poniéndoles en los pechos muchas lanzas y arcabuces, les quitaron las armas y varas; y asimismo desarmaron y quitaron los caballos a algunos vecinos que allí estaban; y algunos soldados del tirano cabalgaron en ellos, porque yo los vi, que fueron Diego Tirado y Martín Rodríguez y Diego Sánchez Bilbao y un Roberto de Coçaya, y un Carrión, mestizo, y todos estos iban diciendo a voces altas: «A tomar vamos la isla, que habemos preso al Gobernador, y toda la tierra es nuestra.» Y así fueron a tomar el pueblo de la Margarita, y a todos los que de la dicha isla topaban, desarmaban y quitaban las cabalgaduras; y luego, el dicho tirano mandó que toda su gente a gran priesa marchase camino del pueblo; y cabalgando el tirano en el caballo del Gobernador, le dijo a él que cabalgase a las ancas, y el Gobernador no quiso, como estaba enojado, y el tirano se apeó y dijo: «Ea, pues marchemos todos a pie». Y habiendo caminado un poco, toparon con el Maese de campo, y a la gente que venía con el Maese de campo y la gente del otro bergantín; y el dicho Don Juan, cansado de venir a pie, viendo lo poco que aprovechaba enojarse, cabalgó a las ancas de su caballo, en que el tirano Lope de Aguirre venía, que le tornó a convidar que subiese; y desde a poco, se apartaron el Maese de campo y otros soldados con él, todos a caballo, y llegaron al pueblo de la isla a hora de medio día, adonde hallaron toda la gente descuidada y segura que no sabían nada de lo pasado, y entraron por una calle corriendo encima de sus caballos y apellidando: «¡libertad! ¡libertad! ¡viva Lope de Aguirre!» y se metieron en la fortaleza que estaba abierta, y se apoderaron della; y otros fueron por el mismo pueblo con el dicho apellido, desarmando a cuantos hallaban; y desde a poco llegó el tirano Lope de Aguirre con la demás gente y presos, y él y otros muchos fueron con hachas a cortar el rollo de la plaza del pueblo, y le dieron muchos hachazos, y como era de guayacan muy duro, no lo acabaron de cortar que se cansaron y asimismo fueron a una casa donde estaba la caja Real, y sin aguardar ni pedir llaves, hicieron pedazos las puertas de una cámara donde estaba y la quebraron, y robaron lo que hallaron en ella, y rompieron los libros de las cuentas Reales; y hecho esto, el dicho tirano mandó echar bando que todos vecinos estantes e habitantes trajesen luego ante él todas las armas que tuviesen, so pena

de muerte; y que los que estaban en el campo se recogiesen al pueblo, so la misma pena, y no saliesen dél sin su licencia; y luego trajeron a la fortaleza de casa de un mercader, una pipa de vino, y en menos de dos horas se la bebieron toda.

En este mismo día envió el tirano por todas las casas del pueblo a saber qué mercaderías y vino y comidas había, y algunas cosas de las que hallaban tomaron luego, y las llevaron a la fortaleza para las repartir entre sí, y otras dejaban puestas por inventario en las casas que las hallaban encerradas, llevando las llaves, y mandaban que, so pena de la vida, no tomasen nada de aquello que allí dejaban; tomaban todas las armas que hallaban por las casas; hallaron y tomaron mucha cantidad de ropa y otras mercaderías que estaban por de Su Majestad, de un navío sin registro que habían tomado en la dicha isla, y todo lo repartieron entre ellos: hallaron la isla más rica que había estado después que se pobló de mercaderías y comidas, y los vecinos muy proveídos de cosas de sus casas, a la mayor parte de los cuales robaron los tiranos cuanto tenían, hasta dejarlos desnudos, que era gran lástima de verlos. Mandó luego este tirano buscar y recoger todas las canoas y piraguas que había en la isla, y quebrólas todas, y esto porque no se le huyese alguna gente y diese aviso de su venida.

Echó luego en prisión al gobernador D. Juan de Villandrando, y a Manuel Rodríguez, alcalde, y a un Gaspar Plazuela, mercader, porque dijeron al tirano que había mandado huir y esconder un barco suyo que venía de Santo Domingo cargado, y lo quisieron matar, y lo hicieran si no viniera el barco. Algunos soldados que había en la isla, deseosos de chirinolas, se juntaron con los dichos tiranos y les ayudaban a robar y destruir la isla, y rescibieron dél pagas, y le prometieron de salir con él, y le ayudaban en todo, y algunos mejor que sus amigos. Estos les descubrieron muchas cosas que los vecinos tenían escondidas, que como eran de la tierra, no se les podía encubrir nada; y estos mismos les dieron aviso de un navío grande y bien artillado que estaba en la costa de tierra firme, que lo tenía un Fr. Francisco Montesinos, Provincial de los frailes dominicos, que estaba allí con cierta gente y tenía poblado un pueblo en Maracapana, entendiendo en la conversación de los indios por mandado de Su Majestad; y le dijeron al tirano que con facilidad y poca gente lo tomaría; y luego el tirano, con brevedad, despachó un capitán suyo, llamado Pedro de Monguía, con diez y ocho hombres, que fuese a tomar el dicho navío, y llevaron por guía un negro de la isla muy diestro en aquella costa; y en el camino tomaron el navío del Plazuela, que estaba preso; y un Casto Diego Hernández, portugués, con cuatro soldados se metió en él y lo llevó al tirano, y el Monguía, con solos catorce, siguió su viaje.

Mandó el tirano a los vecinos de la isla, que con brevedad le tuviesen seiscientos carneros y algunos novillos, y caçabi y maíz, para el matalotaje, repartiendo entre ellos cada uno tanto. Asimismo hizo repartimiento de todos sus soldados por las casas de los vecinos, para que en cada una diesen de comer a tantos. Comían de día y estaban en las casas, y él en la fortaleza con toda su guardia y amigos, y de noche dormían todos juntos cabe la fortaleza en una plaza, a la plaza de la mar, y el tirano, con los que he dicho, dentro de la fortaleza. Otro día mandó ahorcar sin confesión a un Enriquez de Orellana, que era Capitán de la munición, porque estaba mal con él, y por que decían que se había emborrachado el día que entraron en la isla, y dió este cargo a Antón Llamoso, su

Sargento. Tenla siempre gran guardia en su persona, y de noche en el pueblo y caminos había muchas centinelas y rondas y sobrerondas de a pie y de a caballo, porque no entrase ni saliese nadie sin que él lo supiese. Hizo un parlamento a los vecinos de la isla, amonestándoles que no huyesen, porque no les quería hacer mal ni daño, sino que les pagaría lo que les había tomado y lo demás que tomasen. Y preguntó a cómo vendían las gallinas y ganados; y fuele dicho que las gallinas valían a dos reales; y díjoles que eran baratas, que las vendiesen a tres; y que el demás ganado y cosas lo pagarían a más precio que solía valer; y así, si compraba alguna cosa, no gastaba mucho tiempo en concertarse, antes liberalmente prometía por ella todo lo que pedían, como aquel que no pensaba pagarlo, mas de darles aquel contento.

Luego que desembarcó el tirano en esta isla, se le quedaron aquella noche huidos cinco soldados, deseosos del servicio de Su Majestad, que fue el uno Gonzalo de Zúñiga, y un Francisco Vázquez, y un Juan de Villatoro, y un Pedrarias de Almesto, y un Castillo, por lo cual el dicho tirano andaba muy bravo, y pateaba y amenazaba a D. Juan, el gobernador que tenía preso, y a los vecinos de la isla, diciendo que ellos tenían escondidos los dichos soldados, y que si ellos querían, que no se les podían esconder en la isla, pues sabían toda aquella tierra; y prometió de dar por cada uno destes soldados que le trujesen doscientos pesos, y otros prometimientos vanos. En este tiempo, a cabo de tres días que estaban en la isla, remanesció herido uno destes, que se decía Pedrarias de Almesto, que, según fue notorio que venían a tomar la isla, por no se hallar en la toma de la isla con los demás, se había huido por una montaña y se había escapado, y viendo que no podía llevar adelante su huida, tomó por remedio de venirse al pueblo y decir que, por tener aquel prémulo, no se había hallado con ellos; el cual, sabido por el tirano, envió por él a un su Alférez, llamado... para que, donde quiera que lo hallase, lo matase, y como llegó y le vido herido, creyó lo que le dijo el Pedrarias, y por entonces no lo mató y lo llevó a las ancas de su caballo delante del tirano, adonde estuvo por matalle; y al fin fue Dios servido que lo dejó y amenazó diciendo que pasase aquella, y que mirase por sí. Y así el tirano procuró luego de que le trajesen los otros cuatro soldados arriba dichos; y algunos vecinos de la dicha isla, movidos, por ventura, de codicia de la paga y de los ruegos de D. Juan, su Gobernador, que estaba preso y temeroso de la muerte, y por el provecho de su patria, a quién el tirano amenazaba con daños y destrucción, los fueron asimismo a buscar unos por una parte y otros por otra, y aún con mandamientos firmados del dicho Gobernador, para que los prendiesen y trujesen al tirano; y como pusiesen gran diligencia en esto, hallaron a los dos dellos, al Castillo y Villatoro, y los trujeron presos al dicho tirano, y luego él los mandó colgar del rollo, sin confesión. Fue éste un mal caso, porque muchos soldados que venían contra su voluntad con los tiranos, que tenían gran deseo de se huir, no lo osaron hacer, porque ellos no sabían la tierra, y vieron que los vecinos de quien se pensaban favorecer traían y buscaban a los huidos. Al Francisco Vázquez y Gonzalo de Zúñiga, aunque pusieron gran diligencia en los buscar, nunca los pudieron hallar, y principalmente Dios que los ayudó. Este día mandó el tirano a ciertos amigos suyos matar a un fraile dominico que vido atravesar por la plaza, y compelido por ruegos de los de la isla lo dejó por entonces.

Decía este tirano que tenía prometido de no dar vida a ningún fraile de cuantos topase, salvo a los mercenarios, porque decía él que estos solos no se extremaban en los negocios

de las Indias, y que había asimismo de matar a todos los presidentes y oidores, obispos y arzobispos y gobernadores, letrados y procuradores, cuantos pudiese haber a la manos, porque decía él que ellos y los frailes tenían destruidas las Indias; y que había de matar a todas las malas mujeres de su cuerpo, porque estas eran causa de grandes males y escándalos en el mundo, e por una que el gobernador Orsúa había llevado consigo habían muerto a él y a otros muchos. Luego mandó quemar y echar al través los bergantines que había traído a la isla, porque no se fuese alguno en ellos a dar aviso de su venida, y esto por parescerle que tenía cierto el navío del fraile, porque había enviado a su capitán Monguía por él; y porque un vecino de la isla, llamado Alonso Pérez de Aguilera, se huyó del pueblo, fue el dicho tirano en persona con muchos soldados, así de sus marañones como de los que en la isla se les habían juntado, y le hizo destejar y derribar toda su casa, y le robaron cuanto tenía, y le mataron sus ganados. Y al sétimo u octavo día, de su llegada a la isla, mandó matar a un Capitán suyo, de sus mayores amigos, llamado Juanes de Iturriaga, vizcaino, de su patria, porque era hombre de bien y se temió dél, que le dijeron que juntaba amigos y que a su mesa comían algunos soldados. Y estando cenando una noche con sus amigos en su posada, llegó el maese de campo Martín Pérez con ciertos arcabuceros, y levantándose el Iturriaga de la mesa a recibirlos, le dieron ciertos arcabuzazos, de que murió; y así se le dejaron aquella noche, y otro día, de mañana, le enterraron con gran pompa, y banderas arrastrando, y tocando atambores roncros. Y como este tirano era malo, perverso, así era enemigo de los buenos y virtuosos; y pocos a pocos ha venido matando todos los más hombres de bien, y teniéndolos por sus enemigos, porque como tuviese presunción o manera de hombre de bien, temíase dellos y no consentía que tal hombre viniese entre ellos; y, por consiguiente, era amigo de la gente baja y mala, de los cuales se fiaba y los tenía por grandes amigos, y por parescerle que estos tales no tenían ánimo para le matar, y que entre estos tales viviría más seguro. Entendía los más de los días en hacer alardes y formar escuadrones, y poniendo la gente como había de pelear, decíales que no había de dar batalla a ninguno de los que contra él viniesen, si no fuese el Rey en persona, y que a los demás había de desbaratar con ardidés y mañas de guerra, de que él se preciaba más que entendía dello. Esperaba cada hora a su capitán Monguía, a quien había enviado a tomar el navío del fraile, y como le parecía que se tardaba, tenía mala señal y estaba triste, y amenazaba de muerte a todos los de la isla, y decía que, si el dicho Capitán y soldados eran muertos o presos, que había de matar hasta los niños de teta, y asolar la tierra, y por ellos había de matar mil frailes. Y luego le vino nueva que el navío del fraile venía, y no supo por quién, y estaba suspenso hasta que, de un negro que había venido en una piragua de Maracapaná, se supo cierto que el capitán Monguía y los soldados que con él iban se habían todos reducido al servicio de Su Majestad; y avisado el fraile de la venida del tirano y de todo lo que pensaba hacer, y que el fraile, con ellos y con la demás gente que tenía, venía con su navío a le destruir y hacer guerra, por lo cual el tirano hacía grandes bramuras y echaba espumarajos, decía grandes amenazas contra el fraile y los dichos soldados, y contra los de la isla, a los cuales mandó luego prender a todos con sus mujeres, y los llevaron a la fortaleza, y mandó echar más prisiones a D. Juan, el gobernador, y a Manuel Rodríguez, alcalde, y a los demás vecinos, para todos los cuales hubo prisiones; y tratándolos mal a todos de palabra, decía que había de hacer correr arroyos de sangre por la plaza de la Margarita de los vecinos della; y luego, en caballos que había tomado a los vecinos, mandó poner de sus soldados a trechos desde el pueblo hasta un puerto de la isla que

llaman la Punta de las Piedras, adonde tuvo nueva que venía a desembarcar el dicho fraile. Aquí volvió el dicho cargo de Alférez general a Alonso de Villena. que antes lo era en tiempo de su Príncipe, que se lo había quitado, como se ha dicho.

MUERTE DEL GOBERNADOR DON JUAN DE VILLANDRANO

Un sábado, a medio día, fue avisado como el navío del Provincial había tomado el dicho puerto de la Piedras, que es en la isla, cinco leguas del pueblo, y le dijeron que traía mucha gente de guerra con indios flecheros; y el cruel tirano, muy enojado y bravo, y blasfemando de Dios y de sus Santos, andaba muy orgulloso con sus soldados, apercibiéndolos para pelear con el fraile, pensando que traía mucha gente; y con este temor, por prender más a sus soldados, que no se le osasen huir y se pasasen al fraile, diciendo: «de los enemigos los menos», mandó que bajasen a una cámara baja, que estaba en la dicha fortaleza, al Gobernador y a Manuel Rodríguez, alcalde, y a un Cosme de León, alguacil mayor, y a un Cáceres, regidor, y a otro Juan Rodríguez, criado del Gobernador, a todos en las prisiones en que estaban, y viéndolos el tirano tristes, por los consolar les dijo que no tuviesen pena ni temor, que les prometía y daba su palabra que aunque el fraile trujese más soldados que cardones y árboles había en la Margarita, que no hay en ella otra cosa, y aunque todos sus soldados muriesen, que ninguno dellos había de morir; que así lo tuviesen por cierto, que él les aseguraba. Y con esto que les dijo estaban algo contentos y consolados; pero el dicho tirano tenía la condición conforme a su mala vida y obras, que jamás, o por gran maravilla, cumplió palabra que a nadie diese, y cuando aseguraba alguno, entonces lo quería matar o dañar, como esto se pareció este día; y a la noche, mandó que se fuesen a sus casas los vecinos de la isla y sus mujeres que tenía presas, porque no entendiesen lo que querían hacer; y después de todos idos, a gran rato de la noche, vino adonde estaba preso el Gobernador y todos los que arriba hemos dicho que estaban presos con él, un Francisco de Carrión, alguacil mayor del tirano, y con él otros soldados y negros con cordeles y garrotes; y fueron primero al Gobernador, y le dijeron que se encomendase a Dios, que había de morir; y él respondió que cómo era aquello, que el gobernador Lope de Aguirre les había acabado de dar su palabra que no los mataría; y el dicho Alguacil y soldados le dijeron que, no obstante aquello, habían de morir; y luego dieron garrote al Gobernador y tras dél a Manuel Fernández, alcalde, y a Cosme de León, alguacil mayor, y al Juan Rodríguez, y a la postre el Cáceres, regidor, que era un viejo manco y tullido; y muertos todos cinco, los cubrieron con una estera, porque nadie los viese; y a la media noche, llamando el tirano a sus soldados, y metiéndolos en la fortaleza con las velas encendidas, mandó descubrir la carnicería, y mostrándoles los muertos, les dijo: Mirad, marañones, qué habéis hecho, que, allende de los males y daños pasados que en el río Marañón hicisteis matando a vuestro gobernador Pedro de Orsúa, y a su teniente D. Juan de Vargas y a otros muchos, jurando y alzando por Príncipe a Don Fernando de Guzmán y firmándolo de vuestros nombres, habéis también muerto en esta isla al Gobernador della y a los Alcaldes y Justicias que, véislos, aquí están; por tanto, cada uno de vosotros mire por sí y pelee por su vida, que en ninguna parte del mundo podéis vivir seguros sino en mi compañía, habiendo cometido

tantos delitos.» Y luego mandó hacer dos hoyos en la misma cámara y allí los enterraron; y luego a aquella hora se partió el perverso tirano con ochenta soldados arcabuceros a la Punta de las Piedras a verse con el fraile, y quedó su maese de campo, Martín Pérez, en el pueblo en guarda de los presos; y el dicho Maese de campo comió aquel día en la fortaleza con trompetas y grande regocijo.

Allegado el dicho tirano Lope de Aguirre con sus ochenta soldados a la Punta de las Piedras, halló que el navío del fraile venía ya a la vela la vía del pueblo; y luego, con toda brevedad, se volvió, y llegó al pueblo el mismo domingo, tarde; y su Maese de campo y los soldados que con él habían quedado le hicieron gran recibimiento, con salva de arcabucería; y luego que llegó, un Capitán suyo, llamado Cristóbal García, que era calafate, como se ha dicho, o por envidia o mala voluntad, y porque quizá fue verdad, dijo que su Maese de campo convocaba amigos para le matar y alzarse con la gente y navíos, e irse a Francia; y que él y los conjurados habían comido aquel día juntos en la fortaleza, con trompetas y gran fiesta; y trujo por testigo un muchacho, criado suyo, el cual dijo que había visto la junta y entendido el concierto, y que era como su amo lo habla dicho. Luego, el cruel tirano se determinó de matar a su Maese de campo; y enviándolo a llamar a su posada, mandó a un su muy amigo y de su guardia, llamado Chaves, que al entrar de la puerta le matase con un arcabuz; y venido el Maese de campo, sin sospecha de lo que le había de venir, estando descuidado, el dicho Chaves llegó por detrás y le dio un arcabuzazo, de que le hirió muy mal; y luego le acudieron otros amigos del tirano, que estaban avisados, con muchas cuchilladas y estocadas; y el dicho Maese de campo, como se sintió herido mal, andaba huyendo de una parte a otra de la fortaleza, pidiendo confesión, y llamando al General, y así lo acabaron de matar; y el dicho Chaves le degolló con una daga. Fue tan grande el ruido y alboroto que hubo cuando mataron al dicho Maese de campo dentro en la fortaleza, que las mujeres y vecinos de la isla que estaban presos en la misma fortaleza pensaron que a todos los querían matar, y en especial las mujeres, que unas se metían debajo de las camas, otras detrás de las puertas y en los rincones; y una Marina de Trujillo, mujer de Hernando de Riveros, se arrojó por una ventana de la fortaleza a la calle, y dio gran golpe, pero del miedo no lo sintió, y se fue a esconder; y de las almenas de la fortaleza se arrojaron un Domingo López y otro Pedro de Angulo, vecinos de la isla, y sin hacerse mal, se huyeron al monte; y el tirano se asomó a una ventana de la fortaleza, y desde ella dijo a la gente que estaba en la plaza, alborotada, que no sabían qué ruido era el que había dentro en la fortaleza, y les dijo a todos como había muerto a Martín Pérez, su Maese de campo, porque lo quería matar, y los aseogó.

A estas voces, estando el Maese de campo muerto y tendido en el suelo, y por muchas heridas que tenía en la cabeza se le parecían los sesos y le corría sangre, y un Capitán de la munición, grande amigo del tirano, llamado Antón Llamoso, que había sido uno de los que dijeron al tirano que era en el concierto de matarle con el Maese de campo; y a aquella sazón le dijo el tirano: «Y vos, hijo, Antón Llamoso, también dicen que queríades matar a vuestro padre.» El cual negó con grandes reniegos y juramentos; y pareciéndole que le satisfacía más, arremetió al cuerpo del dicho Maese de campo, delante de todos, y tendiéndose sobre él, le chupaba la sangre que por las heridas de la cabeza le salía, y a vueltas, le chupó parte de los sesos, diciendo: «a este traidor beberle he la sangre»; que

causó grande admiración a todos. Quitó luego el tirano la capitanía de su guardia a un Nicolás de Coçaya, porque también sospechó que era con el Maese de campo, y dióla a otro, llamado Roberto de Coçaya, barbero, muy su amigo. Mandó el tirano a todos los vecinos de la isla que tenía presos, que se fuesen a sus casas con sus mujeres, y que de ahí adelante viviesen seguros y sin miedo, que ya eran acabadas todas las muertes y crueldades, porque su Maese de campo, a quien él había ya muerto, las hacía y causaba todas; en lo cual mintió, porque el Maese de campo no hacía cosa ninguna sin su mandado, y aun se creyó que matara muchos más, y que el Maese de campo le estorbaba y rogaba mucho que no matase tantos.

Pasado todo lo que se ha dicho, un martes, por la mañana, llegó el navío del Provincial al pueblo, y surgió en el puerto, casi media legua desviado de la fortaleza; y el dicho tirano, como lo vido surto, puso su gente en orden, y con cinco falconetes de bronce y uno de hierro, que tomó en esta isla, salió por la playa adelante, pensando que querían saltar en tierra; y el dicho tirano y soldados de la tierra y los del fraile, desde unas piraguas en que habían entrado para hacer ademán de tomar tierra, se llamaban unos a otros de traidores, y se dijeron otras muchas afrentas de palabra, pero nunca saltaron en tierra, y así se estuvieron todos aquel día en el puerto con estandartes reales alzados en el navío; y visto por el tirano que no saltaban en tierra, se volvió con su gente a la fortaleza, y de allí escribió una carta al dicho Provincial, que dijo desta manera:

CARTA DEL TIRANO

«Muy magnífico y muy reverendo señor: más quisiéramos hacer a vuestra paternidad el recibimiento con ramos y flores que no con arcabuces y tiros de artillería, por habernos dicho aquí muchas personas ser más que generoso en todo; y cierto, por las obras hemos visto hoy en este día ser más de lo que nos decían, por ser tan amigo de las armas y ejercicio militar, como lo es vuestra paternidad; y así, vemos que la cumbre de la virtud y nobleza alcanzaron nuestros mayores con la espada en la mano. Yo no niego, ni todos estos señores que aquí están, que no salimos del Pirú para el río del Marañón a descubrir y poblar, dellos cojos, y dellos sanos, y por los muchos trabajos que hemos pasado en Pirú, cierto, a hallar tierra, por miserable que fuera, paráramos, por dar descanso a estos tristes cuerpos que están con más costuras que ropas de romeros: mas la falta de lo que digo, y muchos trabajos que hemos pasado, hacemos cuenta que vivimos de gracia, según el río y la mar y hambre nos han amenazado con la muerte; y así, los que vinieren contra nosotros, hagan cuenta que vienen a pelear con los espíritus de los hombres muertos; y los soldados de vuestra paternidad nos llaman traidores, débelos de castigar, que no digan tal cosa, porque acometer a D. Felipe, rey de Castilla, no es sino de generosos y de grande ánimo; porque si nosotros tuviéramos algunos oficios ruines, diéramos orden a la vida; más por nuestros hados, no sabemos sino hacer pelotas y amolar lanzas, que es la moneda que por acá corre. Si hay por allá todavía necesidad deste menudo, proveeremos. Y hacer entender a vuestra paternidad lo mucho que el Pirú nos debe, y la mucha razón que tenemos de hacer lo que hacemos, creo será imposible. A

este efecto, no diré nada aquí dello. Mañana, placiendo a Dios, enviaré a vuestra paternidad todos los traslados de los actos que entre nosotros se han hecho, estando cada uno en libertad, como estaban; y esto dígo en pensar qué descargo piensan dar esos señores que ahí están, que juraron a D. Fernando de Guzmán por su Rey, y se desnaturaron de los reinos de España, y se amotinaron y alzaron con un pueblo y usurparon la justicia, y los desarmaron a ellos y a otros muchos particulares, y les robaron las haciendas; y ende más Alonso Arias, sargento de D. Fernando, y Rodrigo Gutiérrez, su gentil-hombre. Desos otros señores para qué hacer cuenta no hay, porque es chafalonia; aunque de Alonso Arias tampoco la hiciera, si no fuese por ser extremado oficial de hacer jarcia. Rodrigo Gutiérrez, cierto, hombre de bien es, si siempre no mirase al suelo, que es insignia de gran traidor. Pues si acaso ahí ha aportado un Gonzalo de Zúñiga, padre de Sevilla, cejijunto, téngalo vuestra paternidad por un gran chocarrero, y sus mañas son estas: él se halló con Álvaro de Hoyon en Popayan en la rebelión y alzamiento contra Su Majestad, y al tiempo que iban a pelear, dejó a su Capitán y se huyó. Ya que se escapó desto, se halló en el Pirú en la ciudad de Sant Miguel de Piura, con Fulano de Silva, en un motín, y robó la caja del Rey, y mataron la Justicia, y asimismo se le huyó. Hombre es que, mientras hay que comer, está diligente, y al tiempo de la pelea, siempre huye, aunque sus firmas no pueden huir. De un hombre sólo me pesa que no está aquí, y es Salguero, que teníamos gran necesidad dél, que nos guardara este ganado, que lo entiende muy bien. Mi buen amigo Mimbrenño y Antón Pérez y Andrés Díaz, les beso las manos; y a Monguía y Arteaga, Dios los perdone, porque si estuviesen vivos, tengo por imposible negarme. Cuya muerte o vida suplico a vuestra paternidad me haga saber: aunque también queríamos que todos fuésemos juntos, siendo vuestra paternidad nuestro Patriarca; porque, después de creer en Dios, el que no es más que otro no vale nada. Y no vaya vuestra paternidad a Santo Domingo, porque tenemos por cierto que le han de desposeer del trono en que está, y para esto, cesa un hil. La respuesta suplico a vuestra paternidad me escriba, y tratémos bien, y ande la guerra: porque a los traidores Dios les dará pena, y a los leales el Rey los resucitará, aunque hasta agora no vemos que el Rey ha resucitado alguno, ni da vidas ni sana heridas. Nuestro Señor la muy magnífica y muy reverenda persona de vuestra paternidad guarde, y en gran dignidad acreciente. Desta nuestra fortaleza de la Margarita. -Besa las manos a vuestra paternidad, su servidor,

Lope de Aguirre.»

A esta carta respondió el Provincial, y no he podido tener su traslado, mas de que en suma le decía que Monguía y Arteaga estaban buenos, y eran muy servidores del Rey; que ellos y todos se habían pasado a su servicio y como sus leales vasallos; y que le rogaba por Dios que dejase ya el hacer más daños en la isla; y principalmente le encargaba la honra de los templos y mujeres Venida la tarde, el dicho Provincial se torno a Maracapaná, y sin haber hecho más de mostrar en la mar su venida, hizo más daño que provecho porque se dijo que, si no viniera, nunca el tirano matara a D. Juan el gobernador, ni a los demás que mató. Ya que había venido, si saltara en tierra aunque fuera lejos del pueblo, y se juntara con los vecinos de la isla, que muchos andaban al monte, pudiera ser que muchos soldados del tirano, viendo que tenían quien los

favoreciese y recogiesse con la voz del Rey en la isla, se le huyeran muchos que estaban contra su voluntad y no se osaban huir, porque no sabían la tierra, ni donde guarescerse del tirano; y de otra manera no lo osaban hacer, porque habían visto que los vecinos y gente de la isla los buscaron y trujeron al tirano algunos de los que se habían huido; y desta manera, por ventura, el tirano perverso se desbaratara o saliera de la isla más presto y con menos poder; pero en esto se ha de tomar el santo celo del Provincial, que su intención fue buena, y de aprovechar a todos, y lo demás atribuirlo a Dios que hace lo que él es servido. Este día que estuvo surto el navío del Provincial, fueron hallados escondidos entre unos cardones en la playa de la mar dos soldados del tirano que dijeron algunos que se quisieron pasar al navío del fraile, y el tirano los mató luego sin confesión; el uno, llamado Juan de Sant Juan, y el otro Paredes. Partido desta isla, el Provincial fue luego con toda brevedad a dar aviso a Santo Domingo de la venida deste tirano, y de camino avisó la Burburata y toda aquella costa de tierra firme.

Y como el cruel tirano había quemado y echado a fondo los bergantines en que vino a la isla, teniendo por cierto que tomara el capitán Monguía el navío del Provincial y se lo trajera; y como su pensamiento le salió contrario, y viendo que en tres barcos que había tomado allí no podía ir toda la gente, porque eran pequeños, determinó de acabar un navío que tenía armado D. Juan, el gobernador de la isla, y enviando a buscar ciertos carpinteros que andaban huidos por la isla, los mismos vecinos se los trujeron, y los hizo trabajar en él fiestas y domingos hasta que se acabó, que tardaron más de veinte y cinco días; y en este tiempo quemó y derribó muchas casas y estancias de vecinos de la isla que se habían ido al monte, y los robaron mucha ropa y haciendas, y les mataron sus ganados. Mató en este tiempo el tirano a un Martín Díaz de Armendáriz, primo hermano del gobernador Pedro de Orsúa, al cual el dicho tirano, desde que mataron al dicho Gobernador, su primo, lo había traído a manera de preso y desarmado; y habiéndole dado licencia para que se quedase en la isla, y el Martín Díaz se había ido del pueblo a una estancia, envió el tirano a ciertos soldados que le matasen, y ellos le dieron garrote y lo mataron; y dijo el tirano a sus soldados que había muerto a Martín Díaz porque tenía propuesto de no dejar enemigo por detrás, y que todo su contento era matar enemigos y poner la vida por sus amigos; y él no dejaba a unos ni a otros.

En este tiempo, que fue día de Nuestra Señora de la Asunción, que llaman de Agosto, fue el dicho tirano con todos sus soldados en ordenanza a la iglesia mayor del pueblo a bendecir ciertas banderas de sus capitanes, y él iba delante de la ordenanza, como Capitán general; y acaso vido en el suelo un rey de naipes, al cual pateó y hizo pedazos, diciendo muchas blasfemias y palabras injuriosas en desacato del rey D. Felipe, nuestro señor, como otras veces lo solía hacer; y no solamente hacía esto, pero blasfemaba y renegaba de Dios, sumo Rey y Señor de todos; y ansimismo hacían otros muchos soldados amigos que, por le imitar y hacer placer, blasfemaban y renegaban continuamente de Dios y del Rey. Y acabadas de bendecir las banderas, las entregó a sus Capitanes y Alférez, y les dijo que aquellas banderas que les daba las pueden defender de todo el mundo, y que no les encargaba ni mandaba más de que mirasen por la honra de los templos y de las mujeres, y que en lo demás, viviesen como les pareciese y en la ley que quisiesen, que a nadie le iría a la mano. Y aun estas dos cosas que les encargó de los templos, se creyó que las dijo más por no parecer del todo hereje, mal cristiano, como lo era, y para

acreditarse en algo con los que estaban presentes, que no porque se entendiese dél que castigaría a ninguno que hiciese lo contrario, según su condición. Dijo aquí a sus soldados que él había hecho nuevo Rey, y que había de hacer nueva ley para en que viviesen sus secuaces y amigos, cosa, cierto, de gran espanto para los que eran cristianos y lo habían de ser o morir, porque en este tiempo gran ocasión había a una voz todos hacer pedazos aquel perverso tirano; mas como la fuerza de malvada gente que era de su opinión, era grande, y los bien intencionados pocos y bien desarmados, su malvada gente que tenia resistió por entonces la gente que contra él tenía indignación; y por mayor lástima tengo que agora andemos iguales, y por una medida y rasero llevados los que se mostraron ser servidores de Dios y del Rey, como los que entonces eran sustentadores de este tirano y de sus herejías y crueldades; porque, como testigo de vista, puedo decir que estos tales, según sus grandes maldades, las justicias de Su Majestad no habían de usar con ellos de ninguna clemencia, aunque, según se va entendiendo, hay tan pocos de estos que hayan parado en bien, que ahogados, o despeñados, o muertos a manos de indios, hay pocos que se hayan escapado; y Dios, que es justo juez, da el castigo a cada uno como lo meresce y es servido; y esto no me quiero detener, que bien había qué tratar, aunque no fuera sino decir cómo estuvo en esto remisa la justicia, digo en donde se desbarató el tirano, que fue en la gobernación de Venezuela.

Estándose acabando el navío, se dijo que el Alférez general del tirano, llamado Alonso de Villena, lo quería matar al dicho tirano y alzar bandera por el Rey; y dando parte desto a ciertos soldados del dicho tirano para que le ayudasen, ellos se lo dijeron, y enviando a matar el dicho tirano a su Alférez, él lo sintió y se huyó al monte. Y lo que desto se cree y tuvo por cierto en la isla Margarita, y después de ido el tirano se platicaba, fue que, temiéndose de su muerte el dicho Alonso Villena, y que el dicho tirano lo quería matar, que estaba enojado con el Villena, por el peligro se quisiera apartar de su compañía, y no lo osaba hacer, porque era uno de los trece que fueron en matar al buen gobernador Pedro de Orsúa, y había sido siempre muy de ánimo en toda la tiranía, y por temor que las justicias de Su Majestad después lo matarían; y así, teniendo ya determinada y aún aparejada su ida, por escapar la vida si pudiese, dijo a ciertos soldados que él quería matar al tirano, que le ayudasen; y dájolo tan en público, que por fuerza el tirano lo hobo de saber; y luego se huyó, como lo tenía bien acordado; y esto hizo a fin de que después, cuando por las justicias de Su Majestad fuese hecha información de su vivir, pudiese hacer este cargo de servicio al Rey, para descuento de sus maldades, y no para que hobiese efecto lo que decía, sino aspaviento; porque si él quisiera de veras servir a Vuestra Majestad, no lo dijera tan público ni se huyera luego, ni aguardara al tiempo que el tirano se quería embarcar para salir de la Margarita, que es bien claro que, porque no tuviese tiempo para lo buscar, aguardó entonces. Y así el tirano, airado de la huida deste, tomó sospecha de otros, diciendo que eran con el Villena, y sin tener más claridad sino su dañada sospecha, mató asimismo a un Alférez de su guardia, llamado Dominguez, que era amigo del dicho Villena, y matóle a puñaladas un Juan de Aguirre, que era mayordomo del dicho tirano, y lo echaron de la fortaleza abajo; y por lo mismo, a otro soldado, llamado Loaysa, también de sus marañones, ahorcó; y a una mujer de un vecino de la isla, llamada Ana de Rojas, la ahorcó del rollo de la plaza, y le tiraron muchos arcabuzazos, porque dijeron al tirano que el Villena entraba muchas veces en su casa desta mujer, y que allí se concertaba el motín. Envió asimismo a matar al marido de la

dicha Ana de Rojas, que se llamaba Diego Gómez, que era un hombre viejo y enfermo, que estaba curándose en una estancia, una legua del pueblo. Mataron a él y a un fraile dominico que con él estaba, dándoles garrote y robando cuanto estaba en la estancia; y volvieron al pueblo, donde el tirano perverso mandó a estos sus diabólicos ministros que, pues ya habían muerto un fraile, que matasen a otro su compañero, que allí estaba en el pueblo, que era asimismo dominico, con el cual este malvado tirano se había confesado; y luego, a la hora, lo mataron estos perversos sayones, y lo metieron en una casa; y cuando lo querían matar, el fraile les rogó que le dejaran primero encomendarse un poco a Dios, y tendiéndose en el suelo boca abajo, rezó el salmo de Miserere mei y otras oraciones; aunque los perversos tiranos no le dieron mucho espacio; y levantándose del suelo, se encomendó a Dios, y les dijo que aquella muerte él la tomaba por Dios, que se la diesen la más cruel que pudiesen; y así le dieron garrote, el cordel por la boca, hasta que se la hicieron pedazos; y como no se ahogaba presto, le pasaron el cordel al pescuezo. Créese que el dicho fraile murió mártir, por algunas reprensiones que en la confesión debió de dar al dicho tirano. Pasado aquesto, mandó ahorcar el tirano a un fulano Somorostro, vecino de la isla, que era un hombre viejo, porque cuando llegó el tirano a la isla, se había ofrecido a ir con él, y al tiempo de la partida le pidió licencia para quedarse y él se la dio, pero quedó colgado del rollo.

Estando ya casi de camino el tirano, y el navío echado al agua, que se había acabado, mandó ahorcar una mujer de la isla que se decía fulana de Chaves, porque de su casa se le huyó un soldado de los que en esta isla se le allegaron, porque decía que esta mujer lo supo y no le avisó. Muchos de los soldados de la isla que se habían ofrecido de salir con él, viendo sus crueldades y maldades, se le habían ya huido. Era tan cruel y malo este tirano, que a los que no le habían hecho mal ni daño, los mataba sin causa ninguna; y a otros que él no tenía voluntad ni causa de los matar, porque ninguno se escapase dél sin que tuviese qué contar, los afrentaba. Y mandó que le trajesen un mancebo que estaba en la isla, que no le había venido a ver; y en pena de su descuido, mandó que le rapasen la barba, lavándosela primero con orines hediondos, y le mandó que pagase al barbero, y le hizo traer cuatro gallinas por paga. Y a otro soldado de los suyos, como era un fulano Cayado, que no era hombre de que él hacía cuenta, ni le quería matar, porque se descuidó un día en ir al escuadrón, le mandó asimismo rapar la barba en el rollo de la plaza, y que se la lavasen con el mismo lavatorio que al otro.

Estando ya acabado el navío del todo, y el tirano que se quería partir de la isla, vino un Francisco Fajardo, vecino de un pueblo que se dice Caracas, en la gobernación de Valenzuela, con ciertos indios flecheros y enerbolarios, en socorro de los vecinos de la isla, y se puso en un monte, media legua del pueblo, entre las estancias, y dijeron que por esto no las quemó y destruyó el tirano, que lo tenía determinado de lo hacer, y no osó enviar gente a ello, porque no se le huyesen, que algunos lo habían comenzado a hacer; y si entonces le acometiera el Fajardo, se pasara la más gente del tirano aunque por temor de que se le habían de huir algunos, hizo el tirano meter sus soldados todos en la fortaleza, a fin de que ya que viniesen a dar en él con los indios flecheros, con este alboroto no pudiese ninguno huir; y así hizo un portillo, a las espaldas de la fortaleza hacia la mar, y por allí hacía embarcar toda la gente uno a uno. En este tiempo, estando el perverso tirano en la playa de la mar, y la gente ya toda embarcada, que solo él y algunos

amigos suyos quedaban en tierra, llegó a él un soldado de sus marañones, y bien su amigo, y de los más prendados, que se llamaba Alonso Rodríguez, almirante, y le dijo al tirano que se desviase un poco más a tierra, que se mojaba con las olas de la mar; y sin más razones y ocasión, echó mano a su espada, y le dio una cuchillada que casi le derribó un brazo en el suelo; y luego mandó que fuesen a curar al dicho soldado, y ya que lo querían hacer, se arrepintió, y tornó a mandar que le diesen garrote, y así lo hicieron, y lo mataron sin confesión; y luego este tirano fue con algunos de sus amigos a casa de un clérigo, llamado Contreras, cura de la isla, y lo trajo a los navíos y lo embarcó y llevó consigo, harto contra la voluntad del dicho clérigo.

Salió el tirano de la isla Margarita un domingo, después de medio día, postrero de Agosto, del año de mil y quinientos y sesenta y un años; habiendo estado en ella cuarenta días, y dejándola tan perdida y asolada y robada de servicio de ganados y comida y otras cosas que los que en ella quedaban, no se pueden sustentar sino con mucho trabajo, y habiendo hecho las crueldades y maldades que he dicho, y otras muchas más. Mató el tirano por el río, antes de llegar a esta isla, veinte y cinco hombres, y entre ellos al gobernador Pedro de Orsúa, y a D. Juan de Vargas, su teniente, y a Doña Inés, y a un Alonso de Henao, clérigo, y a un Comendador de Rodas. Todos los demás fueron, su Príncipe, almirantes, capitanes, alféreces y sargentos y otros oficiales que este perverso tirano hizo y deshizo; y en matando uno destes, hacía otro en su lugar, y los bienes, armas y servicio de todos los que mataba iban a los herederos forzosos, que eran los amigos y privados del tirano, a quien los repartía todos, y con esto los tenía propicios y llegaba cada día más. Mató en la isla Margarita otros catorce de sus marañones, y once de los vecinos della, con los dos frailes y dos mujeres, que son por todos cincuenta personas las que mató hasta que salió de la isla, sin otros dos indios ladinos que allí mató, y a todos los más dellos sin confesión. Metió en la isla, cuando entró en ella, docientos hombres, o muy pocos más, con noventa arcabuces y veinte cotas; quedáronsele en la dicha isla, entre muertos y huidos, y otros dejados por la voluntad del tirano, con los que se pasaron al fraile con Monguía, cincuenta y siete hombres. Allegáronse allí once o doce soldados. Halló en la isla cincuenta arcabuces y muchas lanzas y espadas, y seis tiros de artillería, los cinco, falconetes de bronce y uno de hierro. Por esta cuenta, sacó de la isla Margarita hasta ciento sesenta hombres, y algunos de los que se le huyeron, llevaron algunos arcabuces, como hasta diez, y quedarle han hasta ciento treinta arcabuces, y las seis piezas de artillería ya dichas. Llevó desta isla casi cien piezas de indios e indias, de las mejores que pudo haber. Llevó tres caballos y un macho, y todos los aderezos de caballos de silla que pudieron haber; porque como supo que ya en Nombre de Dios y en Panamá estaban avisados, y que él no era parte para ir por allí, como había pensado, determinó de irse a la Burburata, y atravesar toda la gobernación de Venezuela, y al Nuevo reino de Granada, y de allí al Pirú, aunque también le salió esta cuenta mala, como la otra primera, como adelante se dirá. Las sillas que de aquí sacó eran para muchos caballos que pensaba tomar en la gobernación de Venezuela.

Salió el tirano, como habemos dicho, de la isla Margarita, un domingo, postrero día de Agosto, con la gente y armas y municiones que habemos contado, y llevaba toda su gente repartida en cuatro navíos, los tres barcos pequeños, y el uno grande, que era el que había acabado de hacer en la Margarita; y en cada uno destes navíos repartió la gente de quien

él más se fiaba, a quien encomendó la guardia dellos; y los otros pequeños seguían al en que él iba, que era mayor y mas ligero. Antes de llegar a la Burburata, tuvieron muchas calmas y vientos muy contrarios, por manera, que tardó en llegar a la Burburata, desde la dicha isla Margarita, ocho días que es camino que comúnmente se anda en dos o tres días. En todo el viaje no acaesció caso de muertes, más de que el perverso tirano y sus amigos traidores, como no tenían el tiempo como ellos querían, blasfemaban de Dios y de sus Santos, y de los tiempos y vientos. Decía unas veces el tirano, enojado desto, que no creía en Dios si Dios no era bandolero; que hasta allí había sido de su bando, y que entónces se había pasado a sus contrarios. Amenazaba de muerte a los pilotos y hombres de la mar que llevaba en los navíos: pensaba que le llevaban engañado, que en ellos estaba la falta del tiempo, y enojado con ellos, decía, que si Dios había hecho el cielo para tan ruin y civil gente, que no quería él ir allá. Y otras veces, alzando los ojos hacia el cielo, decía: Dios, si algún bien me has de hacer, agora lo quiero, y la gloria guárdala para tus Santos.» Y diciendo estas y otras blasfemias y herejías, llegó a la Burburata, un domingo, a los siete de Setiembre deste año; y en el puerto halló un navío de mercaderías, que sus dueños, viendo venir al tirano, lo echaron a fondo con parte de la carga, que no pudieron sacar, y el tirano le mandó poner fuego y se quemó hasta el agua.

LLEGADA DEL TIRANO A BORBURATA

Este mismo día que llegó, hizo desembarcar toda la gente, y se alojaron en la playa, donde estuvieron aquella noche; y otro día, de mañana, envió algunos de sus amigos al pueblo, que estaba media legua del puerto, los cuales hallaron el pueblo sin gente, yermo, que toda la gente estaba huida por temor de los dichos tiranos; y hallaron en el pueblo un soldado de los marañones que se habían pasado al fraile con Monguía, llamado Francisco Martín, piloto, el cual les dijo que se volvía a la compañía del dicho tirano Lope de Aguirre, y luego se lo llevaron a la mar, y el tirano le hizo muchas caricias, y le preguntó por el suceso de Pedro de Monguía, y Arteaga, y Alonso Gutiérrez los había engañado a todos, y uno a uno los habían desarmado; y desde que los tuvieron así, apellidando la voz del Rey, se hicieron con el fraile; y que él y los demás no habían podido hacer otra cosa, por estar sin armas; y que él, sabido que venía, vino a buscarle y servirle; y que algunos de sus compañeros, que andaban por allí muertos de hambre y desnudos, tenían el mismo deseo que él; y que, sabida su venida, tenía por cierto que lo vernían a servir. Y luego el tirano le dió de vestir a este soldado, y escribió con él una carta muy amorosa para los que él decía, y le mandó que los fuese a buscar, y les diese la carta y se los trajese; y él fue y anduvo por allá dos o tres días, y se volvió diciendo que no los había hallado. Este mismo día, antes que el tirano fuese en la Burburata, mandó matar un portugués, llamado Farias, que era de los que en la Margarita se le habían llegado. La causa que para le matar tuvo, dijeron que no fue otra sino haber preguntado este soldado si aquella tierra en que estaban, si era isla o tierra firme. Este día mandó el tirano ir toda la gente al pueblo, y él se quedó el postrero de todos, haciendo quemar los navíos que allí había traído; y llegado al pueblo, aposentó en él su gente, y él vivía más recatado que hasta allí, y con más guardia en su persona; y mandó juntar y recoger en el dicho pueblo, y a la redonda dél,

todas las cabalgaduras que se pudiesen haber, que serían como hasta veinticinco o treinta, y las más, yeguas por domar; y ciertos soldados de los que fueron a buscar las cabalgaduras, vinieron empuyados, de lo cual se enojó tanto el tirano, que mandó pregonar guerra a sangre y fuego contra el Rey de Castilla y sus vasallos, salvo aquellos que se quisiesen pasar a ellos, que los aseguraba, y a los demás, todos, que los matasen, so pena que el soldado de los suyos que no matase a los que topase, le matasen a él por ello. Prendieron a un Alcalde del dicho pueblo, llamado Chaves, que le hallaron en un hato suyo, cuatro leguas del pueblo, y él, dicen que se lo quiso, por ver si podría granjear alguna cosa. Detúvose aquí diez y ocho días, domando las cabalgaduras, para llevar en ellas la munición y hato; y viendo que tenía necesidad de más para poderlo llevar todo, escribió una carta a los vecinos de la Nueva Valencia, que estarían diez o doce leguas de allí, la tierra adentro, diciéndoles que él determinaba de ir por su pueblo, y sino por otro camino derecho, a Barchicimeto y al Tocuyo, y que, para aviarse, tenía necesidad de que cada vecino del pueblo le enviase un caballo, y que se lo pagaría muy bien en joyas de oro y plata; y que enviasen con los caballos personas de fiar; donde no, que no podía dejar de irse a ver con ellos, y les haría todo el daño que pudiese; pero los vecinos de la Valencia no respondieron. Mató en este pueblo de la Burburata un mercader que había tomado en el monte, llamado Pero Núñez, porque se quejó que un soldado de los marañones le había tomado una barreta de oro de sesenta pesos, que tenía dentro de una botija de aceitunas enterrada, y que el soldado había desenterrado la botija y llevádosela con el oro. Y llamando el tirano al soldado, le preguntó por el oro, y él negó, diciendo que la botija no tenía tal cosa dentro; y queriéndolo el tirano averiguar, preguntó al Pero Núñez, mercader: «¿qué señas tiene la botija?» y él dijo que una tapadera con yeso; y el tirano dijo al mercader, que quien en aquello mentía, también se presumía que mentiría en lo demás; y le mandó dar luego garrote por mentiroso. Y la principal cosa por que le hizo matar fue, que cuando trujeron a este mercader preso del monte donde estaba escondido, el tirano le habló bien, y le preguntó por qué se huía, y le respondió que de miedo; y replicó el tirano, y le dijo que le dijese que decían dél por allá; y el Pero Núñez rehusó, y dijo que no nada; y el tirano le dijo que dijese todo lo que dél decían, y el mercader respondió: «Dicen, señor muchas cosas que...», «Decidlas y no tengáis miedo, que yo os aseguro mi palabra que no se os hará mal ninguno». Y luego, el mercader comenzó a decir: «Dicen, señor, que vuestra merced y todos los que andan en su compañía son luteranos, malos y crueles.» Y el tirano se enojó y le dijo: «Bárbaro, nescio!» Y se quitó una celada de acero que en la cabeza traía, y le amagó a dar con ella, y enojado desto lo mató.

Mandó asimismo ahorcar aquí un soldado de sus marañones, llamado Pérez, al cual halló el tirano fuera del pueblo, echado junto a un arroyo de agua, que estaba malo; y preguntándole el tirano que qué hacía allí, le respondió que estaba muy malo, y el tirano le dijo: «Luego, desa manera, señor Pérez, no podréis seguir esta jornada; bueno será que os quedéis.» Y el Pérez le dijo: «Sea como vuestra merced mandare.» Y vuelto el tirano a su posada, mandó luego a sus ministros que le trujesen a este soldado, diciendo: «¡Tráiganme acá a Pérez, que está malo; curarlo hemos y hacerle hemos algún regalo!» Y traído, le mandó luego ahorcar, porque quisiera este maldito que ninguno mostrara voluntad de quedarse, sino que todos le siguiesen, aunque fuese arrastrando; y después de muerto, le pusieron un rótulo en los pechos que decía: Por inútil y desaprovechado.

Rogáronle los más de sus capitanes por este soldado, que le diese la vida; y respondió muy enojado, que nadie le rogase por hombre que estuviese tibio en la guerra. Hallaron en este pueblo de la Burburata algunas mercaderías enterradas y escondidas, de paño y de lienzo y cosas de comer, y muchas pipas de vino, todo lo cual los dichos tiranos comieron y robaron; y no contentos con beber el vino en más cantidad que habían menester, cocían con ello la carne y guisaban sus comidas; y hubo algunos que desfondaban las pipas por una parte y se metían desnudos en ellas a lavarse, y en bateas se lavaban muchos los pies las más de las noches; cierto, cosa de gran destrucción y lástima.

Estando ya de camino para la Valencia el perverso tirano, se huyeron dos soldados que habían deseado siempre el servicio de Su Majestad; el uno llamado Pedrarias de Alместo, y el otro Diego de Alarcón, a quien siempre el tirano había traído desarmados, por no se fiar dellos, y porque entendía el tirano que no le habían de ser amigos; y como los echó menos, hizo grandes bramuras, diciendo blasfemias, y que si él creyera a sus amigos, él los hubiera hecho pedazos; y mandó luego detener el campo otros dos días en el pueblo, y envió a prender a Chaves, el alcalde que antes había preso, y trayéndole delante dél le dijo: «Sabed que si no me buscáis los dos soldados que se me han huido, que es el uno Pedrarias y el otro Alarcón, que os tengo de llevar vuestra mujer é hijos, y la mujer de don Julián de Mendoza, vuestra hija; por eso, abrí el ojo y hacé lo que digo, si queréis excusar que no haya una gran crueldad en vosotros.» Y el dicho Alcalde, con gran diligencia, procuró de buscar a los dichos soldados; y como en aquellos dos días no los pudo hallar, el perverso tirano les llevó las mujeres al dicho Alcalde y Alguacil mayor, don Julián, y dejó el pueblo quemado y destruido y robado, y las mujeres todas a pie, que serían diez o doce; y caminando hacia la Valencia, llevaba los tiros de artillería y municiones en los caballos que allí había habido, y los soldados cargados con sus armas y hatos y comida. En este pueblo dejó, de su propia voluntad, tres soldados enfermos, que se decía uno Paredes y otro Ximénez y otro Marquina.

Luego que los vecinos de la gobernación de Venezuela supieron que el tirano había desembarcado en la Burburata, y pretendía entrar por la tierra adentro, temiendo sus crueldades y maldades, de que ya estaban los vecinos de la Venezuela avisados, y de Barchicimeto, que son los dos pueblos más cercanos a la mar, y camino por do el tirano había de pasar, se huyeron al monte llevando consigo sus mujeres é hijos y hacienda, no les pareciendo que eran parte para se poder defender; pero los vecinos de la ciudad de Tocuyo, que están más lejanos de la mar, que es donde residía al presente el Gobernador, que era el licenciado Pedro Pablo Collado, tuvieron más ánimo y mostraron más valor; y todos ellos, con su Gobernador, acordaron que, poniendo sus mujeres é hijos en cobro, ellos aventurasen sus personas a todo peligro, por servir a Dios y a su Rey. Y luego el dicho Gobernador nombró oficiales de la guerra en nombre de Su Majestad; e hizo Capitán general a un Gutiérrez de la Peña, vecino del dicho Tocuyo, y que había sido gobernador en el Tocuyo antes que el licenciado Collado; y asimismo hizo a otros vecinos capitanes y alférez. Y luego el dicho Gutiérrez de la Peña, capitán general, juntó toda la gente del Tocuyo, en que había solos cuarenta y dos hombres de caballo con lanzas y escampiles, y adargas de cueros de vaca crudos y, con el estandarte Real alzado, se partió para la ciudad de Barchicimeto, que es doce leguas del dicho Tocuyo, hacia la mar, de manera que salieron al camino al tirano, apellidando y enviando a llamar toda la

gente que había en la dicha gobernación, de los pueblos de Nira y Coycas y otras partes; y previniendo asimismo al capitán Pero Bravo, que estaba cuarenta leguas del pueblo de Tocuyo en otro pueblo llamado Mérida, término del nuevo Reino de Granada, y llegados a Barchicimeto, se aposentaron en el pueblo, y los vecinos dél, que andaban al monte, sabida la nueva de la venida del General y vecinos del Tocuyo, se vinieron a juntar con ellos, que serían con los unos y con los otros ochenta hombres de a caballo, con las armas y aderezos que habemos dicho; y poniendo las guardias y espías en los caminos para que los tiranos no pudiesen venir sin que ellos lo supiesen y entendiesen, y alzando de los caminos todos los ganados y comidas que se pudieron alzar, esperaron allí al tirano. Y desde a pocos días vino al pueblo de Coycas un Diego García de Paredes, vecino del dicho pueblo de Coycas, con algunos otros, sus amigos, y traían tres o cuatro arcabuces, que era la mayor fuerza de la gente de Venezuela, y con su venida se holgaron mucho, y le dieron el cargo de Maese de campo de Su Majestad, y cada día venían gentes de toda la Gobernación a servir a Su Majestad.

Partido el tirano de la Burburata la vía de la Nueva Valencia, como se ha dicho, aquel día, yendo caminando por la playa de la mar, vieron venir una piragua que venía hacia el pueblo de la Burburata, y parecíales que venía en ella gente española; y pensando hacer el tirano alguna presa, caminando un poco adelante hacia una sierra, ya que se vido encubierto de la vista de la mar, paró e hizo alojar allí su campo; y siendo de noche, el mismo tirano tomó consigo veinticinco ó treinta arcabuceros, y volvió al dicho pueblo, y dividiendo la gente que llevaba, unos por una parte y otros por otra, mandó buscar las casas del pueblo, y que prendiesen a cuantos hallasen; y él solo se puso también a buscar por su parte, y no hallaron a nadie. Y, ciertamente, los que aquella noche fueron con él, no sé yo cómo se pueden excusar de culpa, porque nunca hasta allí había habido mejor coyuntura para le matar, si los que allí iban desearan el servicio de Su Majestad, y principalmente el de Dios; porque el tirano se quedó sólo buscando las casas, y con el abundancia de vino que había, se emborrachó, y cualquiera con facilidad lo pudiera matar allí, que estaba fuera de la guardia de sus amigos; pero ellos no quisieron ó no se atrevieron. Pudo ser que no cayesen en ello, ó que Dios no fuese servido que por entonces muriese. Y desta vuelta que hizo a la Burburata se le huyeron otros tres soldados de sus marañones, llamados Rosales, Acosta, Jorge de Rojas; y con el mucho vino que llevaban en el cuerpo, el tirano y sus compañeros, no los echaron de menos hasta la mañana.

En el entretanto que el tirano volvió a la Burburata, hubo en su campo algún alboroto y revueltas, y la causa fue ésta. En el lugar del alojamiento había falta de agua, y fuéronla a buscar a unas quebradas de montañas lejos de allí, adonde ciertos indios del servicio de los dichos tiranos hallaron en el monte cierta ranchería de gente que estaba por allí escondida, los cuales se huyeron, sintiendo la gente que buscaba el agua. En esta ranchería hallaron cierto ható y cosas que los que allí estaban, con la prisa de huir, se habían dejado, y entre estas cosas, una capa conocida de un Rodrigo Gutiérrez, marañón, que habemos dicho que se pasó al fraile con Monguía, y una probanza de abono que había hecho ante la justicia de la Burburata; y en esta probanza había sido testigo el Francisco Martín, piloto, que habemos dicho también que era de los Monguía y se había vuelto a servir al tirano a la Burburata; y como se leyese la probanza y se viese en ella el dicho de Francisco Martín, que abonaba mucho al Rodrigo Gutiérrez, un mayordomo del

tirano Lope de Aguirre, y a quien él había dejado el cargo del campo cuando el tirano volvió a la Burburata, enojado del dicho Francisco Martín, piloto, por lo que había dicho Rodrigo Gutiérrez, le dio de puñaladas, y acudiendo otros amigos del tirano, lo acabaron; y un soldado, llamado Arana, de los amigos y paniaguados del tirano, le tiró un arcabuzazo, y errando al dicho Francisco Martín, dio a otro soldado que estaba cabe él, preso, que decían que se había querido huir aquella noche, que se llamaba Antón García, y le mató; y ansimismo murieron ambos a dos. Algunos, y los más del campo, tuvieron por muy cierto que el dicho Arana quiso matar al dicho Antón García, so color de que tiraba al otro; y así, al dicho Arana no se le dio nada, y dicen que dijo que se fuese el que él mató a su cuenta, que el General, su señor, lo ternía por bien; y a esta causa hubo los alborotos, porque unos loaban lo hecho y otros lo vituperaban; pero el dicho Arana, como buen amigo y servidor del tirano, fue a muy gran priesa a la Burburata y avisó al tirano de lo que pasaba en su campo, y él se volvió allá con toda brevedad, y se holgó de lo hecho. Otro día, por la mañana, partió de allí, prosiguiendo su viaje para la Nueva Valencia, adonde, por el mal camino y aspereza de la tierra, los soldados dejaron en ella la mayor parte del hato que llevaban a cuestras; y asimismo se quedaron allí ciertos tiros de artillería de hierro que no los pudieron subir las cabalgaduras que llevaban. Trabajaron mucho el tirano y sus secuaces y amigos en subir la munición, cargándola y descargándola muchas veces, y aliviando las cargas a las cabalgaduras que se les cansaban, y repartían entre sí las cargas y ellos las llevaban a cuestras; y el mismo Lope de Aguirre iba cargado también con harto peso de la dicha munición; y trabajó aquí tanto, que cayó malo, y tanto, que el día que llegó a la Valencia, se apeó de un caballo en que iba, no se pudiendo tener en la silla, y se tendió en el suelo como muerto, y algunos soldados que con él se hallaron lo llevaron ellos mismos a cuestras, y otros le hacían sombra a manera de palio con una bandera; cosa, cierto, vergonzosa y mala, y de que no se pueden escapar de que tenían mucha culpa, porque entonces llevaba muy poca guardia, y fuera cosa muy fácil matarle, porque como él estaba malo, había enviado adelante a la Valencia todos sus amigos para que tomasen el pueblo; y aún dicen que el dicho tirano, fatigado con su enfermedad, les decía a veces: «¡matarme, matarme!» que tampoco podía ir en la hamaca; y en viendo alguna sombra, se arrojaba en ella y se tendía en el suelo; y así le llevaron a cuestras más de media legua, y algunos de los que agora blasonan y se publican por muy servidores de Su Majestad. Y esto no lo vide yo, porque andaba en los montes huido con mi compañero Diego de Alarcón, porque hasta que me prendieron y volvieron al tirano, no supe nada desto, como adelante se contará. Y desde a pocos días, el tirano convalesció y quedó bueno de su enfermedad. Hallaron este pueblo de la Valencia también despoblado como el de la Burburata y a la redonda dél se hallaron ciertas yeguas y potros. Aquí se estuvieron veinte días ó más, domando las cabalgaduras, que todas eran cerreras, para llevar su artillería y munición, y para encabargar algunos de sus capitanes y amigos. Y como viese el tirano que toda la gente de los pueblos por donde hasta allí había venido se huían, y ninguno se venía a él, como pensaba, blasfemaba, y renegando, decía muchas veces que no creía en tal, si la gente de aquella tierra no eran peores que bárbaros, y pusilánimos y cobardes; y que ¿cómo era posible que nadie hasta allí se les hubiese pasado, y que aquestos solos rehusasen la guerra, que desde el principio del mundo los hombres la habían amado y seguido, y aún en el cielo la había habido entre los ángeles cuando echaron dél a Lucifer? Y así se quejaba desto este tirano, como si él fuera bueno y llevara alguna impresa justa y santa.

En este pueblo de la Valencia mandó ahorcar un soldado de sus marañones, llamado Gonzalo Pagador, porque salió un tiro de arcabuz del pueblo a coger cierta fruta que llaman papayas, porque había mandado que nadie saliese sin su licencia, y mandolo colgar del mismo árbol que había cogido la fruta.

Pasado esto, los soldados que atrás dijimos que se huyeron de la Burburata, de los dos primeros, el uno llamado Pedrarias de Alместo, y el otro Diego de Alarcón, habiendo pasado grande hambre y sed por las montañas, escondiéronse deste perverso tirano; ya cansados del mucho trabajo, acordaron, por mejor servir a Su Majestad, de salir al pueblo de la Burburata, apellidando la voz del Rey, y hacer a los vecinos del dicho pueblo que alzasen bandera por el rey don Felipe, nuestro señor; y así lo pusieron por obra; y un día, a medio día, entraron en la plaza del dicho pueblo de la Burburata, y poniéndose en medio della los dichos dos soldados, comenzaron a dar voces diciendo: «¡Quién está en este pueblo, salga a servir al Rey, que a eso venimos; y álcese bandera por el Rey, nuestro señor, que aquí nos juntaremos gente para destruir a este perverso tirano!» Y acabado de decir esto, salieron de sus casas siete u ocho vecinos y soldados, mostrando voluntad de hacer lo que el dicho Pedrarias y Alarcón estaban diciendo. Y por más asegurarlos, vienen el alcalde Chaves y don Julián de Mendoza, alguacil mayor del pueblo, con sus varas, diciendo: «¡Caballeros, viva el Rey, que por él tenemos estas varas, y hacerse ha como vuestras mercedes lo dicen!» Y, como se vieron del dicho Pedrarias y Alarcón, arremetieron con ellos los vecinos y alcalde y alguacil mayor, con grandes voces, diciendo: «¡Sed presos, traidores! ¡Viva el general Lope de Aguirre!» Y el Pedrarias, como vido la traición, comenzó a defender con su espada; y prendieron a Diego de Alarcón; y al Pedrarias, viendo que se defendía como podía, cargaron todos del Alarcón, y le dejaron, y no le prendieron por entonces. Y luego echaron muchas prisiones al dicho Alarcón, y el Pedrarias se tornó a huir al monte, adonde anduvo otros cuatro días; y como le aquejaba la hambre, hobo de venir a buscar comida de noche, a una estancia en la cual le tenían puestas espías; y a cabo deste tiempo, a media noche, le tomaron dentro en un bohío, y allí le prendieron el don Julián con otros cuatro del pueblo, y lo trujeron adonde estaba preso el Diego de Alarcón, y les echaron dos colleras de hierro a cada uno, y una cadena que, a ser de oro, había bien para gastar; y les contaron por qué lo hacían, y que era porque el tirano les había llevado sus mujeres, y que las querían rescatar a trueque de sus cabezas, pues el tirano se las llevaba. Y porque Pedrarias preguntó al alcalde Chaves que por qué tenía la vara del Rey en la mano, siendo tan gran traidor, fue el Alcalde y tomó una lanza que estaba allí, cabe él, y le tiró una lanzada, estando con la cadena y unas esposas a las manos. Y viendo el Alcalde la presa que habla hecho, dio luego aviso por la posta al perverso tirano, para que enviase gente por ellos; y como vido que tardaban, apercibió la gente del pueblo y les mandó, de parte de Su Majestad, que llevasen los dichos dos soldados y los entregasen al dicho tirano Lope de Aguirre. Y el Pedrarias y Alarcón pidieron confesión a un clérigo que se había hallado allí a aquella sazón, el cual rehusaba de hacerlo por miedo del tirano, y en fin, confesó a los dichos dos soldados; y luego la gente que estaba apercebida para ir en guarda destos dos soldados, y con ellos el alguacil mayor don Julián de Mendoza, a media noche, hicieron que comenzasen a caminar el Alarcón y Pedrarias, y los llevaron en una cadena, y cada uno con dos collares al pescuezo; y después de haber caminado como seis leguas aquella

noche y el día siguiente, estando ya como tres leguas o cuatro de la Valencia, donde estaba ya el tirano alojado, el uno dellos, llamado Pedrarias, llamó al D. Julián para que le pusiese bien la cadena, con propósito de le quitar la espada y darle con ella, o soltarse de las prisiones, y habíale sucedido bien, sino que su compañero se estaba quedo y decía: «¿para qué es eso, sino morir como cristianos?» Y el dicho Pedrarias, como vido que no había podido salir con lo que quiso hacer, se echó en el suelo y les rogó muy encarecidamente que le cortasen allí la cabeza, porque con ella cumplirían, y les darían sus mujeres, porque no determinaba de ir a dar aquel contento a Lope de Aguirre y a otros traidores; que por mayor pena tenía aquello, aunque no lo hobiesen de matar, que no morir antes de llegar allá. Y viendo los que lo llevaban que no quería caminar, sino morir allí, acordaron entre todos de cortarle la cabeza; y así le dieron a escoger que dijese como quería que lo matasen, y él respondió que para hacer mas presto, que amolasen un cuchillo o una espada, y que le degollasen con ella; y así lo pusieron por, obra, que el D. Julián de Mendoza tomó una espada ancha que llevaba, y la amoló en una piedra junto a un arroyo que allí estaba, y se vino al dicho Pedrarias y le tornó a rogar que caminase, y que quizá podría ser en aquel comedio hobiese remedio; y el Pedrarias le respondió que lo soltase, pues él había venido a servir al Rey, y que aquello que hacían era gran traición; y el D. Julián respondió que más quería su mujer, que después, a Roma por todo. Y así dijo el Pedrarias: «Pues hacé lo que habéis de hacer, que yo soy muy contento; que yo muero por lo que estamos obligados, que es por servir a Dios y al Rey.» Y el D. Julián le tomó por la barba diciendo que dijese el credo; y respondió: «Creo en Dios y que sois un gran traidor.» Y diciendo esto, pasó los filos de la espada dos o tres veces por la garganta, y como la sangre saltó, el D. Julián se cortó y turbó, y no hizo más; y el dicho Pedrarias se quedó desangrando con una grande herida en el pescuezo, y así creyendo que lo había degollado, lo dejaron estar toda aquella noche, hasta que amanesció; y como fue Dios servido que no pasasen los filos el gasnate, quedó vivo; y viendo que estaba de aquella manera, tornáronle a rogar que llegase adonde el tirano estaba, y aunque no quería, sino que le acabasen de matar, a ruego de todos, caminó y llegaron adonde el tirano estaba, al cual hubo algunos de sus amigos que, como supieron la llegada destes dos soldados, le pidieron albricias al tirano por su venida; que todo lo que se va diciendo es bien público, y por probanzas parescerá más bastantemente declarado. Así que, llegados a la Valencia, mandó el tirano a parte de sus amigos, y a otros que no lo eran tanto, para que metiesen prenda, que ántes de llegar adonde estaba, les diesen de agujazos y los hiciesen pedazos; y así, salieron ciertos, que no se dicen sus nombres, y comenzaron a decir a los dos soldados: «¿Pues cómo en poder de nuestros enemigos nos dejábades y os íbades al Rey? ¿Qué pensábades?» Y el Pedrarias respondió, ya más fuera de juicio: «Y pues que hayamos de morir, ya está hecho; ¿qué remedio?» Y estando en esto, llegó nueva del tirano Lope de Aguirre que los llevasen delante dél, que les quería hablar; y así, aquestos sus ministros, no tuvieron lugar de ejecutar sus intenciones ruines, y lleváronlos delante el tirano, el cual les dijo: «Pues ¿qué es lo que habéis hecho? Pues, por vida de Dios, que venís a buen tiempo, que yo tenía prometido de dos marañones de sus pellejos hacer un atambor, y agora se cumplirá; y veremos si el rey D. Felipe, a quien fuistes a servir, si os resucitará; que, por vida de Dios, que ni da vidas ni sana heridas.» Y luego se entró en el aposento adonde estaba su hija, a poner una cota y celada; y quieren decir que fue, cierto, la hija la que le rogó que no matase a Pedrarias, y que por su ruego lo hizo. Y así, cuando salió de su aposento, contó cierto que en todos los romanos, del cual nunca se

acuerda ninguno de qué manera fue, porque unos estaban con gran pesar de ver a los dos soldados en el paso tan peligroso, y otros que se cree que de gozo no cabían por ver en qué entender; y en fin, acabado su cuento, arremetió con el dicho Pedrarias y lo abrazó diciendo: «A éste quiero dejar vivo, y a ese otro hacedlo luego pedazos.» Y luego al Diego de Alarcón lo tomaron entre aquellos crueles sayones, y un Carrión, mestizo, alguacil mayor del campo, y le llevaron desde la posada del tirano por las calles, y entre los toldos del campo con un pregonero que decía en alta voz: «Esta es la justicia que manda hacer Lope de Aguirre, fuerte caudillo de la gente marañona, a este hombre, por servidor del Rey de Castilla. Mándale hacer cuartos. Quien tal hizo que tal pague.» Y así, le cortaron la cabeza, y hecho cuartos lo pusieron en palos en una manera de plaza, y la cabeza en el medio en el rollo; y decía a voces el tirano, con muchos soldados alrededor de la cabeza del Diego de Alarcón: «¡Ah, caballeros soldados, que nescio quedara Pedrarias si estuviera como su compañero, que no viene el Rey de Castilla a resucitarle!» Y al Pedrarias le decía que abriese el ojo, que ni el Rey le diera la vida, ni le sanaría la herida. Y luego mandó curar al dicho Pedrarias de Almesto, y le perdonó, echándole cargo que mirase lo que había hecho por él, que, cierto, fue cosa de gran milagro que Dios había inspirado en el tirano para no usar de su gran crueldad; y cosa que es insólita, y que hasta allí el dicho tirano no había usado con otro ninguno; y luego le dieron seis puntos en la herida al dicho Pedrarias de Almesto, de la cual se pensó muriera.

Envió deste pueblo el dicho tirano a su capitán, Cristóbal García con gente a una laguna muy poderosa que estaba cerca de Valencia, y llámase esta laguna Carigua; que hay en ella muchas islas pobladas de indios, que le habían dicho al tirano que algunos vecinos de la Valencia estaban allí escondidos, y que tenían consigo la mayor parte de la ropa y hacienda de todo el pueblo, y les mandó que en todo caso procurasen de entrar dentro, y prendiese a los que hallase, y trujese la ropa; y fue Dios servido que no hubiese efecto, porque ciertas balsas de caña que hicieron no pudieron sustentar peso sobre el agua, que luego se sumían e iban al fondo en entrando en ellas, y así se volvieron sin hacer nada. Luego vino nueva que el alcalde Chaves, de la Burburata, envió a decir al tirano que tenía preso al Rodrigo Gutierrez. Este soldado es de los que pasaron con Monguía al fraile. Y también decía el alcalde Chaves que enviase por él, el cual prendió el traidor del Alcalde en la iglesia de la Burburata, que el dicho Diego Gutiérrez se había huido a ella y metídose dentro; y allí fue el dicho Alcalde y le echó prisiones, y lo tenía a recaudo esperando a que el tirano enviase por él; el cual, como lo supo, envió luego a gran priesa y placer a Francisco de Carrión, su Alguacil mayor, con doce soldados, para que se lo trajesen; pero el dicho Gutiérrez se dio buena maña a cohechar un negro que lo guardaba, que se soltó de las prisiones antes que llegasen los que iban por él; que le valió no menos que la vida; y los dichos soldados se volvieron sin él, de que el tirano rescibió mucha pena, y riñó mucho al dicho su Alguacil mayor y soldados, porque no habían muerto al dicho alcalde Chaves, pensando que él lo había soltado. Y desde a pocos días, según se dijo, el alcalde Chaves envió a avisar al tirano por una carta suya como los vecinos de la gobernación de Venezuela se juntaban contra él, y habían alzado estandarte Real, y que convocaban toda la tierra comarcana, pidiendo socorro hasta el Nuevo reino de Granada, por lo cual el tirano apresuró su partida.

CARTA DEL TIRANO

En el tiempo que en este pueblo de la Valencia se detuvo, escribió este perverso tirano una carta para Su Majestad del rey D. Felipe, nuestro señor, tan mala y desvergonzada como él, la cual envió desde la Valencia con el padre Contreras, tomando dél seguridad, con juramento, que enviaría la dicha carta a la Audiencia real de Santo Domingo, para que de allí fuese a Su Majestad, y le dio licencia al padre Contreras para que de allí volviese a la isla Margarita. El llevó la dicha carta y la envió a Santo Domingo, como había prometido, y la carta dice desta manera:

«Rey Felipe, natural español, hijo de Carlos, invencible: Lope de Aguirre, tu mínimo vasallo, cristiano viejo, de medianos padres, hijo-dalgo, natural vascongado, en el reino de España, en la villa de Oñate vecino, en mi mocedad pasé el mar Océano a las partes del Pirú, por valer más con la lanza en la mano, y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien; y así, en veinte y cuatro años, te he hecho muchos servicios en el Pirú en conquistas de indios, y en poblar pueblos en tu servicio, especialmente en batallas y reencuentros que ha habido en tu nombre, siempre conforme a mis fuerzas y posibilidad, sin importunar a tus oficiales por paga, como parecerá por tus reales libros.

»Bien creo, excelentísimo Rey y Señor, aunque para mí y mis compañeros no has sido tal, sino cruel e ingrato a tan buenos servicios como has recibido de nosotros; aunque también bien creo que te deben de engañar los que te escriben desta tierra, como están lejos. Avísote, Rey español, adonde cumple haya toda justicia y rectitud, para tan buenos vasallos como en estas tierras tienes, aunque yo, por no poder sufrir más las crueldades que usan estos tus oidores, Visorey y gobernadores, he salido de hecho con mis compañeros, cuyos nombres después diré, de tu obediencia, y desnaturándonos de nuestras tierras, que es España, y hacerte en estas partes la más cruda guerra que nuestras fuerzas pudieren sustentar y sufrir; y esto, cree, Rey y Señor, nos ha hecho hacer el no poder sufrir los grandes pechos, premios y castigos injustos que nos dan estos tus ministros que, por remediar a sus hijos y criados, nos han usurpado y robado nuestra fama, vida y honra, que es lástima, ¡oh Rey! y el mal tratamiento que se nos ha hecho. Y así, yo, manco de mi pierna derecha, de dos arcabuzazos que me dieron en el valle de Chuquinga, con el mariscal Alonso de Alvarado, siguiendo tu voz y apellidándola contra Francisco Hernández Girón, rebelde a tu servicio, como yo y mis compañeros al presente somos y seremos hasta la muerte, porque ya de hecho hemos alcanzado en este reino cuán cruel eres, y quebrantador de fe y palabra; y así tenemos en esta tierra tus perdones por de menos crédito que los libros de Martín Lutero. Pues tu Virey, marqués de Cañete, malo, lujurioso, ambicioso tirano, ahorcó a Martín de Robles, hombre señalado en tu servicio, y al bravoso Tomás Vázquez, conquistador del Pirú, y al triste de Alonso Díaz, que trabajó más en el descubrimiento deste reino que los exploradores de Moysen en el desierto; y a Piedrahita, que rompió muchas batallas en tu servicio, y aún en Lucara, ellos te dieron la victoria, porque si no se pasaran, hoy fuera Francisco Hernández rey del Pirú. Y no tengas en mucho el servicio que tus oidores te escriben haberle hecho, porque es

muy gran fábula si llaman servicio haberte gastado ochocientos mil pesos de tu Real caja para sus vicios y maldades. Castígalos como a malos, que de cierto lo son.

»Mira, mira, Rey español, que no seas cruel a tus vasallos, ni ingrato, pues estando tu padre y tú en los reinos de Castilla, sin ninguna zozobra, te han dado tus vasallos, a costa de su sangre y hacienda, tantos reinos y señoríos como en estas partes tienes. Y mira, Rey y Señor, que no puedes llevar con título de Rey justo ningún interés destas partes donde no aventuraste nada, sin que primero los que en ello han trabajado sean gratificados.

»Por cierto lo tengo que van pocos reyes al infierno, porque sois pocos; que si muchos fuédeses, ninguno podría ir al Cielo, porque creo allá seríades peores que Lucifer, según tenéis sed y hambre y ambición de hartaros de sangre humana; mas no me maravillo ni hago caso de vosotros, pues os llamáis siempre menores de edad, y todo hombre inocente es loco; y vuestro gobierno es aire. Y, cierto, a Dios hago solemnemente voto, yo y mis docientos arcabuceros marañones, conquistadores, hijos-dalgo, de no te dejar ministro tuyo a vida, porque yo sé hasta dónde alcanza tu clemencia; y el día de hoy nos hallamos los más bien aventurados de los nascidos, por estar como estamos en estas partes de Indias, teniendo la fe y mandamientos de Dios enteros, y sin corrupción, como cristianos; manteniendo todo lo que manda la Sancta Madre Iglesia de Roma; y pretendemos, aunque pecadores en la vida, rescibir martirio por los mandamientos de Dios.

»A la salida que hicimos del río de las Amazonas, que se llama el Marañón, vi en una isla poblada de cristianos, que tiene por nombre la Margarita, unas relaciones que venían de España, de la gran cisma de luteranos que hay en ella, que nos pusieron temor y espanto, pues aquí en nuestra compañía, hubo un alemán, por su nombre Monteverde, y lo hice hacer pedazos. Los hados darán la paga a los cuerpos, pero donde nosotros estuviéremos, cree, excelente Príncipe, que cumple que todos vivan muy perfectamente en la fe de Cristo.

»Especialmente es tan grande la disolución de los frailes en estas partes, que, cierto, conviene que venga sobre ellos tu ira y castigo, porque ya no hay ninguno que presuma de menos que de Gobernador. Mira, mira, Rey, no les creas lo que te dijeren, pues las lágrimas que allá echan delante tu Real persona, es para venir acá a mandar. Si quieres saber la vida que por acá tienen, es entender en mercaderías, procurar y adquirir bienes temporales, vender los Sacramentos de la Iglesia por prescio; enemigos de pobres, incaritativos, ambiciosos, glotones y soberbios; de manera que, por mínimo que sea un fraile, pretende mandar y gobernar todas estas tierras. Pon remedio, Rey y Señor, porque destas cosas y malos exemplos, no está imprimida ni fijada la fe en los naturales; y, más te digo, que si esta disolución destes frailes no se quita de aquí, no faltarán escándalos.

»Aunque yo y mis compañeros, por la gran razón que tenemos, nos hayamos determinado de morir, desto y otras cosas pasadas, singular Rey, tú has sido causa, por no te doler del trabajo destes vasallos, y no mirar lo mucho que les debes; que si tú no miras por ellos, y te descuidas con estos tus oidores, nunca se acertará en el gobierno. Por cierto, no hay para qué presentar testigos, más de avisarte cómo estos, tus oidores, tienen cada un año cuatro mil pesos de salario y ocho mil de costa, y al cabo de tres años tienen cada uno

sesenta mil pesos ahorrados, y heredamientos y posesiones; y con todo esto, si se contentasen con servirlos como a hombres, medio mal y trabajo sería el nuestro; mas, por nuestros pecados, quieren que do quiera que los topemos, nos hinquemos de rodillas y los adoremos como a Nabucodonosor; cosa, cierto, insufrible. Y yo, como hombre que estoy lastimado y manco de mis miembros en tu servicio, y mis compañeros viejos y cansados en lo mismo, nunca te he de dejar de avisar, que no fíes en estos letrados tu Real conciencia, que no cumple a tu Real servicio descuidarte con estos, que se les va todo el tiempo en casar hijos e hijas, y no entienden en otra cosa, y su refrán entre ellos, y muy común, es: 'A tuerto y a derecho, nuestra casa hasta el techo.'

»Pues los frailes, a ningún indio pobre quieren absolver ni predicar; y están aposentados en los mejores repartimientos del Pirú, y la vida que tienen es áspera y peligrosa, porque cada uno dellos tiene por penitencia en sus cocinas una docena de mozas, y no muy viejas, y otros tantos muchachos que les vayan a pescar: pues a matar perdices y a traer fruta, todo el repartimiento tiene que hacer con ellos; que, en fe de cristianos, te juro, Rey y Señor, que si no pones remedio en las maldades desta tierra, que te ha de venir azote del cielo; y esto dígolo por avisarte de la verdad, aunque yo y mis compañeros no queremos ni esperamos de ti misericordia.

»¡Ay, ay! qué lástima tan grande que, César y Emperador, tu padre conquistase con la fuerza de España la superbia Germania, y gastase tanta moneda, llevada destas Indias, descubiertas por nosotros, que no te duelas de nuestra vejez y cansancio, siquiera para matarnos la hambre un día! Sabes que vemos en estas partes, excelente Rey y Señor, que conquistaste a Alemania con armas, y Alemania ha conquistado a España con vicios, de que, cierto, nos hallamos acá más contentos con maíz y agua, sólo por estar apartados de tan mala ironía, que los que en ella han caído pueden estar con sus regalos. Anden las guerras por donde anduvieron, pues para los hombres se hicieron; mas en ningún tiempo, ni por adversidad que nos venga, no dejaremos de ser sujetos y obedientes a los preceptos de la Santa Madre Iglesia romana.

»No podemos creer, excelente Rey y Señor, que tú seas cruel para tan buenos vasallos como en estas partes tienes; sino que estos tus malos oidores y ministros lo deben de hacer sin tu consentimiento. Dígolo, excelente Rey y Señor, porque en la ciudad de los Reyes, dos leguas della, junto a la mar, se descubrió una laguna donde se cría algún pescado, que Dios lo permitió que fuese así; y estos tus malos oidores y oficiales de tu Real patrimonio, por aprovecharse del pescado, como lo hacen, para sus regalos y vicios, la arriendan en tu nombre, dándonos a entender, como si fuésemos inhábiles, que es por tu voluntad. Si ello es así, déjanos, Señor, pescar algún pescado siquiera, pues que trabajamos en descubrirlo; porque el Rey de Castilla no tiene necesidad de cuatrocientos pesos, que es la cantidad por que se arrienda. Y pues, esclarecido Rey, no pedimos mercedes en Córdoba, ni en Valladolid, ni en toda España, que es tu patrimonio, duélete, Señor, de alimentar los pobres cansados en los frutos y réditos desta tierra, y mira, Rey y Señor, que hay Dios para todos, igual justicia, premio, paraíso e infierno.

»En el año de cincuenta y nueve dio el Marqués de Cañete la jornada del río de las Amazonas a Pedro de Orsúa, navarro, y por decir verdad, francés; y tardó en hacer navíos

hasta el año de sesenta, en la provincia de los Motilones, que es término del Pirú; y porque los indios andan rapados a navaja, se llaman Motilones: aunque estos navíos, por ser la tierra donde se hicieron lluviosa, al tiempo del echarlos al agua se nos quebraron los más dellos, y hicimos balsas, y dejamos los caballos y haciendas, y nos echamos el río abajo, con harto riesgo de nuestras personas; y luego topamos los más poderosísimos ríos de Pirú, de manera que nos vimos en Golfo-duce; caminamos de prima faz trecientas leguas, desde el embarcadero donde nos embarcamos la primera vez.

»Fue este Gobernador tan perverso, ambicioso y miserable, que no lo pudimos sufrir; y así, por ser imposible relatar sus maldades, y por tenerme por parte en mi caso, como me ternás, excelente Rey y Señor, no diré cosa más de que le matamos; muerte, cierto, bien breve. Y luego a un mancebo, caballero de Sevilla, que se llamaba D. Fernando de Guzmán, lo alzamos por nuestro Rey y lo juramos por tal, como tu Real persona verá por las firmas de todos los que en ello nos hallamos, que quedan en la isla Margarita en estas Indias; y a mi me nombraron por su Maese de campo; y porque no consentí en sus insultos y maldades, me quisieron matar, y yo maté al nuevo Rey y al Capitán de su guardia, y Teniente general, y a cuatro capitanes, y a su mayordomo, y a un su capellán, clérigo de misa, y a una mujer, de la liga contra mí, y un Comendador de Rodas, y a un Almirante y dos alférez, y otros cinco o seis aliados suyos, y con intención de llevar la guerra adelante y morir en ella, por las muchas crueldades que tus ministros usan con nosotros; y nombré de nuevo capitanes y Sargento mayor, y me quisieron matar, y yo los ahorqué a todos. Y caminando nuestra derrota, pasando todas estas muertes y malas venturas en este río Marañón, tardamos hasta la boca dél y hasta la mar, más de diez meses y medio: caminamos cien jornadas justas: anduvimos mil y quinientas leguas. Es río grande y temeroso: tiene de boca ochenta leguas de agua dulce, y no como dicen: por muchos brazos tiene grandes bajos, y ochocientas leguas de desierto, sin género de poblado, como tu Majestad lo verá por una relación que hemos hecho, bien verdadera. En la derrota que corrimos, tiene seis mil islas. ¡Sabe Dios cómo nos escapamos deste jajo tan temeroso! Avísote, Rey y Señor, no proveas ni consientas que se haga alguna armada para este río tan mal afortunado, porque en fe de cristiano te juro, Rey y Señor, que si vinieren cien mil hombres, ninguno escape, porque la relación es falsa, y no hay en el río otra cosa, que desesperar, especialmente para los chapetones de España.

»Los capitanes y oficiales que al presente llevo, y prometen de morir en esta demanda, como hombres lastimados, son: Juan Gerónimo de Espíndola, ginovés, capitán de infantería; los dos andaluces; capitán de a caballo Diego Tirado, andaluz, que tus oidores, Rey y Señor, le quitaron con grande agravio indios que había ganado con su lanza; capitán de mi guardia Roberto de Coca, y a su alférez Nuflo Hernández, valenciano; Juan López de Ayala, de Cuenca, nuestro pagador; alférez general Blas Gutiérrez, conquistador, de veinte y siete años, alférez, natural de Sevilla; Custodio Hernández, alférez, portugués; Diego de Torres, alférez, navarro; sargento Pedro Rodríguez Viso, Diego de Figueroa, Cristóbal de Rivas, conquistador; Pedro de Rojas, andaluz; Juan de Salcedo, alférez de a caballo; Bartolomé Sánchez Paniagua, nuestro barrachel; Diego Sánchez Bilbao, nuestro pagador.

»Y otros muchos hijos-dalgo desta liga, ruegan a Dios, Nuestro Señor, te aumente siempre en bien y ensalce en prosperidad contra el turco y franceses, y todos los demás que en estas partes te quisieran hacer guerra; y en estas nos dé Dios gracia que podamos alcanzar con nuestras armas el precio que se nos debe, pues nos han negado lo que de derecho se nos debía. Hijo de fieles vasallos en tierra vascongada, y rebelde hasta la muerte por tu ingratitud.

Lope de Aguirre, el Peregrino.»

Hecho esto, el perverso tirano se daba priesa a salir de la Valencia, y cuando quiso salir, una noche antes, mando que toda la gente fuese a dormir a un cercado de bahareques, de una casa donde él posaba. Aquella misma noche mandó matar secretamente tres soldados de sus marañones, uno llamado Benito Díaz, porque había dicho que tenía un pariente en el Nuevo reino, y a un Fulano de Lora y a otro Cigarra, porque los tenía por sospechosos, y temió que se le huyesen; y en la mañana, cuando de allí se partió, mandó poner fuego a una casa donde estaban los muertos; y partido de allí para Barchicimeto camino de la sierra, dejando el dicho pueblo de la Valencia todo quemado y destruido, llevando muchas cabalgaduras, y habiendo muerto muchos ganados de vacas, terneras y carneros.

EL DISBARATE Y MUERTE DE AGUIRRE

Entretanto que el dicho tirano estuvo en la Valencia domando potros, que fue primero su oficio en Pirú, los más vecinos de la gobernación de Venezuela se allegaron y recogieron en la ciudad de Barchicimeto, donde estaba su Capitán general; y allí se juntaron en pocos días más de ciento y cincuenta de a caballo, deseosos de servir a su Rey y defender sus casas y haciendas de tan mal tirano; y estuvieron casi mes y medio esperando la venida del tirano. Y en este tiempo, estando todos suspensos, y temerosos y dudosos, que no sabían del dicho tirano, ni dónde estaba, ni qué hacía, ni por dónde ni cuándo había de venir, y que cada día se aumentaba la fama de sus crueldades, que no dejaba de ponerles harto miedo, fue Dios servido que les trujo a su campo uno de sus marañones, que había venido con los dichos tiranos hasta la isla Margarita, y desde allí se había huido llamado Peralonso Galeas, hombre viejo y de crédito, el cual procuró de pasar en una canoa a Tierra-Firme, y desde Maracapana a la Burburata, y a la Valenciana, donde estaba escondido cuando llegó el tirano allí; y dejándolo en la Valencia, se vino a Barchicimeto al campo de Su Majestad; y algunos del dicho campo, como estaban temerosos y recatados, dijeron que no se debían fiar del dicho Peralonso, que podía ser echadizo para que los espíase; y pusieron en él sospecha, y echaban diversos juicios; pero tratándole y conversándole, en su poca malicia conocieron su lealtad, y se holgaron con él mucho, porque les dio particular cuenta del dicho tirano y de su gente, y de las armas y municiones y artillerías que traían, y el número de la gente, que todos deseaban saber; y les dio esperanza cierta de victoria, diciéndoles que, sin les dar batalla, los destruirían, porque los demás hombres de bien que traía el tirano, viendo el campo y estandarte real

de Su Majestad, se pasarían a él, porque estos tales deseaban mucho servir a Su Majestad; salvo algunos que eran amigos del tirano y estaban prendados, que estos no serían más de hasta sesenta o pocos más. Con estas nuevas, se les quitó a los del campo de Su Majestad gran parte del temor que tenían, y rescibieron gran contento, porque les habían dicho, y ellos creían, que el tirano traía mucho más poder del que el dicho Peralonso les había dicho y certificado; y con esto, lo creyeron e hicieron mucha honra, y de allí lo enviaron al Tocuyo, y que diese cuenta a su gobernador Pablo Collado, que estaba enfermo del corazón, según se entendió por lo susodicho.

Partido ya el tirano de la Valencia, como habemos dicho, y caminando para Barchicimeto, en el camino se le huyeron ocho o diez soldados y se fueron al monte; y visto por el tirano, blasfemaba y renegaba y hacía bramuras, y dijo sospirando: «¡Oh, pese a tal que bien he dicho yo que me habíades de dejar al tiempo de la mayor necesidad. ¡Oh, profeta Antoñico, que profetizastes la verdad, que si yo a ti te hubiera creído, no se me hubieran huido estos marañones! Y esto decía por un muchacho, llamado Antoñico, que servía al dicho tirano, el cual le quería mucho; y el muchacho le decía muchas veces que no se fiase en los marañones, que se habían todos de huir y dejarlo; y cada vez que se le huía alguno, luego acudía al profeta Antoñico y decía: «Veis aquí quien me ha profetizado esto muchos días ha.» Pero un su almirante, Juan Gómez, tan perverso como él, y aún creo que peor, le dijo: «¡Oh, pese a tal, Señor, qué bueno andaba vuestra merced el otro día, si como fueron tres fueran treinta!» Y esto decía por los tres soldados que había muerto al partir de la Valencia. Y dijo más este dicho Juan Gómez: «¡Oh, pese a tal, señor, que hay por aquí muchos y buenos árboles!» Desde a dos o tres días que caminó, dió en unas rancheras de negros de los vecinos de la Gobernación, y por hacer comida, se detuvo allí un día, y principalmente por recoger los dichos negros, de los cuales él se pensaba ayudar, y traía en su campo quince o veinte dellos con su Capitán general, a los cuales decía que eran libres, y que a todos los que se le juntasen había de dar libertad; y hacíales tan buen tratamiento, y aún mejor, que a los españoles; y ellos, con este favor, hacían fuerzas y robos, y muertes, y otros daños y males; y el tirano se holgaba dello, y aún para más les daba licencia; pero aquí le salió en vano su trabajo, porque los dueños de los negros, sabida su venida, los habían puesto en cobro. Otro día, siguiendo su camino, le llovió un aguacero pequeño al subir de una cuesta pequeña, que como era agria y estaba lodosa, y las cabalgaduras que traían sus cargas y municiones eran las más yeguas cansadas, resbalaban y caían, sin poder dar paso adelante; lo cual, visto por el tirano, dijo tantas blasfemias contra Dios y sus Santos, que a todos los que lo oían ponían temor y espanto; y dijo muy enojado: «¿Piensa Dios que porque llueva no tengo de ir al Pirú y destruir al mundo? pues engañado está conmigo.» Y estas y otras semejantes blasfemias duró hasta que acabaron de hacer en toda la cuesta escalones, con azadones, y las cabalgaduras acabaron de subir. Entretanto que él aquí se detuvo, los de su vanguardia, que no supieron nada, caminaron mucho, que pensaban que todos les seguían; y cuando el tirano acabó de subir arriba, y no vido casi ningún soldado, comenzó a blasfemar otra vez de veras, y dijo a Juan de Aguirre y a su Capitán de la guardia, y a otros amigos que estaban con él: «Yo, señores, os profetizo que si en esta Gobernación no se nos allegan cuarenta o cincuenta soldados, que no lleguemos al reino, según las voluntades que en mis marañones conozco.» Y fue con grande enojo y a gran priesa hasta alcanzar la vanguardia, y ultrajando y vituperando los soldados y capitanes, los hizo

volver atrás a lo alto de la cuesta. Llegado al valle que dicen de las Damas, lleno de maíz, junto a un río, de que el tirano se holgó mucho, que ya les comenzaba a faltar la comida, y para hacerla, se detuvieron aquí un día. Aquí dicen que, desabrido y desconfiado de sus marañones, entró en consulta con sus capitanes y amigos, y determinaba matar a todos los sospechosos y enfermos, que serían más de cuarenta, y quedarse con cien soldados de los más sus amigos; pero algunos de la dicha consulta le fueron a la mano, movidos por Dios, que no consintió que tal crueldad se efectuase; y así cesó por entonces éste su mal propósito. Otro día, de mañana, partido de allí, caminó con gran priesa hasta la noche, y paró junto a una acequia de agua, y este día vido corredores del campo de Su Majestad que estaban en Barchicimeto, ocho leguas de allí; porque, sabido en el dicho campo la venida del tirano, salió el Maese de campo, Diego García de Paredes, a los reconocer y hacer algún daño, si hallase coyuntura, con catorce o quince de a caballo. Aquí en este valle, en un paso de montaña, se encontraron de repente los unos con los otros, y los tiranos dieron arma en su campo, y los del Rey, como lo vieron, quisieron revolver tan presto para atrás, que como venían unos tras otros, y el camino era estrecho, y de monte, con la priesa del revolver, unos a otros se embarazaron y se hicieron gran estorbo, de manera que, antes que se desembarazasen, dejaron allí dos lanzas y ciertas caperuzas monteras que, con la priesa, se les cayeron, y se retiraron atrás a unas cabañas, donde durmieron aquella noche.

Por el dicho tirano vistos los corredores del campo de Su Majestad, todos se pusieron en arma, y el tirano Lope de Aguirre mandó poner la gente a punto, y que los arcabuceros encendiesen las mechas, que los tomaron descuidados los dichos corredores, tanto, que no se halló en todo su campo más de una a dos mechas encendidas; y descansando el tirano en aquella acequia tres o cuatro horas, estuvo mofando y burlando de la gente del campo de Su Majestad, así de las lanzas que se les cayeron, como de las monteras, que las más eran de algodón, muy viejas y grasientas, y decía a sus soldados: «¡Mirad, marañones, a qué tierra os has traído la fortuna, y dónde os queréis quedar y huir! ¡Mirad que monteras los galanes de Meliola! ¡Mirad qué medrados están los servidores del Rey de Castilla!» Y a cabo deste tiempo, con la luna que hacía clara, caminó toda la noche, llevando puestas guardas secretas a los soldados que tenía por sospechosos, porque no se les huyesen; y ya que llegaban cerca donde estaban durmiendo los corredores del campo de Su Majestad, fueron dellos sentidos; y viendo ellos que ya no podían hacer ningún daño al dicho tirano, porque ya los habían visto, se fueron a su campo y dieron nueva de la breve venida del tirano; y sabido, entre todos fue acordado que, porque el campo estaba alojado dentro del pueblo, y si allí el tirano les acometiese de noche o de día, les ternía gran ventaja, por ser todos ellos arcabuceros, y que las casas y paredes les eran reparo, y los del campo de Su Majestad eran todos de a caballo; y por esta causa acordaron que el campo se mudase de allí y se saliese a la hora so cerca de unas cabañas anchas y llanas que están junto del dicho pueblo, para poderse mejor aprovechar de los caballos, y se alojaron en una quebrada en medio de las dichas cabañas, adonde tenían agua, y llevaron todo el bastimento necesario para ellos y sus caballos.

Caminó el dicho tirano Lope de Aguirre con su gente toda la noche y otro día hasta hora de vísperas, sin parar, y a esta hora, ya que estaban legua y media de Barchicimeto, paró y se alojó por allí aquella noche, y mandó asentar su artillería al camino del dicho pueblo;

y puesta su guardia y centinelas, envió desde allá una carta a los vecinos de Barchicimeto con un indio ladino del Pirú, en que les decía que no se huyesen ni dejasen su pueblo, que él les prometía que a nadie haría mal ni daño, y que no quería dellos ni de toda la Gobernación más de la comida y algunas cabalgaduras, pagándoselas; y que el que de su voluntad le quisiese seguir e ir con él, que le haría buen tratamiento en todo, y le daría de comer en el Pirú; y que si se huyesen dél, les prometía de quemar y asolar el pueblo y destruirles los ganados y sementeras y hacer pedazos todos los que dellos pudiese haber.

Durmió el tirano allí aquella noche con toda su guardia y buenas velas, y otro día, por la mañana, que fue miércoles, veinte y dos de octubre de mil y quinientos y sesenta y un años, caminó hacia el pueblo de Barchicimeto, y mandó públicamente a todos los suyos que cualquier soldado que saliese del campo tres pasos, que le matasen a arcabuzazos; y ya que llegaba cerca del campo de Su Majestad y del pueblo, vido la gente del Rey muy cerca de sí, que le estaba aguardando en lo alto de una barranca del otro camino, al cabo del pueblo, de manera que entre los unos y los otros estaba el pueblo; y el tirano, aguardando en la playa de un río que es allí junto, y recogiendo su gente y poniéndola en ordenanza, y los de quien él más se fiaba en la vanguardia, y con todas sus banderas tendidas, que eran seis, las cuatro de campo y las dos estandartes, comenzó a caminar hacia ellos con el recuaje y servicio puesto a las espaldas de sí; y ya que llegaba cerca, mandó disparar gran salva de arcabucería, echándoles grandes cargas para que diesen mayores respuestas, pensando con aquello poner temor a los contrarios; y mandó luego dar otra vez carga, y que cada arcabucero echase pelotas con alambre para que hiciesen más daños, que son desta manera; dos pelotas de plomo, y asidas la una de la otra con un hilo de alambre, algo grueso, de largo de palmo y medio, en manera que no se pudiesen deshacer; y así tiradas, van cortando y despedazando cuanto topan. La gente del campo de Su Majestad, viendo los tiranos ya cerca de sí, comenzaron a bajar del barranco a lo llano, con estandarte Real alzado, y caminaron hacia ellos, y los tiranos asimismo, de manera que en el dicho pueblo se juntaron, y entre las casas y calles dél se trabó entre los unos y los otros una escaramuza, de manera que faltó poco para venir en rompimiento; pero los capitanes del campo de Su Majestad lo estorbaron y hicieron retirar su gente, aguardando mejor coyuntura; y, cierto, fue buen acuerdo, porque si entonces rompieran, no pudieran dejar de rescibir grandísimo daño, porque la gente del tirano eran todos arcabuceros, y tenían por reparo las casas y bahareques del pueblo; y viendo a los del Rey venir tan determinados, y no sabiendo su intención, ni si hallarían en ellos misericordia, si se les pasasen, por ventura pelearan todos con buenas ganas, y sabe Dios lo que fuera; y así, los del campo de Su Majestad se tornaron a retirar a la barranca, y el tirano se quedó en el pueblo, y alojó su campo en una cuadra cercada, de alto de más de dos tapias, almenado todo a la redonda, que eran las casas del capitán Damián de Barrio, vecino de dicho pueblo; lo cual hizo, lo uno por estar más guardado de la gente de caballo, y lo otro por tener allí guardados los sospechosos, que no se pudiesen huir al campo de Su Majestad, que era lo que los hombres de bien que traía deseaban, los cuales no eran mucha cantidad.

Retirados los del campo de Su Majestad a la barranca, se estuvieron allí gran rato, por ver lo que hacía el dicho tirano y su gente, y aguardando asimismo si alguno se le pasaba, como el Peralonso les había dicho; y como nadie no venía, se volvieron a descansar a su

alojamiento, dejando sobre el campo del tirano doce de a caballo por corredores. Y en esto el Maese de campo, Diego García, con ocho de caballo, fue, sin ser visto de los dichos tiranos, y dio en su retaguardia, y les tomó cierto bagaje que venía muy atrás, y les tomó cuatro cabalgaduras con alguna ropa, y entre ello alguna munición de pólvora de su artillería, que hizo harto provecho a los del campo de Su majestad, que para los pocos arcabuces que tenían no había munición. Después de se haber aposentado los tiranos en aquel cercado, como se ha dicho, salieron algunos de sus soldados por las casas del pueblo a buscar y recoger lo que en ellas había, y en las dichas casas hallaron muchas cédulas de perdón que decían que el licenciado Pablo Collado, gobernador de aquella provincia, perdonaría a todos los que se pasasen a su Real servicio, de todos y cualesquier delitos que hubiesen cometido en la dicha tiranía, con tanto que hiciesen esto antes de dar reencuentro y batalla a la gente y campo de Su Majestad. Y algunas destas cédulas fueron a manos del tirano, que sus amigos se las llevaron; y él, haciendo juntar a toda su gente, les hizo un largo razonamiento diciéndoles que considerasen las muertes y daños que habían hecho, y que tuviesen por cierto que el mismo Rey no les podía de justicia perdonar, que cuanto menos podía un gobernadorcillo bachillerejo de dos nominativos; y que aquello era para los engañar, como habían hecho a Martín de Robles, y Tomás Vázquez, y Piedrahita y otros que, con los perdones del Rey, los ahorcaron, y que escarmentasen en cabeza ajena, pues era claro lo que les decía, y otras muchas cosas que les ponía por delante. Andando, pues, los soldados del tirano por el pueblo, después de haber recogido lo que por las casas hallaron, por mandado del tirano, sus allegados amigos les pusieron fuego; y quemándose una casa cercana de la iglesia, el fuego saltó en ella y se quemó toda, y dicen que el tirano, viendo el fuego encendido, mandó sacar los ornamentos e imágenes, y los hizo guardar; y asimesmo se quemó la dicha iglesia y casi todo el pueblo, que no quedaron sino unas pocas de casas a un lado, las cuales los del campo de Su Majestad, viniendo secretamente, las quemaron, porque estaban en daño suyo y aparejadas para que desde allí los tiranos los hiciesen daño.

Aquella noche durmieron el un campo y el otro con buena guardia, relevándose y guardándose cada una de su contrario; y otro día, jueves, al cuarto del alba, dieron los del campo de Su Majestad una arma a los dichos tiranos con cinco arcabuces solos que tenían; y el tirano, que sintió el rebato, mandó que todos callasen y estuviesen prestos; y en amaneciendo, echó el tirano hasta cuarenta arcabuceros, y les mandó que escondidamente fuesen por una quebrada arriba, y acometiesen a los que les habían dado el arma; y ellos lo hicieron tan bien, que, sin ser vistos ni sentidos, dieron sobre ellos, donde se trabó una escaramuza, y sin que hubiese ningún herido, cada cual de las partes se retiraron a su campo. Y este mismo día, jueves, ya tarde, vino al campo el gobernador Pablo Collado, que hasta entonces había estado malo en el Tocuyo, y por aquella causa no había venido, aunque hubo muchos que se lo atribuyeron a mal; y con él venía el capitán Pedro Bravo con veinte hombres de a caballo, de Mérida, los cuales, sabiendo ya que el tirano Aguirre estaba en la gobernación de Venezuela, deseosos de servir a Su Majestad y ganar honra, vinieron en socorro de los vecinos della desde la dicha ciudad de Mérida, que es término del Nuevo Reino de Granada, sesenta leguas del pueblo de Barchicimeto, y con su venida dieron gran ánimo y alegría en el campo de Su Majestad, tanto, que se contaban ya por vencedores, y no tenían en nada al tirano, y con mucha razón, porque se hallaban ciento y ochenta hombres de a caballo, y hombres de bien y de

vergüenza, y deseosos de servir a Dios y a su Rey y señor natural, y defender sus mujeres y hijos, casas y haciendas de tan malos, perversos y crueles tiranos, y morir haciendo lo que debían. En todo este tiempo no dejaban de andar corredores sobre el campo del tirano; lo uno, porque no tuviesen lugar de salir a tomar comidas ni cabalgaduras, y lo otro, porque si algunos de los del tirano se quisiesen pasar al Rey, como les había dicho Peralonso, que hallasen aparejo y socorro en los dichos corredores para guardarlos y llevarlos al campo de Su Majestad.

Algunos soldados de los que en el campo del tirano estaban, deseosos de servir a Su Majestad, y de pasarse a su campo, no tuvieron coyuntura para lo poder hacer, por estar encerrados en aquel cercado de tapias, y por la gran guardia que de noche y de día el tirano tenía de sus amigos, hasta el tercero día, que fue viernes, que se pasaron dos soldados del dicho tirano al campo de Su Majestad, con dos arcabuces; el uno llamado García Rengel, y otro Guerrero; los cuales dieron esperanza de que se pasarían otros muchos, y ayudaron con su llegada mucho, porque se acabó de confirmar lo que les había dicho Peralonso; y señaladamente dijeron estos dos soldados que se pasarían un Juan Jerónimo de Espíndola, capitán del dicho tirano, y un Hernán Centero, que estos sin falta lo harían, en teniendo lugar, con la más gente que pudiesen. Los del campo de Su Majestad hicieron buen acogimiento a los dichos soldados y les dieron caballos, y iban con los corredores a hablar a los del tirano para que pasasen. La noche siguiente envió el dicho tirano al Capitán de su guardia Roberto de Coca y al capitán Cristóbal García, con otros amigos y, paniaguados suyos, hasta sesenta arcabuceros, a que con diligencia y secreto buscasen el lugar donde estaba el campo de Su Majestad, que no lo sabían, y diesen en él, e hiciesen todo el daño que pudiesen, y tomasen los caballos, de que el tirano tenía gran falta y necesidad, y que se recogiesen luego a su fuerte, que otro día, de mañana, él saldría con la demás gente a le socorrer y hacer espaldas, aunque los más destos soldados no sabían a qué iban, mas que pensaban que a buscar cabalgaduras y ganados, que así lo habían publicado el tirano y sus amigos. Y caminando de noche en busca del campo de Su Majestad, fueron sentidos de un capitán, Romero, que venía a la sazón del pueblo de Nira, que es en la dicha gobernación, a servir a Su Majestad, con ocho o diez compañeros; y andando por aquellas cabañas en busca del campo del Rey, vio a los dichos arcabuceros; y como los vio todos a pie, conoció que eran de los tiranos; y sospechando lo que era, a gran priesa, dando voces, atinó hacia donde le pareció que podía estar el campo de Su Majestad; y topando con los corredores, les dijo lo que había visto; y él con ellos avisaron con brevedad al campo de Su Majestad que, aunque tenía buenas guardas y centinelas, estaban bien descuidados de aquello; y toda la gente cabalgó y salieron en busca de los dichos tiranos; y como no topasen con ellos en gran rato, por ser de noche, acordaron que el Maese de campo quedase con sesenta de a caballo buscando los dichos tiranos, y que si los hallasen no se quitasen de sobre ellos hasta la mañana, porque no tuviesen lugar de hacer lo que pretendían; y toda la demás gente se volvió a reposar a su alojamiento; y el dicho Maese de campo, con la dicha gente, anduvieron casi toda la noche buscándolos; pero ellos, viendo como eran sentidos y que su propósito no podía haber efecto, se escondieron en un vallete pequeño de çabana alta, donde no podían ser vistos, sino pasando por ellos. Y el Maese de campo y los que iban con él, cansados de buscarlos, y no los pudiendo hallar, se volvieron a su campo, donde estuvieron toda la noche en arma, sin reposar ni dormir, porque como sus corredores y

centinelas sentían cualquier ruido, y ya sabían que la gente del tirano andaba fuera, pensaban que eran ellos, y no hacían sino dar armas por una y otra parte.

Venida la mañana, fueron descubiertos los tiranos en la çabana, y todo el campo de Su Majestad fue sobre ellos; y no atreviéndose los del tirano a esperar en lo llano, enviaron a pedir socorro al tirano, y se retiraron a una barranca de un río que estaba cerca dellos, que es alta y de montaña, y allí se hicieron fuertes, por temor de los caballos; pero no tardó mucho el tirano Lope de Aguirre en los socorrer, que le vino nueva cómo estaban; y luego se partió del fuerte con veinte y cinco o treinta arcabuceros y la bandera de su guardia tendida, que era negra, con dos espadas sangrientas en medio della, y tocando con una trompeta y un atambor; y juntándose con la demás gente, salieron todos a lo llano, y entre los unos y los otros se trabó una hermosa y bien trabada escaramuza; y aunque los del campo de Su Majestad se iban retirando, era para sacar a los del tirano a lo llano, y desviarlos de una barranca que allí estaba, para se poder aprovechar de los caballos; y el dicho tirano los iba siguiendo a gran priesa; y desde que estuvieron apartados a su voluntad, y bien en lo llano los del campo de Su Majestad, volvieron sobre ellos con gran ánimo. Aquí se trabó la escaramuza bien brava y reñida; de suerte que la gente del tirano no tenía piquería, y así se comenzaron a turbar, viéndose acometer por todas partes, que casi los tenían cercados. Andando, pues, en la dicha escaramuza un Capitán de caballos del dicho tirano, llamado Diego Tirado, andaba encima de una yegua, y salía a hacer algunas arremetidas contra los del campo de Su Majestad, pareciéndole coyuntura, y que muy a su salvo y sin riesgo ninguno lo podía hacer; y dando una arremetida, como solía hacer, se pasó al campo de Su Majestad; y luego el tirano se comenzó a retraer, muy espantado de que el Diego Tirado se le había huido. Y para que la gente suya no cobrase ánimo para hacer lo mismo, el tirano comenzó a decir: «¡Ah caballeros, reportaos! que a Diego Tirado yo lo envío para cierto negocio que nos conviene a todos; y tené creído que no se fue sin mi licencia». Y esto hacía cautelosamente para que no le desamparasen. Y como Diego Tirado se pasó, fue llevado al gobernador Pablo Collado, y él y los demás oficiales del campo de Su Majestad se holgaron mucho con él y le hicieron mucha honra; y el dicho gobernador Pablo Collado le dió un caballo bueno en que él andaba; y como se vido a caballo el Diego Tirado, revolvió sobre la gente del tirano dando voces: «¡Ea caballeros! ¡a la bandera Real! ¡al Rey, que hace mercedes». Que, cierto, en esto él lo hizo bien para restaurar y enmendar su vida y vivir que en tiempo atrás había tenido; porque entre los hombres no debemos juzgar su intención, sino las obras que cada uno hace; y esto no lo digo sino por tratar verdad, como es justo que todo hombre de bien se precie de tenerla por principal pieza de su arnés; y porque los señores oidores me mandaron hiciese esta relación por la vía y orden que yo pudiese, y en ella declarase todo lo subcedido en aquella jornada, porque había de ser enviada desta Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada a los señores del Consejo Real de Su Majestad en corte de España. Así que quiero decir, que el dicho Diego Tirado vino a este Nuevo Reino de Granada a los señores del Consejo Real de Su Majestad, no con poca presunción y pretensión de que Su Majestad le hiciese mercedes y gratificase sus servicios, que para cada uno dellos tenía trescientos deservicios hechos; porque si él fuera bueno y verdadero servidor de Su Majestad, muchas veces lo pudo mostrar con la obra, sin aguardar al cabo y al fin del tirano; porque él fue uno de los tres primeros que entraron en el pueblo de la isla Margarita, apellidando la voz del tirano, y

prendiendo, y hiriendo, y rindiendo las justicias y gente del pueblo; y uno de los que tomaron y saquearon la Caja Real, y la hicieron pedazos; y siempre, como caudillo y capitán del tirano, tenía los buenos caballos que en el campo había, así de los que tomaron al gobernador D. Juan de Villandrando y a los alcaldes del Rey; y en los dichos caballos andaba en las estancias de la dicha isla saqueando y alanceando los vecinos della. Pues es claro y notorio a todos que en la isla Margarita ciertos indios flecheros le aguardaron un paso, porque les había quitado sus mujeres y se las traían; y los indios, por ver si podían tornar a haber sus mujeres, salieron a ellos con buenas flechas, y los hirieron a todos; que era caudillo y capitán Diego Tirado, y con él Roberto de Coca, y un Diego Sánchez Bilbao; y los indios les quitaron las mujeres, y ellos vinieron peligrosamente heridos. Y tiempo tuvo, y no poco, para hacer su pasada al campo del Rey, porque en la isla se pudiera quedar, como otros lo hicieron; e ya que no, bien pudiera dejar de pedir mercedes a Su Majestad; que decía que él solo era el que desbarató al tirano, quitando a muchos sus ventajas, que bien sabía que otros lo habían hecho; pero como sea cosa cierta que la verdad bien puede adelgazar y no quebrar, fue Dios servido que hobiese quien la procuró decir; ya estos señores de la Audiencia Real les constó ser así bastantemente, y que hobo quien se aventuró y padesció más por servir al Rey que no él; y bastara contentarse como los demás, que se fuera lo uno por lo otro. He dicho todo esto, porque hicieron cierta relación, con que vivían muy engañados muchos en decir que merecía Diego Tirado que Su Majestad le hiciese mercedes; y así las alcanzó, que por principal negocio tuvo que lo enviasen preso a la gobernación de Venezuela, remitido su negocio al Gobernador della. Y también no soy de parecer que se haga relación y la intitulen verdadera, pues en cosas van en contrario della; y en especial, cosas que han de ir a poder de Su Majestad y a los de su muy alto Consejo, han de ir muy atentadas y comprobadas por personas que hayan pasado por ello, y que se han de creer; porque de esta manera, creo, no se pueden errar de dar a cada uno el premio y galardón de lo que merecen.

En esta escaramuza que aquí he dicho que se trabó, acaesció una cosa bien de notar; que, con ser toda la gente del tirano arcabuceros, y andar con los del Rey revueltos, y tirando muy amenudo, no hirieron hombre ni caballo de los del campo de Su Majestad, y ellos, con solos cinco o seis arcabuces que tenían, hirieron dos hombres de los del tirano, y a él mismo le mataron una yegua que andaba con ella.

Visto por el tirano Lope de Aguirre la pasada de su capitán Diego Tirado, en quien él fiaba más que en ninguno de los suyos, y el arcabuzazo que le habían dado a su yegua, que le espantó y turbó harto, y el ánimo con que le acometan los del campo del Rey, y la flaqueza de los suyos; y como sus famosos arcabuceros marañones no habían herido siquiera un caballo solo de los contrarios, comenzó a conocer su perdición; y deseando remediar su perdición, apeado de la yegua que le habían muerto, y con una lanza en la mano, comenzó a recoger los suyos, ayudándole algunos de sus amigos a lanzadas, a la mayor priesa que pudo, llevándolos por delante hacia la barranca que hemos dicho; y los del campo de Su Majestad tras él, para le desbaratar; y sin parar allí, se fue a toda priesa a su fuerte, porque temió que le tomasen los del campo de Su Majestad; y si ellos cayeran en ello, por allí le pudieran desbaratar más presto, porque había quedado en él poca gente, y enfermos, y no de mucha confianza. Y vuelto el tirano a su fuerte, y bien

descontento, comenzó a vituperar sus soldados y capitanes, llamándoles cobardes y para poco, y decía asimismo: «Marañones, a las estrellas tiráis». Y luego comenzó a desarmar algunos de los que tenía por sospechosos, y puso gran guardia en su campo, de sus mayores amigos, porque no se le huyese ninguno. Otro día siguiente, determinó con algunos de sus amigos a hacer una gran crueldad, y fue que hizo una lista de todos los soldados que tenía por sospechosos, y los que estaban enfermos en su campo, para los matar a todos, que serían más de cincuenta hombres, y con los que le quedaban, retirarse a la mar y procurar tomar algún navío, y tomar otra derrota; y teniendo ya para efectuar su dañada voluntad y desarmados los que pensaba matar, comunicando su mala intención con otros sus amigos a quien primero había dado cuenta desto, ellos, conociendo ya su perdición, y deseando acreditarse en algo para se pasar al campo de Su Majestad, como después lo hicieron, pareciéndoles que ya no tenían otro remedio, se lo estorbaron por buenas razones, diciendo que como se podían conocer los sospechosos, si no era cuál y cuándo; y que pensando que mataba a los tales, por ventura mataría a los que le seguirían y serían amigos; y, por el contrario, podría dejar vivos los que le podían ser contrarios; y que lo juzgase por su capitán Diego Tirado, que era uno de los en quien él más fiaba y se le había huido; y que no era tiempo de matar a nadie, porque, si mataba aquellos de quien sospechaba, que los que quedasen vivos sospecharían otro tanto, y que los había de matar, y de temor desto se le huirían todos, y que por donde pensaba que acertaba podría errar. Y con esto, y con otras cosas que le dijeron, y sobre todo, la voluntad de Dios que no consintió semejante crueldad, los dejó de matar; pero todavía quedó con voluntad de volverse a la costa; y en esta determinación estaba. Y así, guardando muy bien los arcabuces que había quitado a los suyos de quien tenía sospecha, y esto, porque, ya que se pasasen al Rey, no llevasen arma con que le dañasen, estúvose en el fuerte, sin salir dél, ni consentir que nadie saliese, tres días. Fue desde el viernes por la mañana, hasta el lunes, ordenando su partida para la mar; y todos estos días tuvo gran guardia de sus mayores amigos, de los cuales tenía por guardia y poco menos culpados que él en la dicha tiranía, y otros de los que tenía desarmados por sospechosos, que serían por todos quince o veinte. Estos días se pasó gran hambre en el campo del tirano, que como él no consentía que nadie saliese, por temor que no se le huyesen, y para ir a buscar comida habían de salir muchos juntos, porque siempre andaban a la redonda del fuerte muchos de a caballo del campo de Su Majestad, para los estorbar que no buscasen comida, y para recoger que no se le huyesen; por manera que, con la hambre, comieron aquellos días en el campo del tirano ciertos muleros y perros que mataron, y aún se comieran las cabalgaduras, sino que el tirano lo estorbó, porque las había menester para retirarse a la mar.

En este tiempo, de los soldados del tirano que habían pasado aquellos días al campo del Rey, fueron avisados como el dicho tirano determinaba volverse a la Burburata; y para saber si era verdad, salió el Maese de campo con treinta o cuarenta de caballo, y se pusieron sobre el campo del tirano para ver lo que hacían; y el lunes, por la mañana, que fueron veinte y siete de Octubre del año de mil y quinientos y sesenta y uno, teniendo el tirano desarmados gran parte de su gente, y entre ellos algunos de sus capitanes, y cargada ya su munición, y las armas en las cabalgaduras que allí tenían, quiso caminar hacia la mar; pero ninguno de los suyos le quisieron seguir, diciendo todos a una voz, que de noche era mejor caminar, y que aguardasen a la noche; y tras esto los desarmados

comenzaron a decir que a dónde habían de ir sin armas, y que no era bien acordado de volver atrás; que les diesen sus armas y pasasen adelante, que era lo mejor. Viendo el tirano sus voluntades, deseándolos ya contentar, por probar si de aquella manera le iría mejor, aunque ya era tarde para hacer aquella prueba; y habiendo primero pasado entre él y sus marañones algunos coloquios, en que sus marañones le respondían atrevidamente, y quejándose él mucho de sus marañones que lo dejaban y se iban al Rey, le respondió un Juan Jerónimo de Espíndola, su Capitán, diciendo: que no tenía razón de quejarse dellos; que si él cuando en la Margarita y Tierra-Firme se le comenzaron a huir, los dejara, y no los mandara buscar y ahorcar los que hallaba, que entonces pudiera ver los que le quedaban, y qué era lo que tenía en ellos, pero que él y sus amigos traían a los más por fuerza, y que no se maravillase. A lo cual el tirano respondió que era verdad, aunque con harto dolor de su corazón; y quiso matar al dicho Espíndola, y no halló quien le ayudase a ello, porque los que pudieran ayudarle, ya vían su perdición. Y luego el tirano volvió sus armas a todos, y les dijo que se hiciese como ellos lo quisiesen; y hubo algunos que no las quisieron tomar, y el mismo tirano se lo fue a rogar que las tomasen, y les pidió perdón diciendo que un solo yerro bien se podía perdonar; como si sólo en aquello hubiera ofendido a sus soldados; que siempre los había traído avasallados y abatidos y sin libertad, que era lo que había traído por apellido, matándolos y afrentándolos con obras y palabras; y al fin, todos tomaron sus armas; y en este tiempo no hubo ninguno que tuviese ánimo para le matar. Y luego apareció sobre la barranca del fuerte el Maese de campo de Su Majestad con la gente que traía, bien cerca del tirano, a los cuales los del dicho tirano comenzaron a tirar arcabuzazos y hirieron en el pescuezo al caballo en que venía el capitán Pedro Brabo; que sola esta herida se rescibió en el campo de Su Majestad. Y a esta hora, que sería poco antes de medio día, dijeron sus soldados al tirano que querían ir a trabar una escaramuza con aquella gente que se les llegaba muy cerca, y echarlos de allí; y el tirano se los salió a mirar a la puerta del cercado. Y estando en esto, su capitán Espíndola, tomando consigo algunos amigos, a vista dél, so color de lo que había dicho al tirano, se comenzó a pasar a la gente del Rey, y se juntó con el Maese de campo de Su Majestad, y tras él alguna parte de la gente que allí estaba; y el tirano, con harto dolor y tristeza, los miraba cómo se iban; y tornándose a entrar en su fuerte, halló que todos los más que allí habían quedado se habían comenzado a huir por una huerta, saltando los bahareques y tapias del fuerte; y viéndose con no más de seis o siete de los que decían ser sus amigos, y entre ellos un su capitán Llamoso, le dijo el tirano: «Hijo, Llamoso, ¿qué os parece desto?» Y el Llamoso respondió: «Que yo moriré con vuestra merced, y estaré hasta que nos hagan pedazos». Y el tirano volvió el rostro, y vido estar un soldado, que hemos dicho que se había señalado en servir al Rey, que se decía Pedrarias de Almesto, al cual le dijo el tirano: «Señor Pedrarias, estaos quedo, y no salgáis de aquí, que yo diré antes que muera quién y cuántos han sido leales al Rey de Castilla; que no piensen estos, hartos de matar a gobernadores y frailes y clérigos y mujeres, y robado los pueblos y quemádoslos y asoládoslos, y hecho pedazos las cajas reales, que agora han de cumplir con pasarse a carrera de caballo y a tiro de herrón al campo del Rey». Y el dicho Pedrarias, no hallándose seguro de las traiciones de aquél, aguardó coyuntura, y como no tenía armas, y estaban centinelas a la puerta del fuerte dos arcabuceros, acordó de arremeter con una lanza que allí estaba, y salir por la puerta dando voces: «¡al Rey! ¡al Rey!» y los que estaban guardando la puerta hicieron lo mismo. Y luego los negros que estaban con su General salieron diciendo al Pedrarias: «Señor, llévanos al campo del Rey, porque no nos

maten en el camino». Y así, luego el tirano perverso, viéndose casi solo, desesperado el diablo, en lugar de arrepentimiento de sus pecados, hizo otra crueldad mayor que las pasadas, con que echó el sello a todas las demás; que dio de puñaladas a una sola hija que tenía, que mostraba quererla más que a sí. Y como al dicho Maese de campo llegó el Pedrarias, y le dijo del arte que quedaba el tirano, y vido que venían con él todos los negros y las guardas que él tenía puestas a la puerta del fuerte, tomando parecer con el dicho Pedrarias que qué se haría, le respondió que ir al fuerte y dar sobre él, y rendirle; y así, el Diego García de Paredes, Maese de campo de Su Majestad, mandó apear a uno de los que allí venían en su compañía, y le dio el caballo al dicho Pedrarias, y le dijo que fuesen ambos delante, y los demás tras él, que serían como hasta quince hombres de a caballo; y fueron de una arremetida al fuerte, y el Maese de campo y el Pedrarias entraron dentro, no con poco temor de la artillería, que pudiera estar el tirano con ella para dispararla en ellos; y fue Dios servido que, como entraron, no había el tirano caído en ello, con su turbación; y allí se apearon, y rindieron el tirano; el cual, como vido que el Maese de campo y el Pedrarias echaron mano, y le amagaban a dar con una espada, dijo: «¡Ah, señor Pedrarias! ¿qué malas obras os he hecho yo?» Y el Pedrarias le comenzó a querer desarmar, y le quitó un capote pardo con pasamanos que tenía sobre las armas; y luego el Diego García de Paredes le quitó el coselete; y luego llegó toda la gente de golpe, y allí hallaron a los pies del tirano a su hija muerta a puñaladas. Ya este tiempo rogó el tirano a Diego García de Paredes que no lo consintiese matar de ninguno de sus marañones, y que lo oyesen primero, y lo llevasen al Gobernador y Capitán general, que quería hablar con ellos cosas que convenían mucho al servicio de Su Majestad; pero dos de sus marañones, y no poco culpados, que no se dirán sus nombres hasta que haya oportunidad, como le oyeron decir estas palabras, por temor de que no dijese cosas que a ellos les dañasen y condenasen, con los arcabuces que traían le tiraron uno tras otro; y el primero arcabuzazo, que le dio algo alto encima del pecho, habló entre dientes, no se supo qué pudo decir; y luego como le tiraron el segundo, cayó muerto sin encomendarse a Dios, sino como hombre mal cristiano y, según sus obras y palabras, como muy gentil hereje, fundado en vanidad, porque le pareció a él que en aquello consista su buenaventuranza en que le tuviesen más por animoso que por cristiano, porque había dicho muchas veces que, cuando no pudiese pasar al Pirú y destruirle, y matar todos los que en él estuviesen, que a lo menos la fama de las cosas y crueldades que hubiese hecho, quedaría en la memoria de los hombres para siempre; y que su cabeza sería puesta en un rollo, para que su memoria no peresciese, y que con esto se contentaba. Y así, fue su ánima a los infiernos para siempre, y dél quedará entre los hombres la fama que del malvado Judas, para blasfemar y escupir de su nombre, como del más malo y perverso hombre que había nacido en el mundo.

Muerto, pues, el perverso tirano, le fue cortada la cabeza por uno de sus marañones, y no poco culpado, llamado Custodio Hernández, que fué con Pedrarias de Alместo a dar la nueva al Gobernador y Capitán general, que venían con toda la gente marchando hacia el fuerte, para que el dicho Pedrarias dijese la nueva cierta de la muerte del tirano, y también para que al campo del Rey viniese con menos zozobra; y luego que llegó el dicho Pedrarias, fue bien recibido por el Gobernador y todo su campo, y contó lo que pasaba, de que se rescibió gran contento; y luego vino todo el campo y dieron en el fuerte donde estaba el perverso tirano muerto, y en aquel suelo, todo arrastrado de los negros y

indios; y el gobernador Pablo Collado mandó recoger las armas y municiones, y que le hiciesen cuartos al tirano, y lo pusiesen por los caminos alrededor de Barchicimeto, y así se hizo; y su cabeza fue llevada al Tocuyo, y en una jaula de hierro fue puesta en el rollo, y la mano derecha a la ciudad de Mérida, y la izquierda a la Valencia; y como si fueran reliquias de algún Santo, que no sólo se cumplió lo que él solo había profetizado de sí, pero aún más de lo que él pretendía y deseaba, para que todos se acordasen dél y no peresciese su memoria perversa. Y, cierto, me parece que fuera mejor echalle a los perros que lo comieran todo, para que su mala fama peresciera, y más presto se perdiera de la memoria de los hombres, como hombre tan perverso, que deseaba fama adquirida con infamia. Decía este tirano algunas veces, que ya sabía y tenía por cierto que su ánima no se podía salvar; y que estando él vivo, ya sabía que ardía en los infiernos; y que pues ya no podía ser más negro el cuervo que sus alas, que había de hacer crueldades y maldades por donde sonase el nombre de Aguirre por toda la tierra y hasta el noveno cielo. Y otras veces decía que Dios tenía el cielo para quien le sirviese, y la tierra para quien más pudiese; y que mostrase el Rey de Castilla el testamento de Adán, si le había dejado a él esta tierra de las Indias. Decía que no dejasen los hombres, por miedo de ir al infierno, de hacer todo aquello que su apetito les pidiese, que sólo el creer en Dios bastaba para ir al cielo; y que no quería él los soldados muy cristianos ni rezadores, sino que, si fuese menester, jugasen con el demonio el alma a los dados; y así, era enemigo de los que traían cuentas o horas; y se las quitaba y rompía, y no las consentía traer, ni osaban rezar delante dél.

Muerto el tirano ya dicho, un lunes, a los veinte y siete del año de mil y quinientos y sesenta y uno, víspera de los gloriosos Apóstoles San Simón y Judas, desde a seis días que llegó a la Nueva Valencia y ciudad de Barchicimeto, habiendo mandado solo en su tiranía desde veinte y dos de Mayo del dicho año, que mató el tirano a D. Fernando de Guzmán, su Príncipe, hasta este día que murió, que fueron cinco meses y cinco días, habiendo muerto más de setenta hombres, y entre ellos frailes y clérigos y mujeres.

Viendo este dicho tirano, tres días antes de su muerte, que su gente se comenzaba a pasar al servicio del Rey, y que podría ser que, desbaratado contra su voluntad, porque le pareció a él que en la Gobernación de Venezuela que hubiera poca resistencia, y aunque no le esperaran, por la poca gente y armas que hay en ella, como hombre que no se acordaba de Dios, ni consideraba su gran poder, y que como cuando él quiere abate los soberbios por mano de los flacos y humildes, dicen que dijo: «Si yo tengo de morir desbaratado en esta Gobernación de Venezuela, ni creo en la fe de Dios, ni en la secta de Mahoma, ni Lutero, ni gentilidad, y tengo que no hay más de nacer y morir». Y así murió sin confesión, y a arcabuzazos, descomulgado de muchas excomuniones reservadas al Papa, así por las muertes de los frailes y clérigos, y un Comendador de Rodas, como por muchos incendios de pueblos, iglesias y otras cosas en esta Relación declaradas; habiendo dicho infinitas herejías, sin ninguna muestra ni señal de arrepentimiento ni de cristiandad; por donde se puede entender qué tal estará su ánima, pues murió hereje descomulgado, sin haber absolucón de sus excomuniones.

Era este tirano Lope de Aguirre hombre casi de cincuenta años, muy pequeño de cuerpo, y poca persona; mal agestado, la cara pequeña y chupada; los ojo que, si miraba de hito,

le estaban bullendo en el casco, especial cuando estaba enojado. Era de agudo y vivo ingenio, para ser hombre sin letras. Fue vizcaíno y según él decía, natural de Oñate, en la provincia de Guipúzcoa. No he podido saber quién fuesen sus padres, más de lo que él decía en una carta que escribió al rey Don Felipe, nuestro señor, en que dice que es hijo-dalgo; mas juzgándolo por sus obras, fue tan cruel y perverso, que no se halla ni puede notar en él cosa buena ni de virtud. Era bullicioso y determinado, y en cuadrilla era esto; y fue gran sufridor de trabajos, especialmente del sueño, que en todo el tiempo de su tiranía, pocas veces le vieron dormir, si no era algún rato de día, que siempre le hallaban velando. Caminaba mucho a pie y cargado con mucho peso; sufría continuamente muchas armas a cuestas: muchas veces andaba con dos cotas bien pesadas, y espada y daga y celada de acero, y un arcabuz o lanza en la mano; otras veces un peto. Era naturalmente enemigo de los buenos y virtuosos, y así, le parecían mal todas las obras santas y de virtud. Era amigo y compañero de los bajos e infames hombres, y mientras uno era más ladrón, malo, cruel, era más su amigo. Fue siempre cauteloso, vario y fementido, engañador: pocas veces se halló que dijese verdad; y nunca, o por maravilla, guardó palabra que diese. Era vicioso, lujurioso, glotón; tomábase muchas veces de vino. Era mal cristiano, y aún hereje luterano, o peor; pues hacía y decía las cosas que hemos dicho atrás, que era matar clérigos, frailes, mujeres y hombres inocentes sin culpa, y sin dejarles confesar, aunque ellos lo pidiesen y hubiese aparejo. Tuvo por vicio ordinario encomendar al demonio su alma y cuerpo y persona, nombrando su cabeza, piernas y brazos, y lo mismo sus cosas. No hablaba palabra, sin blasfemar y renegar de Dios y de sus Santos. Nunca supo decir ni dijo bien de nadie, ni aún de sus amigos: era infamador de todos; y finalmente, no hay algún vicio que en su persona no se hallase. Residió en Pirú este tirano más de veinte años. Su ejercicio y oficio era domar potros ajenos, y quitarles los resabios. Fue siempre inquieto y bullicioso, amigo de revueltas y motines; y así, en pocos de los que en su tiempo hubo en el Pirú se dejó de hallar. No sé cosa notable en que había servido a Su Majestad; solamente fue con Diego de Rojas a la entrada de los Chunchos, y después que de allá salió con el capitán Pedro Álvarez Holguín, en favor de Vaca de Castro; y víspera de la batalla de Chupas, se escondió en Guamanga, por no hallarse en ella; y en el alzamiento de Gonzalo Pizarro, aunque fue por alguacil de Verdugo, se quedó en Nicaragua, y no volvió hasta pasada la batalla de Xaquixaguana, y muerto y desbaratado Pizarro. Y después desto, se halló en muchos bandos y motines que no hubieron efecto; y fue uno de los que mataron al general Hinojosa, Corregidor y Justicia mayor de las Charcas, con D. Sebastián de Castilla, y se alzaron contra Su Majestad; y después de muerto y deshecho el dicho D. Sebastián, este tirano, como principal en su motín, anduvo muchos días huido y escondido; y llamado a pregones, y sentenciado a muerte; y, ciertamente, no se escapara de las manos del mariscal Alonso de Alvarado, que con gran diligencia le buscaba a él y a otros muchos desta rebelión, sino que sucedió el alzamiento luego de Francisco Hernández Girón; por lo cual gozó de un perdón general que los Oidores del Pirú dieron, en nombre de Su Majestad, a estos y a todos los demás que se hubiesen hallado en este o en otros motines cualesquier, y delitos que hobiesen cometido, con que se metiesen debajo del estandarte Real, y sirviesen a Su Majestad en la guerra contra el tirano Francisco Hernández Girón. Y así éste, por gozar deste perdón, hubo de ir por fuerza con el dicho Mariscal; y a este Aguirre le hirieron una pierna. Era tan bullicioso y mal acondicionado, que no cabía en ningún pueblo del Pirú; y de todos los más estaba desterrado, y no le sabían otro nombre sino Aguirre el loco.

Estuvo asimismo preso en el Cuzco,. porque dijeron, y así fue verdad, que él y a un Lorenzo de Çalduendo hacían cierto motín para se alzar contra Su Majestad. Tuviéronlo ya para ahorcar, y viéndose perseguido de todos, por sus delitos y excesos, acordó de se venir a esta jornada con el gobernador Pedro de Orsúa; y esto, más por la fama que hubo en Pirú que Pedro de Orsúa juntaba gente para se alzar, que no por deseo que tuviese de entradas. Y llegado a los Motilones, como él conoció que Pedro de Orsúa no era hombre de los que él pensaba, y le halló tan servidor del Rey, quiso concertar de matar allí a Pedro de Orsúa, y alzar por general a D. Martín de Guzmán, para que volviesen sobre el Pirú, como se ha dicho, que él lo trató con un Gonzalo Duarte; y así él fue la causa principal de la muerte del gobernador Pedro de Orsúa, matando a todos los que tenemos dichos; y hizo las crueldades y maldades que hizo, y otras muchas. He querido contar esto tan a la larga, por causa que este tirano publicaba que se había alzado porque había servido a Su Majestad veinte y cuatro años en Pirú, y que no había habido remuneración de sus servicios; para que los que esto viesen y supiesen, entiendan qué tales fueron sus servicios, y el galardón que merecía por ellos; y cómo Su Majestad y sus ministros, de quien él se quejaba, se habían habido con él harto benignamente, pues no le habían quitado la vida, meresciendo tantas veces la muerte.